



BIBLIOTECA

AMENA

XIII

2
614

B.P. de Soria



61120505
D-2 23614

SOLTERONAS



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

SOLTERONAS

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



111089

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS Y SEÑORES:

HACE dos años, en una conferencia que tuve el honor de daros, citaba, sin contradecirla, una frase de Alejandro Dumas hablando de las mujeres. Las clasificaba en mujeres de iglesia, mujeres de casa y mujeres de calle, ó en religiosas, caseras y callejeras.

Poco tiempo después recibí una cartita muy aristocrática, muy perfumada, de un gris-perla que evocaba una vaga idea de luto lejano, sin firma, y con estas solas palabras: «¿Y las solteras?...»

Aquella carta me dió que pensar.

Evidentemente la clasificación del escritor francés era incompleta. Faltaban las solteras.

¿Qué responder? ¿Que éstas formaban en el género una categoría especial y excepcional de que se podía prescindir en un estudio general sintético? Tal fué, por cierto, la primera respuesta que me vino á la mente. No tardé, sin embargo, en ver que no era satisfactoria. Me hubieran presentado como objeción la Inglaterra y la Alemania, sin contar otros países, en que la categoría excepcional llega á ser demasiado numerosa para no incluirla en el orden general.

Resolví entonces estudiar el asunto, y aun, si llegaba á prestarse á ello, hacer del mismo el tema de una conferencia.

La empresa era muy delicada.

El primer movimiento ante la palabra «solterona» es de sonrisa, y la primera tentación la de silbar.

Es lo mismo que sucede ante aquella otra palabra: «suegra». Mas á poco que se medite, ¡qué presto desaparecen ese movimiento y esa tentación primo-primos, cómo se avergüenza uno de ellas, cuán pronto se ven sofocados por un sentimiento de conmovedora simpatía y de religioso respeto!

Veía yo pasar ante mí todas aquellas queridas sombras que he conocido desde mi infancia, flotando en la niebla de lejanos recuerdos.

Y las veía como las había visto, sonrientes, sin un ligero velo de melancolía, dulcísima y á veces alegremente resignadas, satisfechas y gozosas de una libertad no coartada ni aun por cadena de oro, derramando sobre todos los dolores y sobre todos los sufrimientos el amor de su corazón desocupado, desprendidas por extremo de la tierra que no les había sonreído, y amantes del cielo, su verdadero amor y su verdadera esperanza.

Y al verlas pasar de esta suerte, parecíame experimentar la sensación de una guirnalda de blancas flores, muy embalsamadas, no tocadas por mano ni aun por mirada alguna, que se abren únicamente para el cielo y para él solo reservan su perfume, que viven silenciosas al pie de los breñales y matorrales, abrigadas contra los vientos que desecan y ennegrecen, y que un día, cansadas de vivir, mueren seguras de un renacimiento mejor en un mundo más dulce y más clemente.

¡Ah, Señores! quizás esperaríais que yo me riera. ¡No! yo venero y me inclino. Y no saldrá de mis labios una palabra que no vaya impregnada de respeto.

Pero entonces, me diréis, ya no vais á hablar-nos de las solteronas. Dispensadme, conozco muy bien á esas solteronas malhumoradas, ma-

liciosas, amantes de perros y gatos y loros y urracas, gruñonas, egoístas y rencorosas para con todo el género humano por sus empresas de antaño; pero esas son las solteronas de las caricaturas, son la excepción, el tipo extraviado, la anomalía, no la solterona.

Porque al fin, veamos. ¿Qué es la solterona? La señorita ó la doncella ultranúbil, ya entrada en años ó de edad avanzada, que habiendo, al menos en confuso, deseado casarse, no ha tenido novio de su gusto, ó sencillamente no se le ha presentado ninguno. ¿No es esto? Pues bien, de esa es de quien quiero hablaros.

Pero antes de entrar en mi asunto, permitidme saludar el recuerdo de la primera solterona que yo conocí: ¡de esto hace ya cincuenta años! Era de la ínfima clase del pueblo. Huérfana con dos hermanas menores, les había servido de madre, consiguiendo casar á las dos; y como en los pueblos pequeños y entre la gente baja los matrimonios se verifican muy tarde, cuando logró acomodar á la más joven, se encontró ella, la mayor... pasada ya de edad. Tomó, pues, resueltamente su partido, y como tenía algunos cuartos, dispuso y arregló su vida. Dividióla en tres partes, dedicando la primera á Dios, la

segunda á los pobres y la tercera á los niños que le confiaban y á quienes enseñaba el catecismo y la historia sagrada.

Era muy ordinario entonces aprender estas santas cosas con personas de esta clase.

Ella fué quien á mí me enseñó mis primeras oraciones, y me parece verla todavía con su cofia blanca á la puerta de su casita, haciendo media, siempre haciendo media, saludando sonriente á las personas que pasaban, y más á menudo mirando con vista ya cansada la espadaña de la vetusta iglesia de Pomela.

Tenía también sus días de triunfo... los días de grandes procesiones... Ella cuidaba de los angelitos que arrojaban flores al paso de los santos y de las santas y del Santísimo; ella formaba los grupos de las virgencitas; ella iba y venía ligera y afanosa poniendo en fila á los distraídos, empujando el corderito de San Juan, ajustando bajo las doradas coronas los velos blancos, levantando las banderitas abandonadas, atenta á todo, hasta á limpiar á su tiempo aquella multitud infantil!

Al día siguiente volvía á su vida tranquila y monótona, dulce y bienhechora.

Y esto duró largo tiempo... ¿Cuánto? No lo sé... yo tenía tres años cuando vi por primera vez á Mari-Bárbara... este era su nombre. Más tarde

me encontré, por una de esas casualidades de la vida, con un sabio, uno de los mayores sabios que hayan honrado nuestra patria. Me llevaba veinte años y, como yo, había aprendido de Mari-Bárbara sus primeros rezos... ¡Oh! ¡qué de generaciones han pasado ante ella! ¡Oh! ¡cuántas manecitas ha juntado para orar! ¡Oh! ¡de cuántos labios infantiles ha hecho brotar el primer «Padre nuestro, que estás en los cielos!»

Así vivió esta solterona entre el azulado arroyo que corría al pie de su ventana y la vieja iglesia recubierta de verde musgo, en medio de bulliciosos niños! ¡Pobre y venerada Mari-Bárbara!

No, yo no hablaré mal de las solteronas.

Estábamos en que las tales han deseado casarse.

Acerca de esto tengo que hacer una reserva.

No es del todo raro que un alma, no sintiendo ningún atractivo á la vida religiosa, tampoco le sienta hacia el matrimonio. Por este mero hecho queda en principio afiliada á la categoría de las solteronas, sin haber deseado jamás, ni aun vagamente, contraer matrimonio.

Os cuesta trabajo, bien lo conozco, admitir que la vida religiosa tenga atractivos, y mucho

menos todavía comprendéis que no los tenga el matrimonio... Sin embargo, ahí está el hecho visible, innegable. El que os extrañéis de él no le destruye... Os sorprende sea así... ¡Lo que me hace gracia es vuestra sorpresa! Os parecéis un poco á aquellos franceses que encontrando á un persa, pasmados le dijeron: «¡Cómo, señor, ¿usted es de Persia?!... ¿Cómo puede uno ser verdaderamente persa?» Al persa, no obstante, creedme, le es tan dulce y amada la Persia, como la Francia á los franceses.

Pero no insisto, ya que la regla es que la solterona haya soñado, por poco que haya sido, en tener novio y casarse.

Haber buscado un marido; no es esto, me parece, lo que echáis en cara á la solterona. Porque, ó yo me engaño, ó vosotras mismas le habéis buscado también, y acaso no una sola vez, y quizás le estáis buscando todavía.

No; es, ya lo he dicho antes, el no haberle hallado á su gusto, ó el no haber hallado absolutamente ninguno.

Profundicemos este crimen, para penetrarnos bien de todo su horror.

¿Cómo se buscan los maridos?... ¿Y cómo se llega á encontrarlos?

Hay, yo no sé en qué región del centro de nuestra vieja Europa, una costumbre singular que ha persistido á través de las épocas más reformadoras y que permanece aún en vigor en nuestro tiempo. En ciertos días solemnes, al salir de los divinos Oficios, bajo los copudos castaños que sirven de pórtico á la iglesia, se colocan en fila todas las jóvenes del pueblo. Es la feria de las casaderas. Los jóvenes, con mucho respeto, pasan revista de ellas, las observan, eligen y procuran cerrar el trato. Á veces es muy difícil el convenio, porque si la demanda tiene sus pretensiones, también tiene las suyas la oferta: no basta que la mercancía guste al comprador, es preciso que el comprador guste también á la mercancía. De una parte y otra suele haber «nones» durísimos de escuchar y cruelísimos para las esperanzas largo tiempo acariciadas; porque al fin, no han estado hasta aquel día sin verse de lejos, sin cruzarse en las calles, en los caminos, en la iglesia; los ojos se han cambiado poemas, se ha soñado... Pues bien, ese día muchos poemas, muchos sueños se disipan y desvanecen como el humo.

Pero al fin, ese día los jóvenes y las jóvenes se encuentran y pueden hablarse. Y los unos y las otras, sabiendo bien de lo que se trata, des- embarazados de todo convencionalismo y de

toda comedia, franca y lealmente se preguntan:
«¿Me quieres?»

Indudablemente, en nuestros espíritus amenerados esa costumbre singular encuentra una repulsión vivísima y nos revolvemos contra esa exposición de las jóvenes casaderas á tiempos y horas fijas. Por otra parte, preciso es reconocerlo, sin la ingenuidad respetuosa de que va acompañada esta sencilla costumbre, degeneraría bien pronto en una verdadera profanación. Y aun así tiene mucho de mercado público.

Nosotros hacemos las cosas mucho mejor.

Separados, muy separados, demasiado separados tal vez, nuestros jóvenes y nuestras jóvenes pasan su primera edad cercados de una valla de precauciones y salvaguardias tan espesa, tan profunda, tan opaca, que asegurados los papás y mamás duermen tranquilos, convencidísimos de que no llegará hasta ellos ningún conocimiento del mundo que les aguarda. No serán ellos quienes dejen á sus niños, y sobre todo á sus niñas, correr por los campos, andar solos por caminos y calles aunque fuese para ir á la iglesia á rogar á Dios. Lo cual no impide que á veces se escriban en esos corazoncitos, página á página, novelas muy prematuras.

Pero al fin llega la edad, es tiempo de colocar á los hijos y las hijas... ¿Qué hacer?... ¿Fijar

un día de feria para los núbiles?... ¡Horror! ¡Eso es indigno!... No se fija, pues, un día de feria... ¡No! Pero se discurre y prepara... ¿qué? Un período de feria... el período que desde la entrada en el mundo va prolongándose de modo variable hasta la fecha del convenio ó de los esponsales. No os irritéis; en el fondo, ¡eso es!... ¿Para qué conducís vuestras hijas al mundo sino para que se las vea, para que se las juzgue, para que os las tomen?... ¿Y no es este un modo de presentarlas en el escaparate?... ¿Qué vienen á ser esos graciosos tocados con que las adornáis, sino una especie de rótulo que dice, en letras convencionales, lo concedo, pero muy claras y legibles: «Señorita casadera»? Si después de dos ó tres años no ha conseguido nada, os desoláis de que no haya encontrado ningún pretendiente... ¿qué quiere decir esto, sino que una oferta tan persistente no ha encontrado una demanda?

Luego en el fondo es verdaderamente un mercado, y si por el largo tiempo que dura pierde el carácter de feria, toma el de bazar permanente, con una ligera interrupción durante el veraneo. ¿Qué digo interrupción? ¡Oh, no! Abandonáis los salones, es cierto, pero los sustituís con las riberas de los encantadores mares, ó con el delicioso clima de regiones

montañosas; sobre los guijarros de la costa y las arenas de las playas, en el poético nido de los balnearios, al norte, al mediodía, en los valles, en las montañas, en todas y por todas partes vais exponiendo vuestra mercancía.

Hay un punto en que manifiestamente aventajamos á los lugareños de hace poco. Nuestra mercancía se presenta infinitamente mejor acondicionada, realizada ostensiblemente en su valor, y en relieve mucho más admirable por los mágicos esplendores de la vitrina y del cuadro.

Pero hay otro punto en que nos llevan ventaja los lugareños. La sinceridad. Él puede con toda franqueza decir: «Yo te quiero... ¿me quieres tú á mí?» Y ella puede responder: «Me agradas... acepto...» ¡Ah! ved ahí una cosa que de ningún modo es admitida entre vosotros. ¡Decir á una joven que se la ama, sin el permiso del papá y de la mamá! ¡Oh! ¡oh! ¡quita allá! ¡quita allá!

Y si algún malaconsejado se permite hacerlo, ya es sabido que la joven debe incomodarse y manifestar una indignación, una sorpresa, un pasmo, un enfurecimiento, un desmayo!... «¡Cómo, caballero, ¿os habéis figurado que una va al baile, á la mar, á los balnearios para de-

jarse ver y encontrar marido?!... ¡Está V. en un error; eso es una necesidad! ¡una locura!»

Esto nos trae á la memoria los inefables encuentros fortuitos en que las mamás se juran mutuamente una á otra no decir anticipadamente nada al joven ni á la joven y que así: «aquello no traerá consecuencias». Creo que esta es la frase recibida.

¡Oh sencillez de las mamás! ¡que se figuran que no diciendo nada se ignora todo y que no se adivina!

Mas no quiero detenerme demasiado en esos detalles. Resta, en suma, que después de haber rechazado con altanera repugnancia la feria de mis bravos lugareños, hacemos nosotros absolutamente lo mismo, con la desventaja de la sinceridad.

Pudiera añadir que entre ellos solamente se colocan en fila ante el pórtico de la iglesia las jóvenes, mientras que entre nosotros se ofrecen también... pero no quiero ser malicioso.

Ahora bien; sucede por un concurso de circunstancias fatales, pero demasiado frecuentes, que buen número de jóvenes alejadas de todo ese movimiento mundanal, no llegan á mos-

trarse en el mercado. ¿No es este el caso de casi todas las pequeñas ciudades y poblaciones de provincias? Sí, ¿no es verdad? No pudiendo en modo alguno mostrarse, permanecen desconocidas. ¿Las acriminaréis por esto? Yo más bien acriminaría por ello á los jóvenes que no se lanzan á la busca de esos tesoros, que se dirigen á las flores altivas y no hacen caso de las florecitas modestas, ocultas pero llenas de perfume. Vosotros no sabéis las riquezas de corazón y de talento, de abnegación sencilla y de valeroso heroísmo que se descubren en esas pequeñas ciudades olvidadas y muertas. Precisamente porque el mundo no se acerca á ellas, conservan esa atmósfera de sinceridad y de rectitud que forma las almas francas y leales. No tienen nada de esa vida ficticia y convencional que consume y enerva todas las grandes energías en una perpetua comedia. Toda esa frívola y fútil seducción del placer no tiene atractivo para ellas... habitan más arriba, en regiones intelectuales y morales tan puras y severas, que en verdad, cuando allí se las divisa, siéntese uno sobrecogido de admiración y respeto.

¡Ah! ¡cómo desearía yo poder abriros las puertas cerradas de uno de esos pequeños santuarios!

Las devociones y las obligaciones domésticas

ocupan las mañanas. Á veces algún quehacer preciso ocupa también la tarde y aun la velada, pero generalmente estas horas del día exentas de todo cuidado material se hallan consagradas deliciosamente á fruiciones de más alto vuelo... Se tocan buenas piezas de música, se hacen delicadas composiciones literarias, y ese corazón, á quien decís que falta el ideal, se nutre del melífero manjar de los dioses, que es la poesía. «Todo eso, me diréis, es muy fantástico». Estoy dispuesto á convenir en ello... pero ¿creéis vosotros que el verdadero goce del alma necesita de esas crasas viandas manidas que tanto privan en el mundo?

Me acuerdo haber visto el siguiente delicioso espectáculo. En el fondo de una espaciosa cámara, recostada en un gran sillón, cerca de la estufa en que ardían gruesos trozos de leña, una madre, muy gastada por la edad, pero sonriendo bajo sus blancos cabellos, de rostro fino y aristocrático, de voz dulce y gesto noble y muy vivo. Al lado de ella... una hija soltera de bastante edad... la mayor, que no había dejado á su madre, para que una hermana suya menor tuviese el gusto de volar de allí sin cuidados, ni remordimientos.

Acababa de hacer á su madre la lectura seria... un largo capítulo de historia, y las reflexio-

nes, los recuerdos, los relatos que el austero historiador había despertado en aquellas dos mujeres habrían ilustrado admirablemente su libro con viñetas tomadas del natural. El hermoso libro reposaba sobre un velador, en medio de revistas extranjeras, de libros de arte y de ciencia, y no por cierto de los Figuier ó de los Flammarión, sino de los Arago, de los Tyndall, del químico Dumas, y á un extremo, puestas unas sobre otras, las biografías de Bertrand y de Fontenelle. Poco después que yo me retiré, iría, como acostumbraba ir todos los días con su madre, á dar su paseo favorito durante una hora. Después se ocuparía en la lectura recreativa, la novela, sí; mas no la novela pornográfica ni convulsiva que excita las pasiones carnales, sino la delicada novela literaria en que se conmueven el corazón y el espíritu. Y por la noche, en unión de los vecinos amigos, se entretendrían con la música; en el piano y armonium ya abiertos, las dos señoritas mayores, ó si queréis, las dos solteronas, pues entre las que acudían á la tertulia había otra, también adelantada en edad, ensayarían la última pieza musical que estuviera en boga.

He ahí, pues, una primera razón que obliga á muchas doncellas á entrar en funciones de solteronas, y por la cual no podéis acriminarlas: la imposibilidad para ellas de llegar á ostentarse ataviadas esplendorosamente en el mostrador del gran mundo.

Pero ¿y aquellas que llegan y se quedan allí?... Porque al fin hay quienes allí se quedan. ¡Oh, Dios mío, sí! ¿á quién se lo decís? ¿Y por qué se quedan?... ¿Qué tienen las que hallan colocación que no tengan ellas?...

Vosotros á ese frágil objeto que se os presenta, le exigís generalmente la belleza, y en eso veo yo, más elevada de lo que os figuráis, una providencia de Dios sobre la humanidad. Poniendo en el corazón del hombre ese atractivo de la belleza corporal, vela por mantener la raza humana en la perfección de forma que desde su origen de ella ha querido darle. Hay en eso un aspecto particular de las cosas que la ceguedad de la pasión no deja ver, pero que la descubre el pensador serio, permitiéndole dar un valor real á esa cuestión frívola.

Se le exige, pues, la belleza; pero no indispensablemente. Observad bien, y veréis que la fealdad no constituye un impedimento dirimente ni es un vicio por completo anulante ni redhibitorio; bastan ciertas compensaciones de que voy

á hablar luego para que parezca pasar absolutamente inadvertida, para que el conjunto no desagrade.

También —pero esto menos generalmente sin embargo— se le exige talento y discreción. En verdad debiera exigirse la discreción y el talento antes que la belleza; mas se invierte casi siempre este orden, y yo no puedo por eso indignarme demasiado contra el hombre... esa es, por desgracia, nuestra inclinación natural y el impulso espontáneo de los bajos instintos que tenemos. La belleza enteramente exterior y visible entra en nosotros instantáneamente por los ojos... el talento, la discreción tarda en penetrar mucho más que ella; no nos fijamos en él, no le comprendemos hasta después, mucho después, cuando nuestras almas ya apasionadas no tienen la calma requerida para las apreciaciones justas. El corazón enamorado ya no es imparcial y, ante una charlatanería superficial, sonrío como si reconociera en ella profundidades de inteligencia capaces de dar vértigo.

La edad y la experiencia sirven mejor para ponernos en guardia... Se encuentra todavía el bello antifaz, pero se inquiere á través de él... Y ¡ay! ¡cuántas veces no se halla en lo interior más que un rudimento de cerebro!

Sea de esto lo que quiera, consta que se le

exige talento; pero lo repito aquí también ¡no indispensablemente! ¡Oh, no, no tanto como eso! ¡Dios mío, no!... no insistamos... Y también aquí se admiten amplias compensaciones.

Fijaos bien, os lo ruego, que aun limitándose á esas dos exigencias: la belleza del cuerpo y la belleza del alma, no se exigiría nada menos que la belleza de todo el hombre... ningún querer sería más perfecto, ningún deseo más noble y elevado, ninguna conducta más cristiana y prudente. Eso sería el ideal, si al ideal pudiésemos llegar.

Y si esa exigencia no admitiera ninguna otra compensación inferior, resultaría que las elegidas serían las hermosas y las inteligentes y las buenas, y las desechadas las feas y las... otras. ¡Oh, en esas condiciones no intentaría yo elogiar á las solteronas! Tendría compasión de ellas; mas no me inclinaría en su presencia, no las veneraría. Y, ya os lo he dicho, ante ellas me inclino y las venero!...

Es que, ya lo adivináis, se exige algo más que esa belleza total del hombre, se exige una cualidad que ya no es del hombre, sino exterior al hombre y adjunta en algún modo á él, una cualidad que puede tener su valor propio, pero que no añade nada al valor del hombre, y esa cualidad extrínseca, es exigida imperiosamente,

brutalmente, sin admitir por ella compensación de ningún género, mientras que se admite,— ¡oh, por unánime aclamación!— que ella compensa á todas las otras.

La habéis nombrado ya ¿no es cierto?

¡La riqueza!

¡La fortuna!

¡Oh! no seré irrazonable. Evidentemente es preciso vivir, y embarcarse en ese esquife llamado matrimonio sin las provisiones requeridas para la travesía es una locura. Reconozco que nada roe con diente más venenoso el amor que los cálculos y las privaciones impuestas por el temor del mañana... Sé que para ser feliz en la vida es preciso cierta posición desahogada en el presente y cierta seguridad para el porvenir. No contradigo ni me opongo á ninguna de esas preocupaciones legítimas.

Pero ¿nos hemos detenido en la medida justa? ¿Hemos reservado para esa preocupación del oro su verdadero puesto: el último? ¿No la hemos hecho pasar sobre todo para ponerla ante todo? ¿No hemos concluído por no contar casi para nada con todo lo demás?...

¿Y el resultado? ¡Ah! el resultado podría yo mostrárosle en la sociedad contemporánea, y

me proporcionaría un fácil éxito, porque os horrorizaríais ante las abominaciones, las lágrimas y la sangre que aparecerían á vuestra vista. Pero mi objeto no es hablaros de los casados y de las casadas.

Luego no llega una á quedar solterona por ser fea. Tampoco se llega á quedar por no despuntar de ingenio. Pero todas las probabilidades son de quedarse por no ser rica, por no tener fortuna.

Pues bien, francamente, el hecho en toda su brutalidad y crudeza, tal como acabo de presentárosle, y tal como brota de la observación del mundo, no cede mucho que digamos en honor de la nobleza ni de la dignidad humanas.

Ni belleza, ni talento, ni corazón, ni virtud significan nada; pero diez mil, veinte mil, cien mil duros de renta ¡oh! ¡qué mérito tan raro y excepcional! ¡Oh! ¡qué miradas de fuego se les dirigen! ¡Oh! ¡cómo se trastornan las cabezas y cómo se inflaman los corazones!... ¡y cómo, sobre todo, tiemblan los dedos encorvados, anhelando poder agarrar una presa tan gorda y succulental...

¡Pero vosotras que no tenéis escudo ni blanca! ¡Ah! ¡pobres pastorcitas, pasaron ya los tiempos en que los reyes se casaban con vosotras!

¡Y os extrañáis de que el desaliento y el tedio se apoderen del corazón de las abandonadas!

¡Yo me extraño á mi vez de que no éntre en ellos á oleadas el desprecio! Sí, el desprecio, el más profundo desprecio de esa rapacidad vulgar y baja que atropella y pisotea todo lo que hay un poco grande y noble en la humanidad, que tira á un lado, como hacen los traperos con los trapos inútiles, todo lo que eleva y engrandece al hombre, para llegar, por encima de todo, á palpar y poseer lingotes de oro.

Sí, el desprecio de esa estupidez humana que corre hacia el oro como á su dicha... como si allí estuviera el todo del hombre y como si ese oro le diera la felicidad.

Había sido rica, muy rica, y todavía me parece verla por las grandes avenidas del parque de su padre y por los campos inmediatos, á través de los setos y matorrales, como una loca, echada sobre el cuello de su caballo, lanzar al viento en carreras descabelladas que nos estremecían de pasmo todo el ardor y toda la eferescencia de sus veinte años!... Su padre la llamaba «mi muchacho,» y ya no se asustaba de sus peligrosas calaveradas.

Todo lo reunía, belleza arrogantísima, ingenio vivísimo, excelente corazón y un gracioso y espontáneo desembarazo en su porte y maneras que daba á toda su persona cierto aire un poco altanero, mas en extremo atractivo... Era rica, ya os lo he dicho, y todas las mamás de los contornos, con ojos avizores, la habían señalado para sus hijos, deseosísimos á su vez de lo mismo que sus madres.

Ella se reía y no hacía caso de nadie, dejando para más tarde el encadenar su libertad.

De repente, sobrevino la ruina, completa, espantosa, horrible.

Caballos, castillo, parque y tierras, todo fué preciso venderlo.

¡Oh! ¡cómo las mamás de los contornos, con ojos desmesuradamente abiertos, apartaban á sus queridos hijos, helados á su vez repentinamente de espanto, de aquel sér fascinador!

¡Desde entonces la infeliz fué la abandonada en aquel punto!

Pero en su despreocupación, tomó valerosamente su partido, despreciando en su alma á los cobardes fugitivos.

Reíase, aunque con amarga risa.

Un día, en la vida humillada y errante que llevaba con su padre, pasando los dos de la casa de un tío á la de otro y de la de una tía á

la de otra tía, sucedió que en el seno de una familia que les concedía aquella hospitalidad de limosna, la llamó la atención un joven á quien se decía que invitaban por ella... Su corazón sin experiencia se dejó prender... amó á aquel á quien no le espantaba su pobreza, pues no huía como los otros... ¡Ah! ¡qué bellos se presentaban aquellos días de amor naciente á la luz de la esperanza que revivía!

Un día, en un relámpago, descubrió que se la estaban jugando... No era por ella por quien se invitaba al joven; por una de esas bajas infamias, cuya malicia no ve ya el mundo acostumbrado á ellas, pero hacia la cual la infeliz, sencilla, inocente, sentía un horror profundo, la habían colocado á ella, la pobre, é ella, la desgraciada, á ella, la arruinada, como una pantalla ante los ojos del marido!

«¡Oh! me decía oprimiendo su corazón con ambas manos, ¡cuánto he sufrido!... No me quejo ni lo siento por ese truhán... ¡pero ella, ella que desde hace diez años era mi mejor amiga, jugármela así!... Padre, pida V. á Dios que me muera pronto». Dios escuchó á la pobrecita desolada... Á los veinticinco años, junto al lecho de dos sobrinitos á quienes cuidaba, contrajo enfermedad mortal... y cuando sintió que se acercaba la hora de volar hacia un cielo

más dulce, abrió sus brazos, como dos blancas alas!... «¡Oh! exclamó, ¡ohl ¡qué feliz soy!»

En nuestras comarcas, esa cuestión de la fortuna no tiene, sin embargo, en el estado social la profunda resonancia que puede observarse en otras. Donde quiera que las leyes de sucesión favorecen á los primogénitos de familia, en todos los países de mayorazgos, en todos aquellos que mantienen intacto el patrimonio tradicional, haciéndose muy difícil la colocación de las hijas, sobre todo de las menores, surge una clase nueva, muy bien representada en las novelas inglesas por la «Tía pobre». Esa es fatalmente la solterona.

En los siglos pasados, en los países donde estaba en vigor la legislación francesa, se les cortaba el cabello y se las metía en un convento; gracias á sus escudos nobiliarios, llegaban á tener títulos en ellos. O bien les preporcionaban prebendas de canonesas que les dejaban libertades, hoy día, gracias á Dios, absolutamente desconocidas, bajo la toca y el velo.

¿Debemos echar de menos aquellos tiempos y aquellas leyes? Una escuela lo sostiene. Yo jamás he podido afiliarme á ella, y no es ahora

el momento de estudiar sus razones. Pero incontestablemente aumentaba el número de las solteronas. Tanto le aumentaban que en nuestras comarcas belgas rigió una institución, de la que todavía quedan algunos restos, pero que en nuestros días ha perdido totalmente su carácter nativo: «las beguinas y los beguinatos».

Allá se retiraban las jóvenes á quienes lo exiguo de su fortuna no les preservaba contra la miseria, mas en la comunidad que formaban entre sí era suficiente... Cada cual tenía su casita que arreglaba á su gusto, en la que era dueña y señora, con hermosos nombres de santos y santas por enseña. Pocas reglas, el gobierno de una gran señora elegida para las comidas y devociones comunes, un traje apenas diferente del traje habitual de entonces, nada de votos á larga fecha. Un retiro dulce y la paz, una hermosa y envidiable paz... En verdad, las relaciones fáciles con el mundo, las recepciones y visitas no eliminaban toda ostentación... Si, allá tarde, llegaba alguno á pedirle la mano, nada impedía á la beguina el aceptar; la única dificultad era el tener que aguardar á que terminara el ligero compromiso contraído con aquella especie de vida religiosa... y no pocas veces se llegaba fácilmente á rescindirle antes de la fecha prefijada.

Pero han corrido mucho los tiempos y la institución carece de la plasticidad requerida para adaptarse á los tiempos nuevos. Se ha estacionado en los trajes y reglas de antaño; la diferencia entre su vida y la del mundo se acentúa cada día más y más. El beguinato ha llegado á ser, á los ojos de casi todos, un convento y la beguina una religiosa.

Tal vez debamos sentirlo, porque nada ha venido á reemplazar á semejante institución... y, sin embargo, muchos corazones tienen gran necesidad de la paz, de la hermosa y dulce paz!

En suma, Señores, hasta el presente sólo hemos hallado dos cosas generadoras del estado de las solteronas: el aislamiento y la pobreza. Por ninguna de las dos se las puede censurar.

Hay otras causas que vamos á estudiar, si lo tenéis á bien.

He dicho que en ese mercado ó en esa feria no carece de dificultad el cerrar el contrato: porque no sólo tiene que agradar la mercancía al mercador, sino también el mercador á la mercancía. Ahora bien; ese mutuo encuentro de gustos no es tan general que para llegar á él no sea preciso tratarse muchas veces. He ha-

blado ya de las exigencias del mercader; las de la mercancía son menores.

Sólo exige en su objeto cierto género de belleza particular, bastante difícil de determinar, ¡tanto varían las apreciaciones!... Talento en dosis moderada; no perjudicaría el tener más, pero... se toma lo que se halla... La frescura de la tez no es de rigor absoluto... Cierta discreta gracia picaresca es muy apreciada... Pero sobre todo ¡dinero! ¡dinero! ¡dinero! ¡Oh! sí, ¡dinero! Sino, Señores, es como si cantarais, cual suelen los chiquillos, el *Mambrú se fué á la guerra*.

Pues bien, sobre todos esos cálculos, borda sus proyectos el corazón, y generalmente cuando la razón tira á la derecha, él tira á la izquierda. ¡Por aquí podréis comprender lo que sucederá!

Una pobre sencilla, ingenua, de corazón fresco y desconocedor del mundo se enamora de un caballero distinguido que le ha dicho palabras dulcísimas, y se apoya en la fe de aquel encantador lenguaje, que es moneda corriente en el mundo, pero que á ella, inexperta, le parece divino y le cree.

¡Y vedla ahí alimentando su amor de esperanzas y de sueños!

«¡El, sólo él, y ningún otro que él!...»

Él, desgraciadamente, está muy lejos de en-

tonar ni dar una serenata semejante, ó si la da, es al pie de otra ventana...

¿Qué hacer?

Observad que este es el caso menos doloroso. Hay cien otros que lo son más.

Se aman mutuamente los dos con toda la fuerza de su corazón y de su alma; pero entre uno y otro se levanta un obstáculo insuperable.

¿Qué hacer?

Se amaban, se habían hecho solemnes juramentos, y ella, siempre fiel, pobre alma, le ha visto un día separarse poco á poco, luego alejarse y dejarla por otra.

¿Qué hacer?

Omito mil otros, y de los más crueles.

¿Qué hacer? ¿qué hacer?

Generalmente se empieza por llorar mucho... Siéntese destrozada la vida, desgarrado el corazón, todo ha concluído, concluído para siempre, y se invoca á la muerte... Es increíble cuánto se desea morir presto, cuando uno es joven y no hay peligro de ello. Después, como no llega la muerte, se piensa en el convento. Es también increíble cuán prestas se hallan las almas en esas circunstancias para entregarse al Señor.

Presentando el convento algunas dificultades, se concluye, á la larga, por descubrir que es absolutamente necio tomarse tanta pena por

un quidam que no lo merece; tras de lo cual se pone á flote, se carena ese pobre corazón hundido, y se le lanza de nuevo á la mar, al descubrimiento de nuevas costas. Es raro que después de dos, tres, cuatro ó cinco viajes, —con su correspondiente permanencia en diques secos para reparar las averías, —no se concluya por arrojar el ancla.

Se guarda silencio sobre los encallamientos cuando el barco está en el puerto, y nada es más fácil que ocultar las viejas hendiduras de un corazón!

Es cosa convenida, cuando uno se casa, que aquél ha sido precisamente el primer amor. ¿No es así?

Pues bien, hay almas que no se resignan á esas nuevas tentativas, que no saben restaurar su corazón despedazado. Han amado, y en su amor lo han dado todo, todo vuelvo á deciros... allí habían fijado su vida... y ya no la quitan de allí, no saben volver á tomarla...

No llaman á la muerte, quieren vivir; pero sufren... No se acogen al convento; aceptan la vida que Dios les ha dispuesto, tal como se la ha dispuesto, dura, contrariada, sin ilusión, sin esperanza.

Vivirán, pero fieles, sin comprender—tan recto y noble es su corazón—que se pueda amar y luego olvidar, volver á amar y volver á olvidar.

Amarán hasta el fin, sin eco, sin correspondencia, solas guardando en su corazón, como en un santuario, el recuerdo de aquellos días en que les sonreía la vida.

Todo esto no carece de grandiosidad... no acriminéis por ello á la solterona... Abierta y sangrando permanece la herida de su corazón..., pero no es menos estimable ese pobre corazón que otro cualquiera hundido y luego recompuerto y calafateado.

Aun sin amor, hay corazones elevados, á quienes repugna por extremo el ofrecerse. Me acuerdo en este instante de una exclamación bellísima que oí lanzar un día en mi presencia.

Amigos benévolos habían intentado para con una joven de gran despejo y fortuna, de excelente corazón y rara hermosura, uno de esos encuentros fortuitos de que antes os he hablado... No dió resultado alguno. Un año después, se intentó un segundo encuentro; resultado, el mismo. Se habló de un tercer encuentro: «¡Ah! ¡eso no!, exclamó ella vivamente, ¡basta! Bastantes he tenido». Y se marchó á su provincia para no volver á salir de ella.

Lo repito, esto es grandioso.

¿Sabéis lo que es ridículo?... Es el lanzar la red á la ventura diez veces, veinte veces, sin cesar, recogiénndola siempre vacía; es el ir de caza corriendo á través de los campos del mundo, saltando en seguimiento de todas las esperanzas y volver siempre sin nada; es el arrojar el anzuelo en todos los ríos, en todos los lagos, en todos los estanques, en todos los mares y que no pique en él ni siquiera un pececillo.

Y esa vida continuada, á despecho de todos los fracasos, un invierno, y otro más, y el siguiente, y siempre, más allá de todos los límites, en todos los salones, bajo todos los cielos, en todas las playas.

¡Oh! sí, reíos, reíos; eso, eso sí que es bien ridículo: no dominarse jamás, no fijar nunca su suerte, pasear, mendigando y suplicando, unos ojos de treinta años que finjen la ingenuidad y languidez de quince abriles.

Y con semejante vida, el corazón se avinagra y se consume, y con esas esperanzas sin cesar concebidas y sin cesar defraudadas, el alma adquiere ese carácter amargo y rencoroso que constituye el de la solterona, tal como vosotros la comprendéis y os la figuráis, murmuradora, maldiciente, celosa, roída por la envidia de la dicha que no tiene, egoísta, reconcentrada en sí

misma y en el fondo sin cesar removido de crueles decepciones que corroen el resto de una vida desquiciada.

De ésta, sí, reíos á mandíbula batiente.

Burlaos cuanto queráis.

Pero ¡cuán raras son éstas!

Buscadlas en vuestros recuerdos y entre las personas que os rodean.

¿Dónde las encontráis?

¡Ah! yo por mi parte las he buscado mucho, y voy á deciros mi pensamiento: se ha hecho de la solterona un retrato convencional, como se ha hecho del inglés en los romances jocosos... Vosotros conocéis verdaderos ingleses, ¿los encontráis en esa imagen? En algún rasgo quizás, y eso es todo, y aun ese rasgo ha sido desmesuradamente forzado por el pintor.

Pues bien, lo mismo sucede con las verdaderas solteronas. Se da por supuesto que deben ser feas... ¿Lo son?... ¿y no hay más que ellas que lo sean?

Malhumoradas, regañonas y celosas... ¡Cuántas son dulces y benévolas!... y, caso que lo fueran, ¿las libraría siempre el anillo nupcial de ser celosas, regañonas y malhumoradas?

Egoístas... pongamos cada cual la mano en nuestro pecho, si os place.

Amantes de los perros... También yo los quiero; y he hallado algunos muy monos y muy queridos sobre las rodillas de excelentes madres de familia.

Amantes de los gatos... ¡Ah! bien, yo no quiero á los gatos, á mí me fastidian; pero ¿no es tradicional el gato de las viudas?

Y de loros y cotorras... Ese es un amor muy extendido en el mundo, y las aves hermosas que en él se escuchan no se sostienen todas agarradas en palos, ni vienen todas de Ultramar!

La única solterona, parecida á ese retrato fantástico, que yo he conocido en mi ya larga vida, se halla muy viva aún en mis recuerdos.

Debo confesar que era vieja y fea.

Regañona á veces en sus días de mal humor... Celosa, no, ese defecto no era ya propio de su edad... Egoísta, no gran cosa, pues había educado á un sobrino y dos sobrinas, y colocó á los tres convenientemente; pero, en verdad, les hacía pasar una vida dura.

No tenía perro.

Tenía un gato, pero que no salía de la cocina.

Nada de cotorras.

Se daba tono de autoridad conmigo, alegando que casándose joven, hubiera podido ser mi ma-

dre. En verdad, exageraba ella la dificultad, pues nos llevábamos treinta y dos años.

Cuando la encontraba en su casa ó en alguna reunión, me hacía sentar; luego con aire dulcísimo, con voz amartelada, con ligeros golpecitos en el hombro, empezaba su discurso siempre idéntico: «¡Ah! ¡sois joven y se os alaba mucho... eso es peligroso! Permitidme que rebaje esos elogios... ¿Amáis mucho?»

Naturalmente, yo declaraba que amaba mucho, que mi amor era muy grande.

Entonces ella rebajaba... Si aquel amor hubiera hecho germinar adormideras en mi cabeza, ella las hubiera roto y despedazado todas, como Tarquino el Soberbio.

¡Oh! ¡no se andaba ella en contemplaciones!

No digo que esto fuera muy agradable. Pero no dejaba de ser útil. Es bueno que haya quien nos diga, aunque sea brutalmente, la verdad. Y en razón de este servicio, conviene perdonar el disgusto.

Desgraciadamente rebajaba de igual modo á todo el mundo, lo que hacía que fuera poco buscada. Murió sin que nadie lo sintiese gran cosa. Y queda de ella un recuerdo vago, resultante del bien que se la debía, de la dicha que hubiera podido proporcionar en mayor escala, y que sólo derramaba gota á gota, lentamente y con

medida, de un viejo cuerpo encorvado, que se sostenía con dificultad sobre sus piernas enjutas, de los refranes y canciones antiguas que nos complacíamos en hacerla cantar y repetir, de sus ágrias reprensiones, de su risa uniforme y seca, y de las buenas comidas de que gustaba cuando podía hacerlas fuera de su casa.

He ahí con toda sinceridad lo que he hallado de más completo en el tipo recibido.

Cierto que no tiene gran atractivo... Pero ¿es en verdad tan odioso?... Y si hubiera que retratar á cuantas se abrazan con la cruz del matrimonio, ¿no encontraríamos muchos retratos semejantes?

Y, sin embargo, á tales solteronas las entrego á vuestra discreción!

Os las entrego... reíos de ellas cuanto gustéis, pues voy á tomar mi revancha.

Es una frase trivial la de que la mujer tiene el instinto de la maternidad. Ante una niña arrullando en sus brazos á su gran muñeca, de cada veinte publicistas vulgares, os lo repetirían diecinueve, como si acabaran de descubrirlo, con aire de observadores profundos. Y luego se detienen como anonadados por tan extraordinario esfuerzo. Esos mismos repetirán su canti-

nela para quejarse de la solterona que se despoja de ese instinto maternal. Pero conviene descender al fondo de las cosas.

No conozco nada más bello, más grande, más dulce y más tierno, más generoso y más heroico que el amor materno. El lenguaje humano es incapaz de describirle, el corazón humano impotente para sondearle...

¿Quién podrá decir sus invenciones sublimes, sus admirables delicadezas, sus sacrificios, sus temores, sus audacias, sus locuras? En verdad, no hay otro amor como él, porque solo él persevera igual siempre á sí mismo, sin entibiarse, sin extinguirse, sin morir!

Por eso Jesucristo, buscando una comparación para su amor divino, no halla otra mejor que la del amor de una madre.

¡Ah! ciertamente, no seré yo quien trate de amenguarle, antes bien exclamaré gustoso como en los tiempos clásicos: «Que mi lengua se pegue al paladar antes que decir una palabra, una sola palabra, que no ensalce el amor, el incomparable amor de las madres!»

Sin embargo, preciso es reconocerlo. Hay en este grande amor un elemento personal... Lo que la madre ama es su hijo, su sangre, el fruto queridísimo de sus entrañas.

Y en ese amor de la madre hay un retorno

sobre sí misma, lleno de dulzura, de donde proviene que ese mismo gran amor es á la vez la suprema felicidad de los hijos y la suprema felicidad de las madres.

Da por un lado, y recibe por otro. Convengo en que lo que recibe no es más que una gota al lado de lo que ella da á torrentes, sin medida; pero esa gota es sabrosísima, embriagadora.

Ved sino á la madre con su hijo sobre las rodillas... cómo le sonrío, cómo le contempla, cómo le devora con su ardiente mirada... De repente le toma en sus brazos, le levanta bien alto para verle mejor, después echándose hacia atrás, le atrae hacia sí, le estrecha contra su corazón y contra su boca, pareciendo que se le quiere comer á besos: ¡oh! es suyo, muy suyo, es su hijo. ¡Ah! ¡qué palabra! ¡hijo mío!

¿No es verdad que es dichosa?

Volvamos á la solterona...

Muy pronto en su vida, más pronto de lo que comúnmente se cree, viendo el giro que llevan las cosas, toma su partido. No presentándose novio, renuncia, en fin, á casarse.

Lo siento por mis compañeros en sexo fuerte, pero generalmente no es semejante renuncia tan dolorosa como les pudiera parecer. El sacrificio no tiene toda la amargura que ellos se llegan á figurar, y luego con el conocimiento

del mundo, y supliendo su inexperiencia con la experiencia de los demás, á medida que avanzan en la vida, les parece menos duro.

Pero ¿será, por fin, preciso renunciar totalmente á ese gran amor de las madres de que tanta sed y hambre tiene el corazón de la mujer?...

¡Oh! he ahí el sacrificio que costaría inextinguibles lágrimas; he ahí el sacrificio que llegaría á costar sangre!

¡Mas no!... hay en ese amor dos corrientes de fuego: por la una el corazón se da, se comunica y entrega; por la otra recibe, se sacia y se alimenta.

* Pues bien, ellas seguirán la corriente primera. Darán y no recibirán... tendrán todos los trabajos, todas las penalidades, todos los sacrificios, todas las angustias, todas las ternuras, todas las delicadezas, todos los heroísmos de las madres... no tendrán sus dichas, porque todo eso no lo harán por su hijo, ni por su sangre, sino por el hijo de otra, por la sangre ajena. Y, sin embargo, amarán con ese amor inmenso de las madres, que dará por el amado su vida como una gota de agua; pero su corazón permanecerá vacío, ó si entra en él alguna dulzura, será yo no sé qué ilusión de maternidad ficticia, de la que, en secreto, se dirán á sí mismas: ¡No es eso! ¡No es eso!

He ahí su primer papel en el mundo, el de suplir á las madres.

Dios las ha colocado ahí, al lado de esa cacerera en que mueren las verdaderas madres, para que los huerfanitos tengan abierto un corazón que les guarde y les abrigue!

¿Habéis visto alguna de estas solteronas que se haya negado á tal cargo? No, ¿no es verdad?... Y si tuviérais que citar ejemplos, ¿no los hallaríais á la mano?

¿Quién no conoce á esas tías ancianas que han tomado sobre su corazón y en sus brazos á esos pequeños abandonados por las muertas que se han alejado de ellos?... ¿No se los había encargado la madre al morir, diciéndole: «¡Los amarás mucho, ¿no es verdad? amarás mucho á mis pequeños, á mis pobres hijitos!?»

Y ella los ha amado con toda su alma, con todas sus fuerzas, con todo su corazón, como si no tuviera otra cosa que amar sobre la tierra. Ella los ha conducido paso á paso, siempre amante, siempre cuidadosa, siempre llena de abnegación, hasta el momento en que en el mundo han podido ellos tomar su vuelo... Entonces, conociendo que su cargo estaba ya cumplido, se ha eclipsado, por decirlo así, siguiendo

de lejos á los pajaritos que volaban contentos, y ha quedado sola en el nido vacío!

Yo he visto, cerca de mí, por uno de esos golpes en que nuestro espíritu limitado no descubre los designios de la Providencia, he visto á la muerte herir á los padres uno en pos de otro, primero á la madre y luego al padre. Quedaban, casi solas en el mundo, dos jóvenes, la mayor de las cuales apenas tenía dieciocho años.

Pasado el primer aturdimiento, la mayor tomó su partido: «Un poco joven soy para desempeñar el papel de madre, pero lo desempeñaré. Nuestra hacienda es demasiado pequeña para dividirla entre dos. Se la daré á mi hermana, no reservándome más que una pequeña pensión para vivir, y viviré con muy poco. Con esto tendrá una dote regular, y como es agraciada... Yo me quedaré para vestir vírgenes».

Dicho y hecho. Desde aquel día se olvidó de sí misma, y ya no pensó más que en su hermana: todo le parecía poco para la pequeña, la engalanaba como hacen las madres; ponía en ello su dicha y su gloria.

Su vida propia la había puesto en aquello, en la vida, en el éxito, en la felicidad de aquella hermana menor, amada como una hija. En sus paseos, en las reuniones sociales la acompañaba, observando si la miraban ó no, gozán-

dose cuando la admiraban, y acariciando dentro de sí sueños embelesadores...

- Un día, habiendo la pequeña cogido un resfriado, empezó á toser, luego se manifestó el mal bajo su nombre verdadero, terrible, la tisis... Entonces comenzó una vida de angustia y de tortura, en que era preciso sonreír á la enferma que esperaba siempre, y en secreto dejar correr sus lágrimas. Luego las largas veladas durante las cuales, en la noche silenciosa, resonaba seca y desgarradoramente la tos destructora, despiadada. En fin, lenta, lenta llegó la muerte.

Entonces la primogénita, sola en la tierra, con el corazón muerto, no teniendo ya nada que la retuviera en el mundo, sintió que la llamaba Dios... Entró en las Carmelitas... Su noviciado fué su preparación para subir allá arriba. Apenas había celebrado sus divinos desposorios con el Cordero, apenas había sido colocado en su dedo el anillo de las esposas de Cristo, cuando también ella á su vez, herida del mismo mal que su hermana, tuvo que acostarse en su pobre lecho carmelitano... Recorrió, sonriente, el mismo camino de la muerte por su hermana recorrido; después, al fin, dulcemente, se durmió tranquila y feliz.

¡Ah, queridos recuerdos!

¿Pero no tenéis vosotros, vosotros todos, en

vuestra memoria recuerdos semejantes, dulces y conmovedores?...

¿No habéis encontrado á la solterona desempeñando ese papel, ese papel tan grande, tan bello, y cumpliéndole con un corazón tan desinteresado?

Pues bien, con frecuencia Dios las llama á cosas más altas. Hay un sacrificio mayor, una inmolación más profunda, y en ese amor, que da tanto y recibe tan poco, un desasimiento más duro!

Esos niños no eran sus hijos, es verdad; no eran su carne, ni su sangre, pero tocaban de cerca á su corazón, y aun antes de llegar á ser su madre, ya los había amado.

Ahora es un extraño, un desconocido, un ignorado quien va á reclamarle su amor.

No es ya sólo el niño con todo el atractivo y encanto de su sencilla inocencia, es el niño pobre, el niño abandonado en la calle, sucio, forzosamente vicioso, grosero, de genio acre y arisco; es la niña del pueblo ínfimo, criada en esos camarotes y buhardillas en que habitan juntamente toda clase de personas... Es más que el pobre, es el enfermo, es el vagabundo, es el golfo de nuestras ciudades, es el mendi-

go, es todo el cortejo de las miserias humanas quien le grita: «¡Amadme! ¡amadme! ¡yo no tengo nadie que me ame!»

Y la solterona acude, ofreciendo su corazón dispuesto á amar.

¡Y amar es servir!... Pues bien, ella servirá.

¡Esto no es ya suplir á las madres, es suplir al sacerdote!

¡Ah! no os extrañéis de esta palabra: la he pesado, la sostengo y vamos á profundizarla.

Confieso que cuando se ofreció á mi mente, me causó temor... pero luego me vinieron para tranquilizarme algunos recuerdos de la Sagrada Escritura. Abrid la carta de San Pablo á los Romanos, y podréis leer lo siguiente: «Os recomiendo á nuestra hermana Febe, la cual está dedicada al servicio de la iglesia de Cencrea... Saludad de mi parte á Prisca, que ha trabajado conmigo en el servicio de Jesucristo... Saludad á María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros... Saludad á Trifena y Trifosa, las cuales trabajan para el servicio del Señor». Y así va siguiendo.

¿Quiénes son esas mujeres agregadas al servicio de las iglesias, cooperadoras y suplentes de los Apóstoles?

Al principio eran las viudas, convengo en ello, y su primer nombre *viduae* así como el de

su oficio *viduatus* lo demuestran bien claramente. Pero el duelo de un marido no era condición indispensable para entrar en su rango.

Bien pronto, por otra parte, fué cambiado el nombre por el de diaconisas, y tan lejos estaba la institución de no admitir más que á las viudas, que bien presto fué mayor que el de éstas el número de las vírgenes á ella afiliadas.

Y se afiliaban tan jóvenes que Tertuliano protesta de ver entrar en ella á los veinte años.

Ahora bien; la diaconisa de los primeros tiempos de la Iglesia no es la religiosa de nuestros días; la diaconisa no tenía vínculo, ni votos; permaneciendo libre, se dedicaba y entregaba al servicio de los pobres y de los enfermos, á la repartición de las limosnas y de los socorros de la Iglesia; enseñaba la doctrina cristiana á los niños y asistía al bautismo de las mujeres, y mantenía en la iglesia la limpieza y el orden. Lo diré una vez más, suplía al sacerdote.

Y la Iglesia se mostraba tan reconocida á sus servicios, que las consagraba con una bendición especial. Claro es que esta bendición no era una ordenación sacramental como la de los diáconos, pero sin embargo el Obispo les imponía las manos con toda la solemnidad ritual.

La institución de las diaconisas se extinguió muy pronto en las Galias. Después del siglo VIII

no se halla ya rastro de ella en Occidente. Reaparece luego el nombre, pero aplicado á verdaderas religiosas.

Sin embargo, siempre sobrevivió la suplente del sacerdote.

Y ahora os ruego que observéis los tiempos en que vivimos, con las condiciones que le han acarreado el prodigioso desenvolvimiento de las industrias y del trabajo, la inmensa aglomeración de las grandes ciudades, el ansia febril de gozar, y de gozar mucho y pronto que á todos nos devora.

Hay en esas poblaciones una masa humana, sin lazo de unión, amontonada como los granos de arena, que ruedan unos sobre otros sin soldarse... un individualismo espantoso ha convertido á la sociedad en ese polvo... ¡Rodando cada cual á su manera hasta que llega á encontrar la posición más cómoda! y si el vecino ha ocupado ese sitio, no descansando hasta que le haya echado fuera... Este individualismo tiene una fórmula: «Cada uno para sí, y Dios para todos». Fórmula que ha sido modificada ingeniosamente y con bastante corrección: «Cada uno para sí, y Dios para mí». Que es la verdadera divisa del egoísmo.

Con corazones formados en semejante escuela, toda sociedad humana marcha fatalmente á su ruina. Las bases mismas de la sociedad hasta la familia se derrumbarán unas sobre otras. Solamente los fuertes podrían salir con bien en semejante contienda. Los débiles fatalmente deben morir en ella ahogados, aplastados. Para reaccionar contra ese premeditado abandono del individuo débil por el individuo fuerte... es preciso que la sociedad misma, Iglesia ó Estado, tome al débil entre sus brazos, le defienda y le salve. De ahí la ineluctable precisión de las obras de caridad y beneficencia en nuestra época.

Se necesitan casas-cunas y orfelinatos, porque no hay familia. Se necesitan patronatos, asilos, casas de preservación, casas de refugio, porque no hay familia. Se necesitan casas de ancianos desamparados, hospicios, hospitales, roperos, dispensorios. Se necesitan escuelas de artes y oficios, bolsas de trabajo. Se necesitan toda clase de socorros para toda clase de miserias. ¿Quién los dará?

¡Ah! vosotros que os habéis formado un hogar y una familia, no distraigáis vuestros corazones de esos benditos santuarios. Dad vuestro dinero... Pero se requiere también corazón.

¿Quién, pues, dará el corazón?... Ellas, las solteronas.

No vacilo en decirlo, el admirable florecimiento de caridad de que se ve rodeada la Iglesia, sería imposible sin ellas. Esa es, en verdad, su obra. De esa obra ellas son la cabeza, ellas son las manos, ellas, sobre todo, son el corazón!

¡Sí, suplentes del sacerdote en el ministerio de la caridad cristiana! Ellas velan por todo, piensan en todo, atienden y se dedican á todo. Y á veces ¡qué almas!

Me parece estar viendo, como si fuera ayer, un cuadro antiguo ante el cual mi padre me detenía con frecuencia. Dentro de su dorado marco encerraba el retrato de dos solteronas, á quienes llamábamos las santas, y con las cuales nos unía un parentesco inmediato. Las veo todavía con su rostro sonriente, pareciéndose una á otra como dos gemelas; sobre sus lisos mantos negros caía la cinta de una cofia de grandes carrilleras, cuyo lazo cubría la mitad de una pelerina de seda oscura.

Su historia era muy sencilla.

Vivían juntas cuando su hermano, sacerdote, sintió nacer en sí la llama de los apostolados lejanos. Un día les anunció que iba á partir á evangelizar los salvajes de las Montañas Pedregosas. Aquellas misiones eran entonces tierra

virgen, y todo estaba por hacer, todo por desbrozar... ¡Aún no se sabía en aquellos pueblos y entre aquellos salvajes lo que era la ropa negra! Sólo diez años después el ilustre é inolvidable P. Desmedt debía hacérsela amar.

No hubo vacilación ninguna en el alma de las dos hermanas... ambas partieron con él. Fueron sus cooperadoras en Jesucristo... ¡Ay! aquella vida rudamente trabajosa sobrepujaba sus fuerzas... No había trascurrido todavía un año, cuando la una en pos de la otra, en una pobre chocita que les habían construído los indios, entregaban su alma á Dios.

Allá reposan, ignoradas, habiendo dado su vida por su divino Maestro, supliendo al apóstol en el amor y servicio de las almas rescatadas por Jesucristo. El mundo no conoce sus nombres... pero ¡qué importa el mundo! ¡Son, por ventura, tan puros los nombres que él exalta, que él venera, que él pasea en triunfo sobre las alas de su vocinglera fama? ¡Dormid en paz en el valle salvaje, queridas sombras de tan heroicas hermanas! No hay coronas sobre vuestras tumbas, mas sobre vuestras frentes hay una inmarcesible en el cielo... Los amores de acá abajo no han ocupado vuestros corazones, pero es vuestro eterno amante el divino Esposo á quien habéis escogido! ¡Ah! él no engaña, él

no hace traición; queridas sombras; vosotras no habéis llorado jamás.

Y ahora puedo completar la clasificación que hace dos años había tomado de Dumas.—Había dicho yo: mujer de iglesia, mujer de casa, mujer de calle.

Y completándola la hago más justa, porque es defecto de casi todas las clasificaciones el separar bruscamente los tipos y no tener cuenta de las formas de transición. De ese modo violentan esas clasificaciones la naturaleza, que no hace nada por saltos, ni á brincos, sino por una graduación insensible y dulce.

Hay, pues, mujeres que son mujeres de casa por el amor que dan, y mujeres de iglesia por el amor de que se sacian... Tienen todas las abnegaciones, todas las ternezas, todos los heroísmos de las madres, y no tienen sus dulzuras. No tienen los honores del templo, ni la gracia de sus unciones, pero tienen su austeridad y sus cargas y asumen sus deberes.

Ahí está su sitio, entre la familia y el altar.

Y bien lo conocéis vosotros todos y todas en vuestros corazones, pues cuando la encontráis en vuestro camino, consagrada por una larga vida de beneficios, toda radiante del amor

esparcido á torrentes sobre todos los desheredados del mundo, ¿no es cierto que la saludáis con gran respeto, al menos interiormente? ¿no es cierto que experimentáis la sensación como de un perfume de santuario, como de un ángel de Dios que pasa?!

Porque vosotros habéis visto, ¿no es verdad? á esa ideal solterona.

¡Ah, cómo quisiera poder expresarme bien!

Dios la había colocado en posición elevada, en plena luz, y ella no tenía necesidad de mostrarse para aparecer... Era rica, de alto rango; su padre, que había ascendido mucho en los honores, gobernaba una de nuestras más bellas provincias, y á la edad en que vosotras, Señoras mías, recién salidas del colegio, os mecíais en halagadores sueños... cuando la más pesada carga y labor de vuestras manos era amontonar y entrelazar cintas y flores, ella partía...

¿Á dónde va la niña?... ¿Á dónde va?... Allá abajo, muy abajo, á vuestro gran río, adonde los más valientes no miran sin espanto, donde la muerte, la horrible muerte hace carnicería, donde 500 emigrantes, retorcidos por los calambres del cólera, aullan entre los horrores de la agonía, allá va ella sonriente, á cuidar con

sus manecitas de veinte años á aquellos abandonados, á aquellos moribundos, como no lo haría una madre con sus hijos! ¡Oh, San Francisco! vos os desposasteis con la pobreza... esta heroica mujer ha hecho una cosa mejor, se ha desposado con el sufrimiento humano, y ese canto de las agonías será el canto de sus desposorios. Ya no habrá miseria, ni dolor, ni tortura humana á que no esté abierto ese corazón.

Cuando en ese gran buque sombrío, de mudas bandas, haya callado la muerte, ella volverá, y entonces andando sin cesar en busca de los dolientes, vivirá consagrada á salvarlos y curarlos.

Decíais que las mujeres tienen el instinto de la maternidad. Sí, sí; ved cómo ella busca en las humildes casitas de los pobres, en las buhardillas, en los tugurios, á los pobrecitos niños del pueblo... Los reúne, les hace un nido más caliente, cunas más mullidas, les crea ese hogar de los niños pobres que sufren, que lleva un nombre tan triste como bello: «¡Hospital de niños!» ¡Y allí fijará su verdadera morada! ¡Ah! ¿quién dirá los miles de niños que han sustentado sus brazos, que han posado sobre sus rodillas, que le han sonreído en medio de sus sufrimientos, y para quienes ella ha sido más tierna que una madre!.

Un día, en el horizonte, retumba el trueno de las batallas!... Ella parte, vuela... ¡Oh! se va á sufrir allá abajo, á sufrir horriblemente... Y ella corre al sufrimiento, su desposado, y sobre aquellas tierras enrojecidas con la hirviente sangre de los soldados, mientras haya un dolor, permanecerá ella de pie con el corazón y los brazos siempre abiertos.

Después sacudirá de su manto el polvo del campamento y se volverá á servir á sus pobres niños.

Pero hay otras batallas, fuera de las batallas de hierro y de fuego... dase además la horrenda y silenciosa batalla de todos los días, la gran batalla de la vida.

Decidme qué herido de esta guerra no haya venido á ella, y cuyo corazón dolorido y vacilante no haya ella confortado... Decidme á quién no ha acudido ella á levantar con sus manos y á devolverle la esperanza...

Decidme qué pobreza no ha endulzado. Decidme qué dolor no ha consolado. Decidme á qué miseria no ha defendido contra la desesperación.

Y veinte años, treinta años, cuarenta años de esa vida de abnegación, de heroísmo, de amor, no han cansado á tan respetable solterona. Ella sigue, sigue siempre adelante, un poco

inclinada por la edad, con paso firme y viril. ¿Á dónde va?... Siempre al sufrimiento... Y cuando ella pasa, todos, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, se inclinan respetuosamente. Y conmovidos, llenos de veneración, se dicen por lo bajo: «Pasa la señorita santa».

Generalmente, cuando una mujer de mundo llega á la edad de esta señorita, y pasa, lo que se dice por lo bajo entre los benévulos es de ordinario esto: «¿Veis esa señora?... Ha brillado mucho en su tiempo».

Confesad que hay gran diferencia entre las dos.

A. M. D. G.

· Á LA FE POR LA CARIDAD

OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Á LA FE POR LA CARIDAD

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

1903

ES PROPIEDAD



EMINENTÍSIMO SEÑOR, (1)



DIGNAOS permitirme que os dé gracias por el honor que hacéis á la joven y valiente Conferencia del Colegio Saint-Rombaut teniendo á bien presidir esta modestísima velada dada en obsequio suyo y en favor de sus amadísimos pobres.

Este insigne honor, Eminencia, es más que un estímulo, es una lección que ella no olvidará jamás.

Vos le mostráis el camino por donde debe marchar, y ella marchará por él hasta el término.

(1) S. E. Mons. Goossens, Cardenal Arzobispo de Malinas.

En estos agitados tiempos en que abrasan á la sociedad las fiebres de todas las rebeliones, mientras en el fondo bullen tantas cóleras y tantas concupiscencias, es preciso que descendan de lo alto la caridad y el amor juntamente con la justicia. Ese amor y esa caridad, jóvenes de las Conferencias de San Vicente de Paúl, los lleváis vosotros á los pobres, y si entra en los designios de la Providencia el salvar la sociedad, vosotros seréis sus salvadores.

En su nombre y en mi nombre, Eminencia, Señores, os doy rendidas gracias.

~~~~~

SEÑORAS, SEÑORES:

Cuando refiere Ozanam cómo, en París, en un arranque de noble generosidad con algunos amigos, pocos pero resueltos, creó las Conferencias de San Vicente de Paúl que debían luego cubrir el mundo, emplea una frase que ha venido á ser como la divisa de su obra: «Colocamos nuestra fe bajo la égida de nuestra caridad».

¿Qué quiere decir esto?

¿Es también esta una de esas frases sonoras y retumbantes, que deben su éxito á la vague-

dad nebulosa de la idea? ¿uno de esos pensamientos que deslumbran por sus bellas apariencias al deslizarse ante nuestra vista, como un niño raquíptico envuelto en riquísimas telas?

No lo creo así.

Sin embargo, la frase no es clara.

Fe, caridad, égida, palabras y pensamientos bien claros todos ellos; ¿pero cómo puede la caridad servir de égida á la fe? ¿Y cómo una visita á los pobres va á defenderme de los asaltos de la duda?

Cierto que Dios puede recompensar una virtud con el don de otra virtud; para remunerar mi piedad con los pobres puede conservarme la gracia de la fe.

El pensamiento de Ozanam hubiera sido en este caso: «Practicamos la caridad para obtener de Dios que nos guardase la fe». Pensamiento sencillísimo, muy verdadero y generalizado, y que responde á la costumbre casi universal, en todos los pueblos y en todos los tiempos, de dar una limosna para obtener un favor.

Yo he visto, y vosotros habéis visto como yo, en los grandes centros de peregrinación, en el antiguo y venerado santuario de Montaigne, por ejemplo, á los peregrinos y devotos suplicantes, después de terminada su oración, echar su limosna sobre las gradas del altar. Limosna

conmovera, porque cuántas veces son aquellas pequeñas monedas de cobre, *aera minuta duo* de la pobrecita viuda del Evangelio, *viduam pauperulam...* ¡y con qué confianza son echadas! ¡Oh! ¡qué de corazones afligidos van á llorar y á depositar allí su esperanza!

He visto reirse de esas pobres monedas así entregadas; he visto á elegantes señores que habían hecho sus estudios, decir encogiéndose de hombros y con sonrisa desdeñosa: «¿Qué puede hacer ese dinero á Dios y á la Virgen?»

¡Cuando semejantes águilas abren el pico, lanzan siempre un graznido! ¡Y han hecho sus estudios!

Manifiestamente, su reflexión es una necesidad.

No ven esos miopes más que aquella moneda que rueda vibrando; no ven el sacrificio del alma. No ven que aquella aldeana y su cornadillo, es Ruth, la espigadora, separando de su hacecillo las espigas que da á los pobres del templo, ella pobre también. No ven que es todo el género humano, bajo todos los cielos del mundo, ofreciendo al Señor del universo las primicias de sus ganados y de sus mieses. No ven que es el hombre, en fin, desprendiéndose de sí mismo, sacrificando sus deseos, elevándose sobre la tierra y sobre todas las cosas terrenas, para acercarse más á Dios y sublimar su alma.

¡Y he ahí lo que hacen á Dios esas monedas pequeñas y grandes!

Es claro, pues, que en este sentido la caridad puede llegar á ser la salvaguardia y, si puedo expresarme así, el sueldo y paga de la fe.

---

Pero, ó yo me engaño, ó la frase de Ozanam tiene un sentido más profundo y más en consonancia con el giro habitual de sus pensamientos.

La caridad, tal como él al menos la entendía, dádiva de corazón tanto ó más que de dinero, es verdaderamente para la fe, en este mundo, una salvaguardia y una égida. Quisiera hacérselo ver.

Nada es tan fatal para la fe como la dicha y la vista de los dichosos. «Cada vez que me he encontrado con dichosos, dice en alguna parte Lacordaire, he quedado pasmado de su incapacidad para las cosas divinas».

Para el hombre dichoso, la tierra es muy buena.

Al oír mi proposición me detenéis; y, lo confieso, en efecto es proposición que exige ser aclarada.

¿Cómo, la felicidad, que es el fin y el término del hombre, puede llegar á ser una traba y un

obstáculo para la fe, para esa luz que ilumina el camino que conduce á ese término y á ese fin?

Evidentemente, no es de esa dicha, no es de esa felicidad soberana y suprema, felicidad del alma y del espíritu, tanto como del cuerpo y de los sentidos, de la que quiero hablar. Es de la dicha comprendida como se la entiende generalmente en este mundo; y cuando digo hombre dichoso, lo digo al modo general con que se dice en los círculos de acá abajo.

Al hombre dichoso en este sentido bien le conocéis. Es el hombre que en su cuna ha encontrado la abundancia de bienes necesaria para una vida larga y llena de goces sin preocuparse del día de mañana, ó que si no la ha encontrado allí, se la adquiere con un trabajo moderado exento de esfuerzos y de penas. Es el hombre á quien la buena fortuna ha proporcionado una mujer recta, señora de casa, suficientemente dulce, no exigente en demasía, y que representa buen papel en las grandes recepciones. Es el hombre cuyos hijos no hacen calaveradas demasiado ruidosas, que no tiene que esperar demasiado para la colocación de sus hijas, cuyos cabellos cuando se cortan no se marchitan, y á quien sus colonos pagan exacta y oportunamente. Es el hombre que pasa á través de todas las incomodidades y de todas las mise-

rias sin que ninguna le toque; hasta el granizo le respeta, y cuando asola las mieses de sus vecinos, ni siquiera toca sus campos.

¡Ese es el hombre dichoso, y á quien se tiene envidia!

Y si sobre todas estas bellas cualidades, tiene un buen estómago y dientes firmes, y no padece jamás de gota, se le declara tipo acabado del dichoso!...

¡Este hombre, en efecto, tiene una vida encantadora!

Se levanta cuando está cansado de dormir. Su baño está dispuesto á la temperatura apetecida. Su camarero, de pie, le ayuda á vestirse. Su mujer le arregla el lazo de la corbata con monería. Se desayuna; los huevos están frescos, las chuletas en su punto, los panecillos calentitos. Lee su correspondencia: cartas todas de amistad ó de negocios que van viento en popa... las primeras las retira para contestarlas más tarde, las segundas las entrega á su administrador. Lee en los periódicos los hechos diversos, la gacetilla y sección recreativa, el folletín y la sección de teatros; ¡y lo demás para otros! Se lleva uno malos ratos siguiendo todas esas cuestiones políticas y sociales. Luego sale á tomar el aire para abrir el apetito. Después de la comida volverá por la tarde á tomar el aire en el

campo ó en la alameda, en coche; con su señora en los primeros y últimos años, sin ella en los intermedios. Cenará y se irá á digerir al teatro ó al círculo, y volverá á casa para dormir.

¡Y cuenta que tiene buen sueño!

¡Ah! ¡el hombre dichoso!

¿Preguntadle si está contento?

¡Encantado!

¿Si querría que eso durara siempre?

¡Firmaría el contrato para toda la eternidad!

¡No tiene deseos más elevados ni esperanzas más finas!...

El retrato de la mujer dichosa sería de los mismos tonos, sin diferenciarse más que en los matices; gozará menos de los placeres de la mesa, y más de las emociones del corazón; exigirá menos comodidades á la vida, pero más brillo y lucimiento. Mas ella también se sentirá encantada, y firmaría de buen grado: tampoco ella tiene aspiraciones más altas, ni esperanzas más sublimes.

Ahora bien; esa dicha, esos dichosos, esas almas contentas, satisfechas y repletas y que no sueñan en nada mejor, me hacen siempre— os ruego que me dispenséis la frase— me hacen siempre pensar en vuestros hermosos establos y en vuestras bellas praderas de Flandes!

---

¡Oh! ¡los hermosos establos blancos, con ventanas de listones verdes protegidas de alambres, con su depósito de forraje de cierre corrido, henchido de sabroso heno y de fresca alfalfa, con su pesebre de limpios azulejos y su mullida cama de blandos helechos y su techumbre de musgoso bálago donde se arrullan las palomas y charlan las golondrinas!

¡Oh! ¡las bellas praderas, de yerbas jugosas y dulces, con sus margaritas blancas y sus botones de oro, y sus zanjas y charcas, donde se precipitan apresuradamente, ante vuestros pasos, las ranas verdes, y adonde con timidez vuelven á asomar la cabeza para miraros con sus ojazos redondos y saltones!

Allí pastan, rumian y duermen hermosos bueyes y bellas vacas... Su apacible huelgo levanta con ritmo siempre igual su ancho costado tendido y despide suavemente tibias nubes á través de sus lucientes fosas nasales... Fijaos en sus grandes ojos negros, tan abiertos, tan límpidos, tan sinceros; expresan: la paz, la calma, el reposo, la satisfacción, el contento; lentamente rumian esas buenas bestias y no aspiran á nada mejor. El heno es inmejorable, la alfalfa y la remolacha bien azucaradas, la cama blanda...

Entonces ¿por qué desear más?

¡Oh! ¡hermosos bueyes y bellas vacas de

Flandes!... También ellos están encantados y firmarían y no tienen deseos más elevados ni esperanzas más finas. ¡Oh! ¡buenas bestias!

Hay, es cierto, matarifes que les esperan al fin... Pero si ellos lo saben, ni piensan, ni quieren pensar en ello; y tan bien se lo quitan de la cabeza, que concluyen por vivir como si aquéllos no existieran.

De igual modo que para el hombre se halla también la muerte al fin; pero no piensa en ella, no quiere pensar en ella, y concluye por vivir como si no hubiera de morir!

No hay nada más curioso que este último fenómeno. Decid que todos los hombres son mortales; vuestro interlocutor os responderá: «¡Eso hace muchísimo tiempo que lo sé!» Decidle que ha llegado para él la hora de morir: «¿Cómo, yo también, también yo debo morir?» ¡Se creería, en verdad, que nunca lo había sospechado!

Pues bien, ese estado de satisfacción, de bienestar, de contentamiento puede hallarse en todas las vidas y en todas las situaciones que no confinen por algún lado con la miseria ó con el sufrimiento. Es cuestión de necesidad, de deseo, de apetito.

No nos finjamos, Señores, demasiado desdeñosos. Nos colocamos de buen grado á nosotros mismos entre los intelectuales, categoría su-

perior en las clasificaciones contemporáneas... Pues bien, confesémoslo, casi todos en nuestra vida hemos tenido algunos momentos de gozo intenso, de felicidad deliciosa, que nos hacían exclamar: «No pido más para mi eterna dicha». Hora de locura, convengo en ello; pero que no por eso ha dejado de encontrarse entre las horas de nuestra existencia.

La dicha que acabo de describir es peligrosa, es fatal para la fe.

La fe es cosa del alma, del espíritu y de la voluntad, y en esa vida casi todo depende del cuerpo, de los sentidos y del instinto.

La fe nos lleva á las cosas de la eternidad, y las cosas del tiempo bastan para saciar á esos pobres hombres.

La fe tiene por objeto deseos sublimes y esperanzas inmortales... ¡Ellos tienen sus deseos tan bajos y sus esperanzas tan rastreras!

¿Qué harán de la fe?

¿Para qué sirven las alas á semejante gente?... Se arrastran, y se hallan muy á gusto en arrastrarse así!

Es manifiesto que la fe no podría menos de estorbarles.

Por sus dogmas pone en compromiso su inteligencia que se cansa presto de razonamiento y de estudio. Por sus preceptos pone en com-

promiso mayor todavía su voluntad, fatigada presto del esfuerzo necesario para la virtud. Ahora bien; en una vida tan dichosa, lo que molesta y estorba, lo que compromete y embaraza, parece pronto demasiado cargante, y se apresura uno, á la primera vuelta de camino, á desprenderse de ello y arrojarlo lejos.

«Padre mío, me dijo un día uno de esos hombres felices, yo no he sabido nunca comprender las cosas de la religión».

Yo le respondí que no me extrañaba nada absolutamente. Y él ni aun comprendió lo que yo quería decir!

¡Y son dichosos!

Se diría que Dios ha derramado sobre ellos el vino embriagador que sumerge en sueño. «Brebaje vaporoso, como de vino nuevó, dice Bossuet, que se les sube á la cabeza y los embriaga.

»Beben primeramente un vaso, y poco á poco empieza á darles vueltas la cabeza; su reflexión medio extinguida no les envía ya más que luces dudosas.

»Así, el alma no está ya iluminada como antes. No ve ya las verdades de la religión ni los terribles juicios de Dios, más que como á través de una espesa nube. Esto es lo que se llama en las Sagradas Escrituras «Espíritu de vértigo

que hace á los hombres andar tambaleando y mal seguros». Sin embargo deploran todavía los tales su debilidad; lanzan algunas miradas hacia la virtud que han abandonado, su conciencia se despierta de vez en cuándo y dice exhalando un secreto suspiro del corazón: ¡Oh piedad! ¡Oh castidad! ¡Oh inocencia! ¡Oh santidad bautismal! ¡Oh pureza del cristianismo!

»Pero los sentidos se sobreponen á la conciencia; beben más todavía, y sus fuerzas se disminuyen, y su vista se enturbia. Les queda no obstante algún conocimiento y algún recuerdo de Dios. ¡Bebed, bebed, oh pecadores! ¡bebed hasta la última gota! ¡Agotadlo, apuradlo todo hasta las heces! Mas ¿qué encontrarán en aquel fondo? Un brebaje adormecedor que acaba de embriagarles hasta privarles de todo sentimiento. *Usque ad fundum calicis soporis bibisti et potasti usque ad faeces!* (1).

»Y notad un efecto extraño: «Yo los veo, prosigue Isaías, tumbados en los rincones de las calles, tan profundamente dormidos que parecen completamente muertos». *Filii hic projecti sunt, dormierunt in capite omnium viarum*» (2).

Y es mucha verdad. En esos cuerpos tan vi-

---

(1) Isa. XLI, 17 et seq.

(2) Isa. XLI, 20.

vos, esas almas están muertas; muertas no solamente á la fe, sino también á la razón; su pensamiento entorpecido ya no tiene vuelo, es como una de esas aves de corral, que degeneradas no saben ya tender sus alas á las alturas, y corriendo torpemente con sus inhábiles patas no consiguen ya desprenderse de la tierra.

---

Por dicha para la reputación de la racionalidad que el género humano reivindica todavía, los dichosos que acabo de describiros no son los únicos hombres en el mundo.

Buen número de éstos viven de la vida del alma, buscan algo más elevado que las cosas que pasan y mueren, y van á través del mundo aspirando, vagamente al menos y en las buenas horas de la vida, á lo que se ha llamado con un nombre muy vaporoso: el ideal, pero que no es otra cosa en el fondo que el Infinito, el Eterno: ¡Dios!

Ideal de verdad buscado en el mundo de las cosas por las ciencias y los hombres científicos, y en el mundo del pensamiento por la filosofía y los sabios.

Ideal de belleza buscado en la línea y en el color por los artistas, en el verso y en la armonía de las voces por el poeta y el músico.

Ideal de bondad buscado en el sublime trabajo de la virtud por los humildes y los santos.

Ideal de amor buscado por los pobres corazones sedientos y no saciados con nuestras pobres afecciones de un día.

Para ellos la vida consiste en eso: en conocer así, ver así, creer así y amar así.

Para ellos la vida de que hablamos hace poco, satisfecha y repleta, no es la vida; la desdeñan, la desprecian, les causa náuseas!

Sufren de verse sujetos á esa vida material, les pesa como un yugo su necesidad, y de buen grado claman, como hacía el Apóstol, por quien viniera á libertarlos de ella.

Es consolador, dulce y confortante encontrar semejantes almas; su contacto purifica, engrandece y hace mejor al hombre.

Evidentemente, no todas tienen la misma altura, ni habitan al mismo nivel.

Hay algunas de ellas que después de haber subido un poco, sofocadas, se detienen, se hallan bien y se sientan.

Un amante de la ciencia recibirá sus grados, escribirá su tesis, redactará su curso, y luego, cerrando sus páginas, dejará sus compases y su balanza, y estirándose en su silla, exclamará: «¡Bah, al fin con esto tengo ya bastantel!»

Un pintor delinearé apresuradamente su lien-

zo, echará sus colores, volverá al día siguiente para extenderlos ó mezclarlos ó atenuarlos, después retirándose hacia atrás con los ojos medio cerrados y la cabeza inclinada, dejará á un lado su paleta y sus pinceles, diciendo: «¡Bien está así!» Y no le retocará más.

Un manipulador de frases, prosista ó versificador, trabajando sobre un pensamiento aún informe, escribirá en fila las palabras que le vienen á la mente, rosario de vocablos opuestos y raros, de sonoridad estrambótica; luego contando las líneas y hallando que ya tiene bastante para el impresor, se dirá: «¡Ya está hecho!» Y secará su pluma.

Un devoto examina su alma para quitarla el polvo del día, la mira bien por el exterior que pueda ser visto, la encuentra suficientemente correcta por este lado, cubre bien las interioridades que son miserables, y parte con este equipaje, dejando para otros las virtudes más profundas, sólidas y perfectas.

Cuidado, no os engañéis, esas almas, por más que hayan subido un poco más arriba que las primeras, se hallan todavía en las regiones bajas. Son almas dichosas, satisfechas y saciadas.

Tampoco ellas tienen nada que hacer de la fe. Una religiosidad insulsa y penetrada de un avgo sentimentalismo les basta. Todo lo supe-

rior á esto les fastidiaría, porque la fe en su integridad impulsa siempre más hacia arriba, exige cada vez algo mejor, reclama el perfeccionarse constantemente. Porque la fe turbaría su reposo, pues mantiene los corazones inquietos y desasosegados hasta que no reposen más que en Dios!...

Son almas dichosas, á quienes ya no tortura el hambre del ideal... á quienes ya no ennoblece el sufrimiento.

---

Pero el alma del artista que se embebe totalmente en su obra, que retoca, borra, rehace y vuelve á borrar, á rehacer y á retocar, y exclama: «¡No, no, no es eso!» Pero el alma del escultor que modela y modifica y vuelve á modelar hasta que al fin hace pedazos su estatua en un acceso de rabia por su impotencia! Pero el alma del poeta, torturada por el pensamiento que ve, que siente vibrar en su mente, y que no acierta á expresar... ¡Oh qué pálidas son estas palabras, qué incoloras, qué oscuras cuando el alma está envuelta en sol y radiando luz! ¡Oh qué pesadas son cuando ella salta con ligereza, cómo se arrastran cuando ella vuela!

¿Sufren estas almas?

Sufre el penitente de la Tebaida cuando, aun bajo los golpes de la disciplina y la mortificación del cilicio, siente que su cuerpo se resiste á la virtud.

Sufre la virgen claustral cuando se empaña su virtud, aunque sea con el más leve hálito.

Y vosotros, corazones amantes, tan profundos y tan vastos, vosotros que soñáis con la eternidad, decid, ¿no sufrís ante esos miserables amores pasajeros? Vosotros que soñáis con lo infinito, ¿no sufrís ante nuestros afectos mezquinos, pesados y contados, egoístas, y que miden sus dones como se mide un retazo de percal? Vosotros que soñáis con la serenidad divina de los inmutables amores, ¿no sufrís ante esos pobres corazones humanos que vuelan y giran de acá para allá y de allá para acá, como en otoño las hojas secas por los caminos, hasta que un miserable lodo los congutina, y los fija definitivamente en el fango?

¡Almas apasionadas, almas vacías, almas desoladas, almas inquietas, no reposéis sobre la tierra, volad, volad más alto, vuestra patria está más allá de los mundos!

À estas almas habladles de fe y de inmortalidad, habladles de las supremas esperanzas, habladles del infinito, de Dios, habladles de las dichas inefables, de los goces divinos, ellas os

comprenderán, ellas están dispuestas porque tienen sed de inmortalidad, de lo infinito, de lo divino. Ellas se dirigirán á esas cosas voluntariamente, porque á eso las inclina su corazón, y las inclina á eso su corazón porque han presentado en su inteligencia el eterno imán que las atrae y las orienta hacia ese más allá!

Ya lo veis pues, Señores, tenía yo razón al decir: la dicha es fatal á la fe porque adormece el alma, porque la sepulta en vanos pasatiempos y vanísimos goces. Para que el alma se abraze á la fe y la guarde, es preciso que sufra, es preciso que sienta que no está su término aquí abajo, y que impelida, incitada por aspiraciones más sublimes, le busque únicamente allí donde está, en Dios!

Y no es menos fatal la vista de esos dichosos.

Al verlos saborear con tan gran apetito esos bienes efímeros, les viene á los hambrientos la tentación de comer de esos mismos bienes con ellos. Les parecen gustosos y en ellos se deleitan. Y se concluye por encontrarlos pasables y contentarse con ellos. Al ver á esos dichosos dormir tan bien, asalta el sueño.

Ellos nos tratan de soñadores, de místicos, de iluminados, de atacados de neurosis religiosa, y al oír ese juicio unánime brotar con tono magistral de labios tan respetados, el alma se

turba y se pregunta: «¿Será verdad? ¿Seré yo en efecto juguete de un sueño?... ¿No consistirá la verdad en tomar las cosas como vienen? ¿en contentarse con lo poco ó mucho que uno puede gozar en esta vida, sin cuidarse para nada del *después*, porque al fin ese *después*? ¿quién sabe?...» Y la fe se derrumba.

¡Y desde ese instante el alma pliega sus alas! Y marcha arrastrándose por la tierra á buscar su parte de los campos de trufas y de las minas de oro.

¡Hay un buey ó una vaca más durmiendo en los hermosos establos de Flandes!

Sí, es fatal á la fe la dicha y la vista de los dichosos.

---

Hay, Señores, problemas vivientes que á veces, cuando menos lo esperamos, surgen delante de nosotros, revestidos de carne y hueso, en nuestras grandes ciudades. Allí están cara á cara de nuestras almas, como una interrogación inmensa y misteriosa.

Ved sino: ved pasar por uno de vuestros bulevares ó en la sombra discreta de vuestras avenidas á uno de esos dichosos de que poco hace os hablaba, y que á su lado pasa un religioso capuchino envuelto en su burdo hábito, ceñida

la cintura con tosca cuerda y con la cabeza y los pies desnudos.

Ved: ved que pasa una mujer de mundo, rica y elegantemente ataviada, y por entre la atmósfera de finos perfumes que deja trás de sí, pasa también humilde, recogida en su traje gris, con las manos cruzadas y la frente baja y oculta bajo las grandes alas blancas de su saliente toca una Hermana de la Caridad.

¿Quién de entre los dos, de ese sibarita y ese capuchino, quién tiene razón?

Manifiestamente, uno de los dos está loco.

¿Quién de entre las dos, de esa coqueta y esa virgen, quién tiene razón?

Para resolver el problema basta que pase un féretro.

Uno de esos problemas vivientes, oh hijos de la caridad, es el que va á surgir ante vosotros y á conduciros, como por la mano, á la fe.

No es á los dichosos á quienes os conduce vuestra caridad, Señores, es á los pobres, á los miserables, á los que sufren, á todo ese mundo para quien la vida es dolorosa y amarga.

Y por eso vuestra caridad salva vuestra fe, como vamos á verlo.

La vista de la miseria y del sufrimiento, cuando no es ni repugnante, ni sórdida, inspira á todo hombre un sentimiento de natural sim-

patía, sentimiento que en muchos no pasa de la piel; éstos miran, se estremecen y pasan adelante por no contemplar más aquel espectáculo penoso y desagradable. Este sentimiento así cohibido no es malo, pero es poco elevado. Muchas personas no podrían ver hacer daño á una mosca; el ver sangrar á una gallina les hace desmayar. Esto es muy hermoso, pero no es cosa del alma, es cosa de los nervios, y todo el que tenga nervios lo puede sentir. Pegad á un perro y haréis gemir y ladrar lastimosamente á todos los perros de la vecindad.

La caridad no es asunto de nervios, es asunto de corazón. Ella no pasa adelante, sino que se detiene, porque ama; se inclina, levanta en sus brazos y hace descansar sobre sus rodillas al pobre cuerpo y la pobre alma dolorida; cura sus llagas, derrama en ellas el bálsamo de la dulzura y el vino de la fuerza. Y aun después de curarlos no los abandona, los sigue en la vida, los sigue aun en la muerte, pues ora por las pobres almas partidas de este mundo.

Y esto, lo repito, porque ama. La caridad es amor.

Ahora bien, Señores, cuando uno de esos miserables se ha abrigado en vuestro corazón, y llevándole vosotros de esta suerte habéis seguido paso á paso su existencia, no es posible

que vuestro espíritu no haya sido acosado de una terrible cuestión.

¿Por qué?

¿Por qué, á este pobre, una suerte tan dura? nacer en un camaranchón, crecer en el arroyo de las calles; á los diez años sujetarse á la cadena del trabajo; trabajar, trabajar y más trabajar, con ese trabajo que tronza la carne y muele los huesos, veinte años, cuarenta años, cincuenta años; en las horas de enfermedad y en los días de falta de trabajo acostarse con la miseria y el hambre; después irse á morir á un hospital, dejando en pos de sí hijos que den vueltas á la misma noria!

¿Por qué, á este hombre, semejante vida?

Á tal otro, modesto, económico, honrado, parece sonreírle un día la fortuna; cuarto á cuarto ha reunido una pequeña suma que le parece un tesoro... y cuando sea viejo tendrá su casita propia, irán sus hijos á la escuela, y tendrán, los pobrecitos, una suerte mejor... ¡Ah dulce sueño! En su ardor, cómo despacha su tarea cotidiana! Un día por un descuido inculpable una máquina le rompe los brazos... vedle ahí pobre, pobre para siempre, y tendiendo en demanda de limosna sus manos antes tan valientes y ahora paralizadas!

¿Por qué?

Entrad en esa casita del arrabal... En ella hay dos hacendosas jóyenes velando á su padre anciano que se ha vuelto loco, con una locura tranquila, y á su madre enferma. Han venido á ocultar aquí sus ruinas venerandas: han sido ricos, y son pobres; han tenido un nombre... no los preguntéis cuál ha sido: han echado un velo sobre su escudo de armas... cosen y bordan para vivir, y tienen hambre!

¿Por qué?

Esa viuda, que llora delante de vosotros, estaba en posición desahogada: su marido ha muerto, pero le quedaba un hijo que la hacía vivir... Y ahora, en ese catrecito, se está muriendo su hijo minado por la tisis.

¿Por qué?

¿Qué son esas vidas, si no hay otra más allá?!

¡Ah! Señores, en vuestros días de visita á los pobres, cada uno de vosotros va á ver veinte, treinta, cuarenta familias quizá, que se hallan de ese modo. ¿No oís tal vez al visitar á cada una salir de vuestro corazón ese por qué?

¿Qué han hecho á Dios esos pobres?!

Pero ¡cuán poco abarca esa mirada de un dial... Ensanchad el horizonte, dad rienda suelta á vuestros pensamientos, tended vuestras alas por encima de la tierra y ved levantarse ante vosotros todos los infortunios humanos.

Mirad allá el hambre y la miseria, más allá bajo la abyección y la esclavitud, ved la enfermedad, el dolor, la muerte segando los pobres corazones humanos como si fueran un espeso campo de trigo, escuchad los llantos y gritos, ved las manos que se retuercen desesperadas, ved morir los hijos en los brazos de las madres, mirad los despojados, los oprimidos, los calumniados, los traicionados... ¡Ah! ¡cómo describir y cómo siquiera imaginar la gran miseria humana! Y de esa masa que se ahoga en las olas del dolor ved también salir y elevarse tranquilos y sonrientes á los dichosos de hace poco, siempre contentos, siempre encantados, siempre satisfechos!

¿Por qué, Dios mío, por qué?

---

Nuestros buenos antepasados, en sus fiestas, habían simbolizado la fortuna por una rueda singular; pero que era aceptable, porque al fin, si estaba uno abajo al primer empuje, al segundo ó tercero se llegaba á lo alto: esta balanza proporcionaba compensaciones que muchos no desdeñarían, y todo el mundo pasaba por ella. La rueda de la suerte es implacable, aplasta y tritura.

Vedla pasar por medio de la masa humana arrastrada por la gran cabalgada de la fortuna; ved caer á aquellos á quienes toca y miradlos palpitantes aún bajo el hierro que los destroza.

¿Por qué? ¿por qué?

¡Ah! si todas las desgracias, si todos los infortunios fueran un castigo; si no tocaran más que á los culpables, yo lo comprendería.

¡Pero bien sabéis vosotros que no es así!

¿Es el crimen el que sufre?

¿Es la inocencia la que goza?

¡Vamos!

¿Qué resta pues entonces?

Resta que el espectáculo del mundo, contemplado dentro de los límites del tiempo, sin consideración al más allá, constituye una inmensa injusticia, una injusticia sangrienta, cruel y que clama venganza á los cielos.

Una injusticia permanente, irreparable, absoluta bastaría para negar á Dios. ¿Qué habría que decir entonces de este mundo desordenado, de este caos, en que los sufrimientos vuelan á derecha é izquierda, rebotando como los granizos en las tempestades, pegando, hiriendo y matando á troche y moche en la consternada masa de los humanos?!

Hay en la historia una frase horrible: «¡Pren-  
ded, herid, martirizad! ¡Dios reconocerá perfec-

tamente á los suyos!» ¡Pero aquí es Dios el que hiere, es Dios el que mata!

Ese espectáculo sorprendente de la desordenada repartición de los bienes y de los males en este mundo ha llamado siempre la atención de los pensadores. Ha surgido ante ellos como un pavoroso problema.

No exageremos sus términos.

De Maistre que le examina de una manera muy original y personalísima en sus *Veladas de San Petersburgo*, empiéza por calificar de falsa la tesis de que «en general el crimen es dichoso y la virtud desgraciada en este mundo». Tiene mucha razón: el espectáculo del mundo no ofrece esa regularidad, ni esa medida.

«Al contrario, añade, es de toda evidencia, que los bienes y los males son una especie de lotería, en la que cada uno, sin distinción, puede sacar un billete blanco ó negro».

Un día encontre yo esta comparación de De Maistre en boca de una mujer oprimida por el infortunio, y que resignada, con ribetes de fatalismo, me decía con sonrisa melancólica: «¿Qué quiere V.; he sacado un mal número!»

Pero la comparación es inadmisible... Porque entonces, ¿qué sería ese Dios indiferente y desdenoso, que arrojaría al azar los bienes y los males en la urna, diciendo al hombre, obra de

sus manos, al hombre que después de todo no le ha pedido el vivir: «¡Arréglate como puedas!»

No sólo es inadmisibile dicha comparación, es también insostenible... la lotería es forzada, y no somos nosotros los que escogemos los números en la urna.

Más en lo cierto está cuando dice que «todo hombre, en cualidad de tal, se halla sujeto á todas las desgracias de la humanidad».

Sólo que la cuestión se nos presenta de nuevo aquí, sin haber hecho más que retroceder.

Estando todo hombre sujeto á las desgracias de la humanidad, ¿por qué uno se libra de ellas mientras otro sucumbe bajo su peso?

También ha dicho De Maistre que las desgracias caían sobre los hombres como en una batalla las balas sobre un ejército. Pero siempre vuelve la cuestión. Escuchad silbar las balas y ved caer aquellos á quienes tocan... ¿Por qué caen ellos, y por qué quedan en pie los otros?

Todo está en eso.

¿Por qué la parte de las desgracias no es igual?

¿Por qué aquí todo y allá abajo nada?

¿Dónde está la razón, dónde la regla de esa repartición que se nos presenta tan cruelmente caprichosa?

---

Ahora bien, Señores, ante esa pavorosa cuestión que fatalmente nos asalta á la vista de la miseria humana, el hombre se encuentra acorralado como en una calle sin salida; pero la cuestión le urge, le apremia, es preciso que responda... ¿Qué va á decir?

¿Va á decir que Dios, bueno y justo, se desentiende de los sufrimientos y de los dolores del hombre? Pero eso es una necedad... Un Dios indiferente y desdeñoso de su obra, no es un Dios justo, ni un Dios bueno, no es Dios!

¿Va á decir que no hay Dios? ¡Oh locura! pero si él no existiera, no habría cosa alguna! No habría sufrimiento, ni dolor, ni corazones que sufrieran y se lamentaran; y, sin embargo, ahí están esos pobres corazones, retorcidos y desgarrados y clamando: ¿Por qué? ¿Por qué?

Réstale solo decir lo que es el fondo de nuestra fe y de nuestra esperanza, esto es: que la vida, la verdadera vida no está aquí abajo, sino más allá de esta tierra, y que allá, en la verdadera patria del hombre, en el reino definitivo de las almas, se abrirá la era eterna de la justicia. Allí, se recompensará ó se castigará á cada uno según sus obras, y de los labios de la humanidad brotará el cántico de los eternamente dichosos: ¡Bendito sea el Señor!

Y heos ahí, Señores, por la vía trillada del

infortunio y del sufrimiento conducidos constantemente á la consideración de las esperanzas divinas, por vuestra caridad llevados siempre á la fe.

También sois conducidos y llevados por el cuadro magnífico de las resignaciones cristianas.

Hojeando las obras de De Maistre, de que os hablaba hace poco, he hallado un rasgo que se me había escapado de la memoria. En San Petersburgo, en el tiempo en que conversaba con tanta agudeza y profundidad ante su senador y su caballero, vivía una pobre joven que se había hecho célebre en aquella gran ciudad entre las personas bienhechoras que miran como un deber sagrado el buscar la desgracia para remediarla.

«Tiene dieciocho años, escribe el Conde, y hace cinco que es atormentada por un cáncer que la roe la cabeza. Ya han desaparecido los ojos y la nariz y el mal avanza sobre sus carnes virginales como un incendio que devora un palacio. Presa de los más agudos dolores, una piedad tierna y casi celeste la desprende enteramente de la tierra y parece que la hace inaccesible ó indiferente al dolor. Ella no dice como el famoso estoico: «¡Oh dolor! por más que aprietes no me harás decir que eres un mal». Hace una cosa mucho mejor. No habla de él.

Jamás han salido de su boca más que palabras de amor, de sumisión y de reconocimiento. La inalterable resignación de esta joven ha llegado á ser una especie de espectáculo; y como en los primeros siglos del cristianismo acudía la gente al circo por simple curiosidad, para ver allí á Blandina, Águeda, Perpetua, entregadas á los leones ó á los toros salvajes... vienen también curiosos á contemplar la joven mártir entregada al cáncer. Como ha perdido la vista, pueden acercarse á ella sin perturbarla, y muchos han salido de allí con mejores ideas y sentimientos. Un día que le manifestaban una compasión particular por sus largos y crueles insomnios: «No soy tan desgraciada, dijo ella, como creéis; Dios me ha hecho la gracia de no pensar más que en él». Y habiéndole dicho un día un hombre de bien: «¿Cuál es la primera gracia que pediréis á Dios cuando estéis en su presencia?» Respondió con una sencillez angelical: «Le pediré para mis bienhechores la gracia de que le amen como yo le amo!»

¿Me permitiréis aún citar otro rasgo? Es un hecho sucedido hace cincuenta años; pero como el de la joven cancerosa de San Petersburgo, le he hallado repasando antiguas lecturas en Augusto Nicolás.

Un francés emigrado en Baja-Tierra de la

Guadalupe, vivía allí con su mujer, una cuñada buenísima y siete hijos hermosos. Afortunado en sus negocios, estimado y honrado de todos, y más deliciosamente feliz por gozar de una vida íntima, tierna, cariñosa y no turbada por nube alguna, bendecía á Dios por tantos dones!

Pues bien, estando un día en el campo custodiando sus plantaciones, sufrió la tierra una de esas sacudidas y convulsiones terribles, que, rápidas como el rayo, acumulan en un instante ruinas y muertes en regiones enteras.

Nuestro hombre corre precipitadamente hacia los suyos... su morada no es ya más que un horrendo montón de escombros, bajo los cuales yacen sepultados, deshechos, confundidos con otros sangrientos despojos, su mujer, su cuñada y sus siete hijos!

¡Ah! ¡qué grito de horrible desesperación va á brotar de aquel corazón desgarrado, único en pie ante todos aquellos muertos!

¡Escuchad, Señores!

El terremoto de la Guadalupe se verificó el 3 de Enero de 1843; pues ved aquí lo que el infortunado escribía el 14 de Febrero del mismo año:

«... Mi aflicción no es tan grande como piensan algunos. Hay creencias que consuelan, convicciones que resarcen... yo no he interrumpido

mis relaciones intelectuales con los míos... los consulto, escucho sus respuestas... Vivo con ellos por el alma... Al ver que me eran arrebatados en menos de dos minutos todos aquellos cuerpos, tan llenos de una admirable belleza... hubiera quedado perdido si hubiera tomado la nada por término del hombre. Hoy día estoy sosegado, tranquilo, resignado. Me inclino con respeto bajo la mano de Aquél que ha querido modificar así las cosas. ¡Oh amigo mío, Luisa es inmortal! Victorina y Estefanía son inmortales... mis hijos pequeñitos, tan llenos de inocencia y de gracia son inmortales... aquella virtuosa Malvina, santa y mártir, es inmortal... y yo los volveré á ver, y yo los encontraré un día!»

¿Qué queréis que añada yo á las palabras de esos corazones sublimes!

Corazones como estos veis vosotros. No hay entre vosotros quien no encuentre en el número de almas doloridas que vais á visitar, algunas como esas, tranquilas, creyentes, resignadas y gozosas porque llevan en su seno á través de su peregrinación la fe en el porvenir y la esperanza de la patria celestial.

«Señor, decía á Julio Simón una pobre anciana moribunda, Dios ha sido siempre bueno para mí: siempre he tenido pan y un jergón

de paja!» Y cumplida ya su misión en la tierra, esperaba el cielo.

---

¿Y el secreto, ante tantas miserias, de una paz tan sublime y de una resignación tan estoica?

La fe.

¿Y el secreto de un mundo en que el bien y el mal se esparcen al azar como el tamo de trigo ó de la avena al ser aventados en las eras?

La fe.

¿Y el secreto del justo oprimido y del impío triunfante?

La fe, siempre la fe.

Estas respuestas os ocurren, Señores, porque os acercáis al pobre y al que sufre, y viéndole llorar os compadecéis íntimamente. Escucháis esa gran voz de los gemidos que sale incesante de la tierra hacia el cielo.

Los dichosos no sólo no la escuchan sino que ni siquiera la oyen! Es pasmoso ver hasta qué punto llega el hombre á desentenderse de la humanidad.

Horrorosamente desolada está toda la tierra, porque no hay nadie que reflexione en su corazón.

Sí, sí, ellos piensan y reflexionan, pero es en sí mismos.

Bien calafateados contra los fríos del invierno, no saben que hay gentes que tiritan transidas por la helada.

Bien y delicadamente alimentados, no saben que hay gentes que tienen hambre.

Viendo que todo les viene á pedir de boca, se imaginan que lo mismo le pasa á todo el mundo.

Yo no sé de qué príncipe se decía que cuando él había bebido bastante, era preciso que todo su pueblo estuviera alegre.

Algo así les ocurre á éstos... Ellos están contentos, ¿de qué os quejáis vosotros?

Como se vive en las grandes ciudades sin conocer y aun sin saludar á sus vecinos, viven ellos en el mundo sin cuidarse de sus hermanos.

Jamás miran más allá de ese estrecho horizonte constituido por su círculo, y si todo va bien en ese redondelito, para ellos todo va bien sobre la tierra!

¡No piden más que una cosa, que no turbéis la serenidad de sus días!

No se cuidan de ir al pobre; su vista es demasiado desagradable.

No se cuidan de ir adonde se llora; el ver llorar carece de encantos.

No se cuidan de ir adonde se sufre; esto perturba el sosiego, y se vuelve de tales visitas desazonado.

Para estas gentes es para quienes se hacen en las grandes ciudades esos hermosos distritos y esas suntuosas arterias, cuidadosamente expurgadas de pobres y miserables, donde nada hiere la vista reposada de los dichosos del mundo!

¿Cómo queréis que esos hombres que para sí no tienen necesidad de esperanza, pues el presente les satisface, y que no sienten su necesidad para los demás, pues ignoran que los demás puedan sufrir, cómo queréis que tengan necesidad de fe?

¿Comprendéis ahora lo que Lacordaire con expresión gráfica llamaba la incapacidad divina de las gentes dichosas?

No sufriendo y no viendo sufrir, no tienen, no pueden tener el verdadero concepto ni de la vida, ni de la tierra.

La tierra les parece un buen rinconcito muy aceptable, en que es apetecible permanecer lo más que se pueda, y en que están dispuestos á construirse una morada eterna. No es para ellos la tierra ese lugar de destierro, ese valle de lágrimas, ese campo de prueba en que no tenemos más que tiendas de viajeros hasta llegar á la patria.

Tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen; sepultados en su sueño, se hallan tendidos á lo

largo del camino, ebrios del vino de los vértigos, y allí esperan aletargados el terrible despertar de la muerte!

Vosotros, Señores, aun cuando no sufráis, veis al menos sufrir, y veis sufrir con resignación y esperanza.

Y así es cómo vuestra caridad salva vuestra fe. Así es cómo la sirve de égida.

Ella os da la verdadera visión de la vida.

---

El mal, el sufrimiento, el dolor, las ruinas, la muerte no encierran ya para vosotros ningún misterio... su solución está en la inmortalidad de ultratumba.

La tierra no es el lugar de la dicha, como tampoco lo es de la justicia.

Pero vuestra fe os hace ver más... No, no, los males no caen sobre nosotros como los granizos en la tempestad, como las balas en el campo de batalla. Nos vienen enviados y repartidos con sabiduría y amor, por mano de un Dios bueno, que en la prueba de nuestras voluntades libres perfecciona nuestras almas por medio del sufrimiento y les edifica el templo de sus destinos inmortales.

¡Y cómo cambia todo de repente! ¡Qué golpe

teatral sobre esa humanidad de este modo examinada!

¡Qué terrible presagio la dicha de aquí abajo!  
¡Y qué terrorífico espanto infunde á quien cree el sentirse dichoso! Diríase que Dios se apresura á recompensar en este mundo á esas pobres almas dichosas, para saldar cuentas y no tener nada que deberles cuando llegue la hora del juicio!

¡Cuánto más vale sufrir!

¡Dios mío, pasa tan presto esta vida!

¡Esta vida, esta vida!

Somos verdaderamente necios, Señores, en tomarnos tanto trabajo para asegurar y fijar nuestra dicha en este insignificante punto del tiempo y del espacio en que actualmente habitamos!

¿Qué somos, pues, nosotros, y qué es la vida?

Bossuet, hablando delante de Luis XIV, lo describía así con el incomparable poder de su estilo:

«¿Qué soy yo, pues, oh gran Dios!

»Entro en la vida para salir bien pronto de ella; vengo á mostrarme como los demás, después será preciso que desaparezca... la naturaleza me da á conocer á cada instante que no puede dejarme por largo tiempo la poca materia que me ha prestado, que no debe permane-

cer en las mismas manos y que debe circular continuamente en el comercio; tiene la naturaleza necesidad de esa materia para otras formas, la reclama para otras obras. Esa recluta continua del género humano, quiero decir los niños que nacen, á medida que crecen y avanzan, parece que nos empujan por la espalda y nos dicen: ¡Retiraos! ¡ha llegado nuestra vez!... No se me ha enviado más que para hacer número, no se me echaba de menos, y la comedia no hubiera dejado de representarse aun cuando yo me hubiera quedado entre bastidores. Solo un momento nos separa de la nada. Ahora tenemos uno, y ahora mismo pasa y perece, y con él pereceríamos todos, si en seguida no nos agarrásemos de otro, hasta que al fin llegue uno al cual, aunque nos abalancemos, no podremos llegar, y entonces caeremos de repente faltos de sostén».

He ahí la vida... ¿Y en ser dichosos en semejante vida habéis de poner todo vuestro cuidado?

¡Oh locura!

---

¡Jóvenes! ¡jóvenes! que abordáis al mundo tan llenos de energía y valor, con el alma radiante de generosidad y entusiasmo, yo no sé lo que os reserva el porvenir; pero juzgadle á la luz que vuestra caridad difunda sobre las cosas.

En la vida, en el porvenir, si queréis permanecer grandes y dignos, no miréis más que el deber y el honor; si queréis permanecer cristianos, no miréis más que la virtud.

¡Desconfiad de la dicha! Es fatal para el alma; la desazona, la debilita, la afemina, la hecha por tierra... y luego cuando se escapa, — porque se escapa, ¿no es verdad? — la deja en el suelo tendida sin nervio, sin resortes, sin esperanza. Si alguna cosa grande, ó noble ó bella os llamara entonces y os gritara: «¡Ven! ¡Ven! ¡Marcha! ¡Marcha!» aun cuando quisierais ir, aun cuando quisierais marchar, no podríais; tendríais los pies en los cepos, estaríais enclavados en el fango.

¡Desconfiad de la dicha! Si os llega, acogedla; pero andad con cuidado con ese huésped de vuestra casa; conservadle, pero con temor y temblor. Si huye de vosotros, no lo sintáis, tened alma suficientemente noble para poderos pasar sin ella.

Jóvenes, amad la prueba, como el soldado ama la batalla; la prueba es la que fortifica las almas y temple los caracteres varoniles.

Ella es la que da gloria é inmortalidad.

Quisiera concluir, pero debo responder antes á una objeción que tendríais derecho á hacerme.

He dicho que la vista del sufrimiento y del dolor es salvaguardia de la fe. Y en verdad yo

no he demostrado más que una cosa; y es que conduce á creer en la supervivencia de las almas en un mundo mejor, en que se verificarán las reparaciones y donde reinará la eterna y absoluta justicia.

De eso á la fe íntegra hay gran trecho, me diréis.

No tanto como os figuráis.

El espíritu convencido de la ineluctable necesidad de una vida futura buscará, si es amante de la verdad, y procurará precisar las condiciones de esa vida definitiva, y manifiestamente no las podrá encontrar más que en una revelación divina. Ahora bien; en la investigación de una revelación divina, si es sincero, no puede venir á parar más que á Jesucristo y al Evangelio y á la Iglesia católica.

Es cierto que, según algunos, se da la metempsícosis; pero, Señores, sin contar que desde el punto de vista filosófico la tal metempsícosis es insostenible, pues pretende castigar en nosotros crímenes de que no tenemos conciencia, esa doctrina se halla tan falta de base y desnuda de pruebas, es una mera teoría tan al aire, que ningún espíritu serio habituado á pesar y discutir sus ideas, puede detenerse en ellas un solo día.

Se ha pretendido que conducía á ella el estudio de la astronomía... ¡Oh feliz suerte!

Ha habido, en efecto, en nuestros días algunos astrónomos, —me abrasa los labios el llamarlos así,— dos, según creo, que han soñado con el vuelo de las almas emigrantes de un planeta á otro.

Ya en tiempo de La Fontaine había astrónomos, uno al menos, que por mirar á las estrellas se cayó en un pozo.

Con todo, pienso que puedan hallarse en este mundo personas simples y honradas que crean en la metempsícosis!... No ha mucho me lo aseguraban de una honradísima señora, la cual, como de un mal genio, se hallaba poseída del terror de verse transformada en pava... ¡Pobre mujer! ¡la caída le parecía demasiado grande!

Y las personas que la rodeaban y trataban, gente atenta, delicada y fina, se guardaban muy bien de contradecirla... en su presencia.

A. M. D. G.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

### CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

---

#### Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo*.—II. *Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

- TOMO XII.—XLV. *La Comedia humana.*—XLVI. *Los perdones.*—XLVII. *De la condición de los obreros en la sociedad cristiana.*—XLVIII.—*Andrés-María Ampère.*
- TOMO XIII.—XLIX. *Solteronas.*—L. *A la fe por la caridad.*—LI. *El lujo.*—LII. *Las misiones belgas.*

### Conferencias familiares.

(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.<sup>a</sup> parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.<sup>a</sup> parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*
- TOMO XIV.—LIII. *Glaciares y nieves.*—LIV. *Rayos de sol.*—I.V. *Espectroscopio y análisis espectral.*—LVI. *Crimen ó locura.*

### Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



## EL LUJO

*Parvo vivitur bene.*

Se vive bien con poco.



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

EL LUJO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

---

ES PROPIEDAD

---



MONSEÑOR (1)



ACE dos años, cuando V. E. inauguró en esta misma sala los Congresos de Lieja, que han llegado á ser la obra social más poderosa y más fecunda, pues ha dado aliento y vida á todas las otras, señalabais entre las causas que conmueven á nuestras sociedades contemporáneas, el lujo siempre creciente que las corroe.

Hubierais querido levantar un dique contra ese torrente que se hincha sin cesar y mina sordamente sus riberas.

Á ese dique, Monseñor, quisiera yo aportar

---

(1) Mons. Doutreloux, Obispo de Lieja.

mi piedrecita. Temo mucho que no se sumerja y que las aguas la arrastren revueltamente con sus ondas. Mas ¡no importa! habré cumplido mi deber, habré seguido los consejos de V. E.; no ambiciono más.

SEÑORAS, SEÑORES:

Me propongo hablaros del lujo, y me hallo muy embarazado.

En una de sus comedias, Molière pone en presencia uno de otro á dos tutores, encargado cada cual de velar por la educación de una joven. Lo hacen con tanto mayor cuidado cuanto que ambos esperan contraer luego matrimonio con su pupila respectiva.

Uno de ellos dice al otro:

«Tú consientes que la tuya ande peripuesta y recargada de alhajas, sea en buen hora; que tenga lacayo y criada, no me opongo á ello; que esté ociosa y divague por donde quiera y sea requebrada libremente por petimetres y lechuguinos, allá te las compongas. Pero yo pretendo que la mía viva á mi gusto y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapatitos de color sino los días en que repican recio; que esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á

todo, que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta; que no preste oídos á las tiernas quejas de mozalbetes antojadizos, y que jamás salga de casa sin ir bien acompañada» (1).

Y el otro replica á su austero interlocutor:

«Es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educación de Leonor. Nunca he mirado como delitos sus desahogos inocentes; nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad... La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros... Gusta ella de gastar en tra-

- 
- (1) Vous souffrez que la vôtre aille leste et pimponte,  
Je le veux bien; qu'elle ait et laquais et suivante,  
J'y consens; qu'elle coure, aime l'oisivité  
Et soit des damoiseaux flairée en liberté,  
J'en suis fort satisfait; mais j'entends que la mienne  
Vive à ma fantaisie, et non pas à la sienne,  
Que d'une serge honnête elle ait son vêtement  
Et ne porte le noir qu'aux bons jours seulement,  
Qu'enfermée au logis, en personne bien sage,  
Elle s'applique toute aux choses du ménage,  
A recoudre mon linge aux heures de loisir,  
Ou bien à tricoter quelques bas par plaisir,  
Qu'aux discours des muguets elle ferme l'oreille  
Et ne sorte jamais sans avoir qui la veille.

jes, en ropa blanca y en cintas, ¿qué quieres?... Yo procuro satisfacer sus gustos, gustos que bien se pueden permitir á las jóvenes en nuestras familias, ya que para ello tenemos bienes suficientes» (1).

Así habla el segundo, de humor más complaciente.

El primero, á despecho de su austeridad, no sale con su intento. Su pupila, tan bien custodiada, le planta en la calle y entrega su corazón al joven Valerio. Y por esto Molière nos le muestra al fin maldiciendo á ese «Sexo engañoso destinado á ser el tormento y la desesperación de los hombres», y diciendo: «Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio, si quiere llevarsele» (2).

- 
- (1) Il nous faut en riant instruire la jeunesse,  
 Reprendre ses défauts avec grande douceur  
 Et du nom de vertu ne lui point faire peur.  
 Mes soins, pour Léonor, ont suivi ces maximes;  
 Des moindres libertés je n'ai pas fait des crimes,  
 A ses jeunes désirs j'ai toujours consenti  
 .....  
 J'ai souffert qu'elle ait ou les belles compagnies,  
 Les divertissements, les bals, les comédies,  
 .....  
 Elle aime á dépenser en habits, linge et nœuds;  
 Que voulez-vous?... Je tâche á contenter ses vœux,  
 Et ce sont des plaisirs qu'ont peut dans nos familles,  
 Lorsque l'on a du bien, permettre aux jeunes filles.
- (2) ... sexe engendré pour damner tout le monde  
 ..... tout au diable de bon cœur.

Aunque la comedia no diga nada del segundo, sospecho fundadamente que no obtendría mejor éxito que el primero, y que, por otro camino, llegaría al mismo infortunio (1).

Este doble fracaso es descorazonador. Y lo es tanto más cuanto que una simple criada confidente, en la misma comedia, declara muy alto lo que sin duda sus señores pensaban y decían muy por lo bajo, á saber, que para regir y gobernar á las mujeres «el hombre más fino no es más que un bruto».

La frase es dura y cruel, pero ahí está.

Si, á pesar de todo, me atrevo á seguir mi proyecto, es porque en mi pensamiento, tanto como á las mujeres, se dirige mi discurso á los hombres, y por esta parte al menos tengo alguna esperanza de ser escuchado. Si las mujeres, en efecto, tienen como propio el lujo del vestido y del tocado, los hombres comparten con ellas el lujo del mueblaje y de la mesa, y se reservan, por añadidura, el lujo de los caballos, del *sport*, de las grandes cacerías, del jue-

---

(1) Al traducir al castellano esta comedia y arreglarla al teatro español con el título de *La Escuela de los Maridos* D. Leandro Fernández Moratín, de cuya versión nos hemos aprovechado para la presente, completa el desenlace con el casamiento del segundo tutor con su pupila; pero el P. Van Tricht para su argumento se vale de lo que aparece únicamente en el original mismo de Molière. (N. del T.)

go, etc., etc. Y aun sería no poco interesante averiguar cuál de los dos presupuestos es mayor. Pero me guardaré mucho de llevar el descomedimiento hasta ese punto.

Otro embarazo me causa mi asunto.

Nada es más fácil que fustigar el lujo. Desgraciadamente, á poco que se extienda el brazo, se corre el peligro de que el mismo latigazo alcance á magnificencias muy legítimas y á satisfacciones muy inocentes.

Quisiera no extralimitarme, quisiera exponeros lo que la razón dice del lujo, la razón, se sobreentiende, sana y recta, esa bella razón cristiana enteramente iluminada por los resplandores de la fe. Á ciertos espíritus huraños les parecerá que eso es decir demasiado poco. Yo quisiera no pasar más allá; ellos juzgarán que no es avanzar bastante.

Por lo demás, Señores, yo no haré más que exponer principios, repetir lo que han dicho los grandes maestros de la economía social y de la teología, tomar todo mi discurso de sus libros, y dejaros á vosotros mismos el cuidado más concreto y más espinoso de sacar las conclusiones.

---

Ante todo, Señores, conviene que nos entendamos acerca de la palabra misma, pues no le damos siempre su sentido peculiar. Tiene afinidad esta palabra con muchas otras: «Lujo, fausto, magnificencia, suntuosidad, esplendor y pompa» representan ideas muy semejantes. Y aún se relacionan por un enlace sensible con estas otras palabras: «Alarde, aparato, boato, gala y ostentación».

Para fijar nuestras ideas, notemos que la magnificencia, la suntuosidad, el esplendor y la pompa no despiertan el pensamiento de una falta y no provocan nuestra condenación. No sucede lo mismo con el lujo y con el fausto, que implican en seguida de ordinario una idea de censura y reprobación. De igual modo el alarde, el aparato, el boato, la gala y hasta desde cierto punto de vista la ostentación se avienen fácilmente con la inocencia. El lujo y el fausto son siempre en nuestro lenguaje defectos y á veces vicios.

Si fuera menester precisar todavía más y distinguir entre el lujo y el fausto, se hallaría que el lujo impele sobre todo á la busca inmoderada de los placeres personales, que conduce á la molicie. Mientras que el fausto, salido del orgullo y la soberbia, conduce á cierta afectación de superioridad y de desdén, en que el hombre apunta más á los otros que á sí mismo.

Pero sin llevar tan al extremo las cosas, como basta que nos entendamos entre nosotros esta noche, convengamos en el sentido que vamos á dar á la palabra *lujo*.

Yo defino el lujo: un gasto que la razón desaprueba, ya sea en su objeto, ya en su medida.

Esto descarta de un golpe la idea de un lujo inocente. Ó no será lujo, ó si es lujo, será culpable.

Unas palabras de Colbert me permiten explicarme inmediatamente.

Era en la época que se ha llamado el gran siglo; el lujo de Luis XIV consumía la fortuna de la Francia, y al mismo tiempo la Polonia, desgarrada por guerras intestinas, no podía oponer á la invasión de los moscovitas y los turcos, por todo dique, más que un ejército destrozado.

«Señor, escribía Colbert al Rey, es preciso ahorrar cinco sueldos en los gastos irrazonables. Declaro á V. M. que una comida de 3.000 libras me causa una pena increíble; pero cuando se trata de millones para Polonia, vendería todos mis bienes, empeñaría mi mujer y mis hijos, andaría á pie toda mi vida, para contribuir á ello, si fuera necesario».

Todo está en esa frase.

---

Cinco sueldos poca cosa son; pero gastarlos sin objeto, sin fin, sin razón, constituyen un lujo.

Ciertamente, Señores, el gastar es un derecho del hombre que posee, porque es una manera de gozar de la fortuna; y tiene derecho á gozar de ella, puesto que le pertenece. Pero repito que es necesario que goce de ella como hombre, es decir, como ser inteligente y libre. Un ser inteligente no obra sin que un objeto ó un fin solicite su acción. Un ser libre no puede proponerse en su acción más que un objeto ó un fin moral, conforme á la ley de sus deberes.

Gastar sin objeto, sin fin, sin razón, es un lujo complicado de idiotismo ó de locura.

Gastar por un objeto, un fin ó una razón, reprobado por el deber y la conciencia, es un lujo complicado de crimen.

Y que la cantidad gastada sea grande ó pequeña, importa poco.

Don Juan da un centén á un pobre diablo, pero para que jure... ¿Qué es un centén para D. Juan? Nada. ¡No importa! El objeto de ese insignificante gasto es inmoral, eso basta. Es un lujo y un lujo criminal.

Quisiera que este pensamiento dominara durante toda esta conferencia, porque á partir de este momento, supondré siempre, aunque no lo

exprese, que el objeto es inocente y la intención recta.

Mas no basta, Señores, que el gasto recaiga sobre un objeto honesto y moral, es preciso además que sea proporcionado al mismo objeto, adecuado á su valor. Y eso es en lo que se fija Colbert cuando deplora que en una comida se gasten 3.000 libras. Notad que para llegar al valor actual de esa suma sería preciso cuadruplicarla.

¿Qué cosa más legítima que el comer? ¿Puede tacharse de lujo un gasto dedicado á tal objeto? Sí, porque traspasa la medida, 3.000 libras es demasiado, y este exceso constituye el lujo.

Mas para salvar á Polonia de la media luna turca y del águila rusa, Colbert empeñaría su mujer y sus hijos é iría mendigando á pie hasta reunir los millones necesarios. Estos millones no son un exceso; no es pagar demasiado cara la salvación de un pueblo y de una raza.

Las 3.000 libras son un lujo; los millones no lo son.

Así, pues, resumiendo: un gasto hecho por un objeto honesto, y proporcionado á este objeto, por grande que por otra parte sea, no constituye un lujo. Por el contrario un gasto, por pequeño que sea, llega á ser lujo, si se hace por un objeto inhonesto, ó, si hecho por un ob-

jeto honesto, manifiestamente no guarda proporción con la dignidad ó el valor de tal objeto.

---

Podría preguntarse qué medida conviene aplicar á las cosas para estimar su valor. Vedla aquí. El hombre toca en cierto modo á tres mundos: el mundo material, el mundo espiritual y el mundo divino, si puedo expresarme así. Por su naturaleza es cuerpo y espíritu, y por el don gratuito de la gracia que le ha hecho Dios, está llamado á participar de la naturaleza divina: la Escritura llega hasta llamarle Dios: *Dii estis*. Y por el impulso de sus deseos el hombre es llevado hacia esos tres mundos: el deseo de su carne y de su sangre le arrastra á las cosas materiales; el deseo de su alma le atrae á las cosas espirituales, y el deseo sobrenatural de la gracia que vive en él le eleva á las cosas divinas, á la comunión de lo Eterno y de lo Infinito.

Todo el oro del mundo es insuficiente para comprar la llama del genio; y la más hermosa llama del genio no vale tanto como el más humilde rayo de gracia. La subordinación de los tres mundos en que vivimos, ahí se encuentra toda entera. Muy abajo, en la tierra, las cosas del cuerpo; muy arriba, pero en la tierra sin

embargo, las cosas del espíritu; y únicamente las cosas de la gracia en el cielo.

He ahí, Señores, la escala de su mérito y la medida de su valor. Á ellas deben ser proporcionados los gastos que hagamos para gozar de las diversas cosas.

Supongamos que le cae á un rico el premio mayor de la lotería y que juzga conveniente gastar en seguida las cien mil pesetas que le han tocado.

Puede con ellas enriquecer sus bodegas, ó sus cuadras, ó su perrera; puede dar fiestas, puede... qué sé yo cuántas cosas. Todo eso es sin duda alguna inocente; mas para semejantes bienes, de raza material y baja, ¡qué pronto se pasará de la debida proporción y qué pronto se llegará al lujo!

Puede también consagrar dicha suma á promover los estudios, á contribuir á investigaciones científicas, á favorecer las bellas letras, á adquirir cuadros de pintura, broncees artísticos. ¡Cuánto mejor es ya esto, Señores, cuánto más grande y más bello, y cómo se aleja el temor del lujo ante estas cosas superiores!

¿Y no puede, acordándose de todas las faltas de una vida mundana, echar sobre ellas el manto de la limosna, á través del cual Dios no mira? ¿No puede colocar ese dinero en una caja de

seguros para obreros, construir casas para pobres, dar trabajo á los brazos que se levantan hacia él, salvar á un comerciante de los de al por menor en una hora de crisis, fundar becas para estudiantes necesitados, dar pan á tantos hambrientos... y aun hacer una cosa todavía mejor, Señores, hacer lo que vosotros hacéis ahora, dar vuestro oro para levantar á Dios un templo, en que los pobres y los pequeños encontrarán el pan de su alma, esa fe y esa esperanza divinas, únicas que pueden sostenerlos y consolarlos en ese tejido de privaciones, de dolores y de amarguras de que se compone su miserable vida?

¡Ah! ¡esto no es ya solamente grande, Señores, esto es santo! El que obre así no sólo se cubre de honor sino de virtud; no sólo adquiere gloria humana para su nombre, adquiere también la salvación para su alma.

---

Pero el gasto no ha de ser proporcional únicamente al valor del objeto que procura; debe además estar en relación con otros numerosos términos. Y desde luego con los recursos y la renta del que gasta. Puede uno con pleno derecho considerar como gasto normal y racional

lo que para otro sería evidentemente un gasto lujoso. Vosotros hacéis que os sirvan á la mesa vinos finos y generosos. Sois ricos; no tengo nada que deciros. Mas si un obrero que ganase trabajosamente un reducido jornal hiciera otro tanto, sería lujo.

«Lo que es excesivo para Rutilo, decía ya Juvenal, parece correcto para Ventidio. Es preciso conocer su medida y no echarla en olvido».

Esta proporcionalidad depende también de las costumbres, del rango, de la moda, de las conveniencias sociales, de mil otras condiciones, sobre las cuales no puedo detenerme, pero que basta para haceros presentirlas. Ellas justifican lo que sin ellas sería abusivo y culpable.

Ved ahí, Señores, toda mi teoría acerca del lujo. Tenía prisa por salir de ella, porque ha podido pareceros árida. No creo que os haya parecido exagerada y austera. Ella no condena el justo empleo de las riquezas, ni el uso moderado de los goces y comodidades, ni el placer, ni el brillo, ni el esplendor, ni el culto de las artes y de las letras; no pone trabas á ninguna aspiración elevada del hombre. No le exige más que una cosa, y es que se porte siempre como hombre, así en el uso de sus bienes como en todo lo demás de su vida; que siempre y en todo se gué por la razón.

---

Partiendo de estos principios, Señores, es como debéis regular el uso de vuestras riquezas.

---

Ricos, ricos, Dios os ha dado en este mundo un poder extraordinario: el poder del oro. Él es la gran palanca del siglo — no lo digo en elogio de mi tiempo, pero el tiempo es así.—Mas, andad con cuidado, es un poder temible! Si le aplicáis al bien, al desenvolvimiento material, intelectual, moral ó religioso del pueblo, al perfeccionamiento social, en una palabra, «si pasáis por la tierra haciendo bien», según una bella expresión del Evangelio, ¡oh! ¡qué grande será vuestra suerte acá abajo, qué digna vuestra vida, qué noble y gloriosa! Si le hacéis recaer sobre vosotros mismos, si le agotáis en los goces personales, sin cuidaros de los demás, sin atender á vuestros hermanos, á esa gran familia humana, en la que ¡ay! se sufre tanto, ¡oh! sí, andad con cuidado, esa fuerza que hacéis recaer sobre vosotros mismos os triturará, os aplastará, y «cuando hayáis pasado sin hacer nada» no quedará de vosotros más que un puñado de polvo sin honor y un nombre despreciado.

Es difícil presentar un ejemplo de la distribución de las riquezas durante la vida del que

las posee; estas son cosas secretas: pero después de la muerte es ya mucho más fácil, los testamentos hablan muy alto.

Ved aquí dos.

Hace diez años moría en América uno de los mil enriquecidos del Nuevo Mundo. El grueso de su fortuna lo deja á su familia, pero de ella separa cinco millones de dollars, 25 millones de francos, y he aquí cómo los distribuye:

Lega 150.000 dollars para la construcción de baños públicos en San Francisco de California; 100.000 para la decoración artística de la Casa Ayuntamiento de la misma ciudad; 60.000 para la erección de un monumento sobre la tumba de un poeta favorito; 540.000 para la fundación de una escuela de ciencias y de mecánica; 700.000 para la construcción de un ante-ojo astronómico de más potencia que ninguno de los que entonces había, y 3.450.000 dollars, 17.250.000 francos para obras filantrópicas y sociales. El 1.º de Octubre de 1876 murió James Lick, que era el millonario aludido. Actualmente el observatorio de Hamilton posee un ecuatorial único en el mundo, y San Francisco obras de beneficencia incomparables. Indudablemente, Señores, esa disposición de la fortuna es hermosa y proviene de una gran inteligencia. He aquí otra que proviene de un gran corazón.

Ésta data del año pasado. Entonces moría en París una mujer casi desconocida, una burguesa, una comerciante: la señora Boucicault. Ya en vida, viendo que su fortuna crecía en proporciones inesperadas, se había ingeniado para hacer el bien que con todo aquel oro estaba en su mano hacer. Había dado cuatro millones á la caja de retiro de sus empleados; doce días después añadió todavía otro millón. Crea un asilo para los ancianos en Fontenay aux Roses. Asocia á sus empleados á los beneficios de la casa. Dota un refugio de arrepentidas y preservadas... Busca donde hacer bien continuamente. «Dios hace prosperar nuestra casa, dice, porque los pobres ruegan por nosotros».

Esta mujer se halla sola, y su corazón está desgarrado; ha perdido á su marido y también á su hijo único. «Ya no tengo más que un medio de ser dichosa, dice, y es siéndolo con la dicha de los demás».

Sintiendo que se acercaba su fin, se recoge, luego mirando en torno suyo se pregunta dónde se sufre y dónde puede hacer dichosos... y su mano escribe sus últimas disposiciones... todo lo ha medido, todo lo ha calculado y su corazón no olvida nada.

Deja en legados para los pobres, para los obreros, para los necesitados de todo género,

para las instituciones de beneficencia, para los grandes limosneros de nuestro tiempo, los señores obispos y sacerdotes, 28.680.000 francos de su fortuna.

Y cuando hubo dispuesto de esta suerte todas las cosas, con el corazón satisfecho, pensando en que iba á volver á ver sus muy amados, se fué á morir dulcemente á su ciudad natal de Cannes.

Ahora bien, ¿qué decís de esta humilde mujer?

Hay una frase, una sola, que puede expresar lo que yo siento, y es la que se pronunció delante de su ataúd: «Nada en el mundo puede recompensar á tales almas; pero les resta el cielo y Dios».

---

Quisiera aquí hacer justicia y desembarazar mi camino de una objeción que le obstruye: «El lujo de los grandes, se dice, contribuye á la prosperidad de los pequeños», y en expresión más vulgar: «El lujo hace marchar al comercio». Si fuera esto así, el lujo vendría á ser una necesidad social, y la economía una pasión subversiva. Pero eso no es así, eso es falso, y se requiere la legendaria estupidez humana para que esos proverbios hayan podido sostenerse tan largo tiempo.

Véase cómo después de buen número de años respondía Federico Bastiat á esa objeción; la resumo, pero sirviéndome en cuanto me ha sido posible de sus propias palabras.

Se imagina él dos hermanos, á quienes de la herencia paterna les ha correspondido un capital que les produce 50.000 francos de renta á cada uno. El primero, Mondor, es un derrochador que deja tamañitos á los tipos de Balzac y de Alejandro Dumas. El segundo, Aristo, es económico, ahorra. Vamos á ver cuál de los dos es más útil y sirve mejor á la industria, al comercio y á la prosperidad nacionales.

Mondor gasta toda su renta, y fatalmente amengua cada año su capital. Renueva á cada instante su mobiliario, sus vestidos, coches y equipajes; sus caballos de pura sangre corren como el viento, sus recepciones y banquetes causan sensación en la ciudad, el brillo de sus pistas asombra al transeunte y le hace detener ante las ventanas iluminadas de su hotel. Evidentemente el dinero que arroja circula y hace vivir á muchos trabajadores.

Aristo, como hombre prudente, hace de sus 50.000 francos varias partes: gasta 20.000 para su boato y atenciones personales; me diréis que eso es poco, pero ya acabo de deciros que obra como prudente. Gasta 10.000 francos

en obras de beneficencia. Emplea otros 10.000 en ayudar á sus amigos. Hasta aquí todo este dinero circula, como circula el dinero de Mondor, y como él hace vivir á no pocos trabajadores.

La diferencia viene de los 10.000 francos que restan y que reserva para el ahorro. Pero ahorrar no es enterrar. Esos 10.000 francos pasan á la compra de una tierra, á la adquisición de acciones industriales, de rentas sobre el Estado, ó bien van á un negociante que los toma á préstamo ó á un banquero que les hace valer. Seguid el curso de esos 10.000 francos en todas esas hipótesis y os convenceréis de que por medio de los compradores y vendedores van á fomentar el trabajo con tanta seguridad como si hubiesen sido cambiados por muebles, alhajas, caballos y los manjares y bebidas de las orgías (1).

---

(1) Mr. Emilio Lavelaye ha encontrado á su paso la misma objeción resolviéndola en una carta que me complace en reproducir:

*«Argenton, 8 de Setiembre de 1886.»*

»Sr. Director de la «Gazette».

«MUY SEÑOR MFO: Á propósito del consejo que he creído poder dar de reducir los gastos del lujo, escribís en vuestro periódico lo que sigue: «Se olvida que el lujo, aun desen-

Y no es esto todo. ¡Dejad pasar diez años! Mondor se ha arruinado: ya no sirve para nada; ni para los obreros, ni para su linaje y familia, á la que ha sepultado en la miseria; lejos de lanzar 60.000 francos á la circulación del oro, ahora mendiga.

Durante esos mismos diez años Aristo, por su parte, ha ido acumulando y empleando rentas crecientes de año en año, y continuará siempre así, y después de él sus hijos y sus nietos

---

frenado, si contribuye por una parte á irritar á los que carecen de las cosas indispensables, por otra da también trabajo á multitud de obreros. No hay un centén arrojado por la ventana que no proporcione pan á muchos desgraciados. Que los ricos no den fiestas, como se les aconseja, y se verá cómo no puede marchar el trabajo».

»La cuestión que suscitáis tiene una gran importancia, pues de su solución dependerá el modo de obrar de las clases acomodadas. Me permitiréis, por tanto, responder á vuestra objeción en pocas palabras.

»Usted, propietario, gasta 6.000 francos en dar un baile. A tres francos el jornal, podría V. con esos 6.000 francos pagar 2.000 jornales de trabajo.

»Al año siguiente no dais ya baile, sino que empleáis vuestros 6.000 francos en labrar vuestras tierras. Siendo el jornal de las labores agrícolas menor generalmente que el de los trabajos en la ciudad —supongámosle á dos francos—procuráis á los obreros 3.000 jornales en vez de 2.000: por consiguiente, es preciso mayor demanda de brazos.

»Pero no es esto todo. Al año siguiente vuestras tierras mejor cultivadas os dan mayor producto, y en vez de poder gastar 6.000 francos, disponéis de 6.400. Tenéis, pues, ya con qué pagar 3.200 jornales de trabajo en vez de los 2.000 de antes.

»Esta vez los colocáis de otra manera. Tomáis, por ejem-

irán acrecentando el capital nacional, es decir, el fondo que alimenta los salarios.

Ya veis, pues, que no queda nada de esa objeción tan fútil en el fondo y, sin embargo, tan deslumbradora y tan corriente.

¡Tendría que ver que el lujo, que es una falta contra la razón, llegara en sociedades razonables á ser un elemento de riqueza y de felicidad!

No es el lujo de los grandes el que produce el bienestar de los pequeños, es su economía; no es el lujo de los grandes el que hace flore-

---

plo, acciones de vías férreas en construcción, títulos de caminos vecinales. En este caso vuestros 6.400 francos darán desde luego trabajo á los desmontadores de terrenos, etc., hasta completar 3.200 jornales; y después, una vez terminada la vía, contribuiréis á que haya empleados, guardas, etc., y á dar trabajo á los obreros de las minas de carbón que han de surtir de combustible á las nuevas locomotoras.

»El «centén arrojado por la ventana da pan», cierto. Mas el centén empleado útilmente da otro tanto, y además ulteriormente requiere nueva demanda de trabajadores.

»De todos los modos, á menos que se arroje el dinero literalmente al agua, se gasta y hace trabajar. Pero gastado en objetos de lujo, no hace trabajar más que una vez, y gastado en crear un capital nuevo, finca, ferrocarril, fábrica, etc., provoca un crecimiento permanente de trabajo, porque esos capitales nuevos exigen también brazos nuevos para ponerlos en movimiento.

»Mi consejo no aprovechará más que á la burguesía, decís; pero ¿no es evidente que si las rentas de la burguesía aumentan, gastando esas rentas aumentadas, tiene que dar nueva ocupación á los obreros?

»Soy de V., etc., EMILIO DE LAVELAYE.»

cer al comercio, es su economía. Su economía, porque, lo repito, ella acrecienta al capital, que á su vez es quien alimenta el salario y da vida al obrero proporcionando á sus brazos el trabajo que reclaman, y prolonga sus beneficios á través de las generaciones que se suceden.

El lujo produce bien un día; la economía lo hace durante siglos.

Y ahora, Señores, investiguemos, si lo tenéis á bien, las fuentes del lujo.

Las fuentes del lujo están en la naturaleza humana; por eso se le ve aparecer bajo formas variables en todas las épocas y entre todos los pueblos, aun en las tribus salvajes, y aun en esos tiempos prehistóricos de los que no nos restan más testimonios que huesos y pedernales.

Tres pasiones se agitan en el corazón humano y las tres concurren á arrastrar al hombre á los extravíos del lujo: la pasión de gozar, la pasión de exhibirse y la pasión de dominar. Las tres, cuando las refrena la razón, son legítimas y estimulan al hombre en el camino del trabajo y del progreso. Las tres, cuando han roto sus frenos y se enloquecen, llevan al hombre á través de todas las degradaciones hasta esos abismos

en que se derrumban el honor y la dignidad humana.

Primeramente la pasión de gozar. Dios había hecho al hombre para que gozara, le había colocado en un lugar que la Escritura llama Paraíso de delicias. *Paradisus voluptatis*. Y hoy mismo, después de nuestra falta y el castigo que nos ha acarreado, nos llama todavía á gozar y á gozar eternamente. La pasión de gozar es en nosotros como un misterioso recuerdo del pasado y un presentimiento del porvenir.

Dios por otra parte, aun en esta tierra á la que ha maldecido y en esta vida de prueba, ha sembrado los goces bajo nuestros pasos con la previsoramente ternura de una madre. Los ha puesto en las yerbas, los ha agregado á los lirios, tan gratos á la vista y de tan delicado perfume, y él mismo se jacta de haberlos vestido más ricamente que lo estuvo Salomón en toda su gloria. Ha dado á las frutas la suavidad del gusto y la fresca del aroma... Ha domiciliado en los bosques esas canoras aves que los llenan con sus cánticos; aun á las hojas que se mueven y tiemblan las ha comunicado vagas armonías. Ha puesto en el cielo el esplendor de arreboladas nubes, los rayos luminosos y vivificantes del sol, el brillo pálido y soñador de la luna, el vibrante centelleo de las estrellas; y en el mar

la dulce melancolía de las ondas inmensas y la imponente fuerza de las tempestades.

¿No es, Señores, llamar al hombre á gozar el poner «en mano de su voluntad», como se expresa la Escritura, tantos y tan incomparables bienes?

Mas el hombre va á convertir en lujo esos dones admirables de la naturaleza, y voy á mostraros cómo llega á ello respecto de algunos de esos dones.

---

Dios ha diseminado las flores sobre la tierra conforme á leyes que no hay para qué examinar aquí. El hombre las quiere tener cerca de sí para gozar de ellas á todas horas; y es tan propio del hombre este deseo, que veo al obrero más pobre en el huertecillo en que cultiva algunas legumbres, dejar dos ó tres pies de terreno para plantar en él girasoles y lilas. Veo flores en la ventana de la obrera, flores humildes, pero muy queridas.

Sería preciso no tener corazón para reprobar que ese pobre hombre haya destinado tres pies de terreno y esa pobre joven algunos ratos del día al cultivo de sus apreciadas flores, que van á ofrecer una sonrisa en aquella casa, en aquel cuartito, donde con tanta frecuencia clama el

hambre y donde tan frecuentemente corren las lágrimas. Sin embargo, ¿queréis saber á dónde va á conducir el deseo de las flores? Á los jardines de Babilonia y de Roma, á esos espacios inmensos, *villarum infinita spatia*, robados á la agricultura y entregados á la improducción, á un parque de Clagny «que ofrece buen aspecto, escribe Mme. de Sevigné, donde uno se pasea por entre un bosque de naranjos, con empalizadas á la altura del pecho, guarnecidas de aromáticas flores, de rosas, de jazmines, de claveles; la cosa más bella, la más sorprendente, la más encantadora que se puede imaginar». Cuando Luis XIV se le regaló á la Montespan había costado 2.861.728 francos, la cuarta parte del presupuesto de la marina de Francia en aquel tiempo (1).

También es un goce bien inofensivo el de los frutos, el de gustar su sabor, el de saborear su carne mantecosa y tierna. ¿Puede pedirse menos que lo que pedían los antiguos judíos al figurarse la felicidad patriarcal en reposar ante su casita, al pie de su viña y á la sombra de su higuera? ¿Y quién se atrevería, repito aquí, á impedir al obrero que se detenga ante un puesto

---

(1) He tomado la mayor parte de los detalles y de las cifras que citaré, de la gran obra de Mr. Baudrillort, del Instituto: *Historia del lujo*. París, Hachette, 4 vol.

de frutas y gaste una moneda de diez céntimos en comprar para su hijo media libra de rojas cerezas?

Sim embargo, dejad obrar al hombre!... ¡Ah! Señores, ese placer del gusto he dicho que es inocente, lo es, sí, no me desdigo de ello; mas ¡cuán rastrero es! ¡cómo se apodera del hombre por el lado más bajo de su naturaleza! ¡cómo le rebaja al nivel del bruto! Pues bien, ¡cosa extraña! ese placer es del número de aquellos á que el hombre se entrega con una predilección verdaderamente degradante. El lujo á que ese placer conduce, el lujo de la mesa es uno de aquellos á que las sociedades llegan más presto... conocidas son las orgías de Roma. Se sabe por datos numerosos lo que costaban las cenas de Lúculo: costaban 50.000 dracmas, 45.000 francos de nuestra moneda próximamente. ¿Y sabéis lo que aquellos romanos, aquellos vientres, como los llamaba Lucilo, *vivite ventres*, sabéis, repito, lo que daban á sus obreros? doce ases por día, nos dice Cicerón, es decir, unos 80 céntimos!...

Una sola fiesta del Gran Condé, en Chantilly, donde hubiérase dicho, según una frase de Madame de Sevigné, que había que alimentar á toda la Francia, la fiesta en que se suicidó Vattel, costó 180.600 libras. Y notad que ese Gran

Condé se hallaba tan entrampado que debía ocho millones, y que solo á su sastre le debía 300.000 francos. Y otra vez pregunto ¿sabéis vosotros cuál era en aquel tiempo el jornal del obrero francés? diecinueve *suses*, ó sea 95 céntimos. Pues bien; esas prodigalidades fastuosas han conservado, á pesar de su lujo exorbitante, yo no sé qué resto de grandeza que al menos las salva del desprecio. Pero el hombre ha desdendido más aún; se le ha visto sin grandeza, y hasta sin vanidad, por solo su vil pasión de glotonería, gastar 3.300.000 francos en alimentar lampreas, enamorarse de estos pescados, ponerles collares de oro y alhajas, y llorar por su muerte como por la muerte de un hijo.

Lo mismo pasa con todos los placeres antes enumerados. Inocentes al principio, no tarda el hombre en hacerles propasar toda medida, los acumula, los refina; ya no le basta lo bueno, necesita lo raro, lo extraño, lo nuevo y desconocido, lo caro sobre todo. Nada le detiene, sigue adelante, siempre adelante, hasta que llega á esos extremos en que el lujo se confunde con la locura y el crimen.

Prosigamos.

El salvaje ha empezado por dormir en el suelo bajo la copa de los árboles. Luego se ha hecho una cama de juncos y hojas bajo una choza de bambús y de barro. La civilización avanza, la casa llega á ser de ladrillo, luego de piedra; la cama un jergón de paja, un colchón de lana; no tardará en venir la pluma. ¿Es esto lujo? ¡Ah! no, Señores. ¡Oh! ¡Si yo pudiera dar á todos los pobres una casita de piedra, cerrada al viento, á la lluvia, al frío y á la helada, y para reposar sus miembros rendidos por el trabajo un buen colchón de lana!... Pero, una vez más, dejemos obrar al hombre.

La choza del salvaje llegará á ser el palacio de Versalles, donde trabajen 22.000 soldados y 6.000 caballos. «Señor, escribe otra vez Colbert, V. M. vuelve de Versalles. Yo le suplico que me permita decirle acerca de este asunto dos palabras de reflexión... Esa casa representa más bien el placer y las diversiones de V. M., que su gloria. ¡Oh! qué lástima sería que el más grande de los reyes fuese medido por la vara de Versalles!»

Pero Luis XIV, no oye, ni entiende nada. Pronuncia la pena de galeras contra los obreros que trabajaran en París en construcciones particulares. ¡Y Versalles se levanta! ¿Sabéis lo que

costó á la Francia? «Quinientos millones, dice Voltaire; 900 millones, dice J. B. Say».

La cama de pajas llegará á ser ese lecho de marfil de los hebreos, con columnas de plata revestidas de oro, cubierto de púrpura, perfumado de nardo y de mirra é iluminado con grandes candeleros de oro. Llegará á ser ese lecho fastuoso de los romanos, cuyos cojines recamados de oro y piedras finas representaban más de medio millón de nuestros francos; cuya cubierta, en tiempo mismo del austero Catón, costaba 100.000 sextercios, 160.000 francos.

---

Para dar algún descanso al espíritu y al cuerpo cuando el trabajo les fatiga, el hombre ha inventado los juegos. Hay juegos muy inocentes. La pereza natural del hombre, y aun tal vez la necesidad de un reposo más completo le apartan espontáneamente de aquellos que exigen algún trabajo de pensamiento, por ligero que sea, y le conducen á los juegos de azar. En éstos el goce, la emoción es totalmente de los sentidos y de los nervios. No me inclino á condenar en globo y de golpe y porrazo todos los juegos de azar, y comprendo que uno se divierte inocentemente en jugar aun á cara y cruz. ¿Qué se requiere para que sean inocentes esas cosas?

que lo que se juega ó apuesta sea proporcionado no sólo al goce que de tal juego resulta, sino también á los recursos y fortuna de los jugadores; y esto, notadlo bien, teniendo en cuenta la parte mínima que á esos placeres conviene dar en la vida.

Pues bien, ved hasta qué increíbles extremos la pasión humana ha llevado el lujo del juego.

Tomo también aquí del gran siglo mis notas y mis números. El banquero de Mazarino, Hervat, pierde de una sola sentada 100.000 escudos. En un cuarto de hora Gourville gana 50.000 libras al Duque de Richelieu, que se ve obligado para pagarle á vender unas tierras en Saintonge. Había que pagar en el juego precisamente en luises de oro. Un día Rohan ofrece al Rey para el pago una suma de doblones de España: el Rey los rehusa. «Puesto que V. M., no los quiere, exclama Rohan, no son buenos para nada», y arroja los 200 doblones por la ventana. La Montespan en una noche de Navidad pierde 700.000 libras. Tres meses más tarde pierde en una sola noche 400.000 doblones; el doblón valía un poco más de 10 francos: ¡cuatro millones de francos en una sola noche! En vísperas de la Revolución francesa un tal M. de Chenonceau jugará también en una noche 700.000 libras. Y para que contrasten con este cuadro, he aquí otras

cifras. En aquella misma sociedad francesa y en vísperas también de la Revolución, cuyos sordos rugidos ya se escuchaban, la señora de Guéménée debía 60.000 libras á su zapatero, el Sr. de Montmorín 180.000 á su sastre, y el Rey mismo tres millones y medio á sus proveedores ordinarios.

Paso en silencio otros goces y diversiones y los enormes gastos que llevan consigo. La Pompadour costó al Rey 36.327.268 libras francesas. Como tendera de sangre esta mala hembra llevó admirablemente el libro de sus ingresos y de sus gastos, y de ese libro resulta la cifra que acabo de daros.

---

La segunda fuente del lujo es la pasión de exhibirse, de lucir, de brillar. Esta pasión da origen al lujo de ostentación, mientras que la primera, la pasión de gozar, da origen al lujo sensual; son verdaderamente los sentidos y los nervios, la carne, en una palabra, los que gozan en el lujo de que os he hablado ya, en el de que ahora voy á hablaros el que goza es el espíritu; pero el espíritu en la vanidad, en el amor propio halagado por la fastuosa manifestación de sus bienes.

Los bienes que de este modo puede ostentar

el hombre son más ó menos adherentes al hombre mismo, tales son: los bienes de su cuerpo, la belleza, la fuerza, la agilidad, la gracia, la habilidad y destreza; son también los bienes de su alma, como la viva llama de una inteligencia rápida, perspicaz, profunda, de una memoria enriquecida maravillosamente por el estudio, de un razonamiento seguro, incontrastable, que marcha al descubrimiento de la verdad con paso firme y valiente; bienes todos ellos naturales; luego en la región soberana del alma, sus bienes sobrenaturales: la gracia y la virtud.

¿Son éstos únicamente los bienes que ostenta el hombre? No, Señores; no le basta al hombre hacer ostentación de esos bienes que son verdaderamente suyos, que son, por decirlo así, él mismo, y respecto á los cuales tiene derecho á honrarse y á reivindicar el honor que se merecen, pues proceden de su cuerpo y de su alma. Quiere más, y hace ostentación de una infinidad de cosas del más diverso género y orden, que no son él, pero que son de él: que él llama sus riquezas y de las cuales se envanece con una vanidad verdaderamente digna de compasión, como si fuera el autor de ellas, como si ellas fueran él mismo. Y aquí podrá comenzar el lujo, porque para poseer esos sus bienes extraños es preciso que los adquiera.

Un Alcibiades cualquiera me muestra su perro. Es verdaderamente un animal magnífico y de raza muy rara.

Me hace notar que le ha costado 70 minas, es decir, 6.300 francos, que habría que cuadruplicar para darles su valor contemporáneo. Ese perro no es bueno ni para la caza, ni para la guarda, ni para la defensa, pero es muy hermoso.

—¿No es verdad que es hermoso?, me dice su amo; y asintiendo yo, él se enorgullece. Pero mi Alcibiades dista mucho de ser hermoso.—¡Eh! mirad que es del perro de quien hablo, Alcibiades.—Ya lo sé, me responde; y sin embargo se enorgullece como si yo hubiera hablado del amo.

—¿No es verdad que es inteligente?, me vuelve á preguntar.—¡Oh! ¡sí!—¿Y fuerte?—¡Oh! ¡sí!—¿Y ágil?—¡Oh! ¡sí!—¿Y de buen olfato y viento?—¡Oh! ¡sí! Y á cada respuesta mía se hincha y envanece y enorgullece más.

Pero Alcibiades es un simplote, un alfeñique, no da dos pasos sin sofocarse y no distingue el olor de una rosa del de una amapola.—Que hablo de tu perro, Alcibiades.—Y Alcibiades se sonríe; no se sonreiría más deliciosamente si hablara de sí mismo. Ha hecho su propia gloria de la gloria del perro, y esa gloria le encanta, esa gloria del perro, á él, que es hombre.

El caballo es indudablemente un hermoso y

noble, animal; pero montad á un imbécil sobre el más hermoso caballo de Francia y de Andalucía, el caballo no será por eso menos hermoso, mas tampoco el caballero será por eso menos imbécil.

Dígase lo mismo de todo ese lujo exterior y prestado de que nos rodeamos á fin de parecer mejor.

Vuestro suntuoso hotel, cuyas caprichosas torrecillas elevan sus veletas á través de las nubes, cuyos amplios balcones reposan sobre cariátides de mármol, en cuyos elegantes artesonados brilla el oro deslumbrador, donde las alfombras de Esmirna ahogan el ruido de los pasos, cual si se anduviera sobre musgo, donde se destacan los broncees en medio de las porcelanas de Sèvres y del Japón, donde se mezclan las sedas de las Indias con los antiguos tejidos de Flandes y de Venecia... ese hotel, ese palacio hace grande honor á vuestro arquitecto, á vuestro escultor, á vuestro pintor, á vuestro tapicero, á vuestro joyero, al indio ó al flamenco que en otro tiempo tejía esos bellísimos tapices... ¿pero á vosotros? ¿á vosotros mismos?... ¿Cuál es vuestra parte de mérito en todo eso? ¿Con qué título pretendéis honraros por ello?

— ¡Lo hemos pagado!

— ¡Ah! ¿Lo habéis pagado?

Pues, francamente, no me parece eso gran mérito. Pagar no es una obra de que haya de obtenerse tanta gloria; basta leer una cifra y traducirla en billetes ó en monedas contantes y sonantes: no creo que eso sea muy glorioso. ¡Y aun las más de las veces dejáis el cuidado de eso á vuestro agente de negocios ó á vuestro administrador!...

---

Me explicaré, Señores. De esos bienes exteriores y extraños asimismo el hombre puede sacar un goce personal.

No hay duda que se experimenta gusto y complacencia en dejarse arrastrar en coche por ligeros y briosos caballos, en ver á sus pies un hermoso perro de Terranova, en pasearse en salones magníficos, en sentarse en butacas de damasco, en acostarse en divanes ó lechos de asiática molicie.

Pero todo ese lujo responde á los sentidos, satisface á la pasión de gozar. Convertirla á la pasión de exhibirse, de lucir y de brillar, hacer de él un lujo de ostentación, mostrar esas cosas como bienes personales, engreirse por lo que ostentamos como en escaparate, darse tono elevándose con gravedad sobre ese pedestal ajeno,

eso es necio... No hallo otra expresión adecuada para mi pensamiento, eso es necio.

Y aquí la recta razón no condenará solamente la exageración del gasto hecho con tal fin, sino también el fin mismo. Esa gloria es verdaderamente gloria vana, vanagloria. «Llamamos vana, dice San Francisco de Sales, la gloria que se nos da ó por lo que no tenemos, ó por lo que tenemos, pero no es nuestro...» Y poniendo el ejemplo que yo acabo de repetir: «Hay, dice, quienes se vuelven orgullosos y altaneros por ir montados en un buen caballo, por llevar un penacho en su sombrero, por ir vestidos suntuosamente; mas ¿quién no ve que eso es locura? Porque, si en eso hay gloria, la gloria será del caballo, del ave, del modisto. Y ¡qué rebajamiento no es tomar prestada su estima de un caballo, de una pluma, de un sastrel!»

Y Bossuet en su lenguaje siempre magnífico:

«No pudiendo el hombre, dice, añadir nada á su talla, ni á su sustancia, procura alimentarse de vanas ilusiones de grandeza, aglomerando en torno suyo todo cuanto puede. Piensa que se incorpora, por decirlo así, todas las riquezas que adquiere; se imagina que se ensancha ampliando sus salones magníficos, que se extiende extendiendo sus dominios, que se multiplica con sus títulos y, en fin, que se engrandece en

cierto modo por ese pomposo séquito de sirvientes que lleva consigo para deslumbrar al vulgo.

»Aquella mujer vana y ambiciosa que lleva sobre sí el alimento de tantos pobres y el patrimonio de tantas familias, no acierta á considerarse como una persona particular. Aquel hombre que tiene tantos cargos, tantos títulos, tantos honores, señor de tantas tierras, poseedor de tantos bienes, amo de tantos criados, dueño de tantas ciudades, no se tendrá jamás por un simple hombre. No considera que no hace más que vanos esfuerzos, pues al fin, por mucho cuidado que ponga en engrandecerse y multiplicarse... basta una sola muerte para abatirlo todo y una sola tumba para encerrarlo todo...»

---

Mucho más cuerdo y razonable sería honrarse por los bienes del alma y hacer ostentación de ellos á este fin. Pero generalmente no acostumbran á eso los hombres y no parece que les tienta ese lujo.

Yo no veo, en efecto, que se haga en el mundo gran ostentación de virtud, ni gran demostración de ingenio ó de conocimientos. ¿Es por modestia? Me complazco en creerlo. En todo

caso, el asunto y nivel general de las conversaciones me parece que basta para asegurarnos acerca del temor de cualquier exceso en esta parte, y no insistiré más sobre ello.

La ostentación de los bienes del cuerpo presta materia para más largo discurso. He nombrado poco hace la belleza, la gracia, la salud, la fuerza, la agilidad y habilidad.

La salud, por apreciable que sea, no basta, por sí sola, para una ostentación atendible; con frecuencia nos desagrada y molesta por su exuberancia; y el lujo tendería entonces á ocultarla, á aminorarla, más bien que hacer de ella ostentación. Puedo, por tanto, prescindir de ella. De igual modo puedo dejar á un lado la fuerza y la agilidad y habilidad, cuya ostentación se deja para los bateleros y para los acróbatas de feria.

Pero sobre la belleza y la gracia, ¡cuántas cosas hay que decir! Desgraciadamente es comprometido el decirlo, sobre todo para mí. No obstante voy á aventurarme.

La belleza es un don muy raro y que Dios reparte con verdadera parsimonia entre los hombres.

Se cuenta que un pastor antiguo, mirándose en un estanque, se dijo con modestia: *Non adeo sum informis*. «No soy tan feo». Creo yo que mirándose de igual suerte se han dicho la mis-

ma cosa todos los pastores del mundo. Y en esto podría decirse que somos pastores todos.

Todos son de parecer que la verdadera belleza es rara; y lo dicen muy alto. Pero todos también están convencidos de tener una buena parte de ese don regio; y así lo piensan por lo bajo. Y en este punto, puede igualmente decirse que todos somos pastores y pastoras.

Lo que digo de la belleza, debe también decirse de la gracia, seguramente más extendida. Pues bien, Señores, la belleza es una cualidad real del cuerpo y un mérito real; por tanto, el hombre que la posee puede regocijarse de ello, y con tal que no olvide que le viene de Dios, y que la refiera á Dios, lo puede hacer sin falta.

Puede, por consiguiente, para gozar de ella en la medida dicha, manifestarla y mostrarla.

Pero hay que permitirlo igualmente á los que sin tener rastro de hermosura se creen hermosos, y á los que sin tener gracia se creen graciosos. ¿No están ellos también convencidos de su derecho?... ¿Y cómo llegaríais jamás á persuadirles que se engañan? Dejad, pues, al hombre marchar en pos de esa insignificante gloria de la belleza, como se deja al niño correr tras la mariposa que vuela y va á morir en seguida.

Pero ¡cuán extraña es y qué rara esa proce-  
sión! Mirad al europeo y la europea, á los blon-

dos hijos del Norte, los bronceados hijos del Sol, el africano y la africana, el chino y la china, el japonés y la japonesa, á los esquimales, los pieles-rojas, los iroqueses, los cafres, á nuestros congoleses y congolesas, á todo el género humano, en una palabra, con toda la variedad de sus razas, de sus formas y de sus colores!... ¡Cómo! ¡Toda esa turba! ¡Todas esas gentes marchan tras la gloria de la belleza!!

—Sí, Señores, ¡todos!

—¡Pero ese negro es horrible!, decís en vuestro interior, y os veo reír de él.

Y mientras que os reís vosotros, exclama él por lo bajo:

—¡Pero ese hombre pálido es horroroso!, y veo que se ríe de vosotros.

Entre Juno, Minerva y Venus se halló París un día muy perplejo; entre vosotras y la negra, os ruego me creáis, no vacilaría yo un momento. Pero no veo ventaja ninguna en resolver aquí la discrepancia, y prefiero dejaros á todas vuestras dulces persuasiones.

Después de todo, la simple ostentación de la belleza no es capaz de engendrar lujo. Acordaos de la definición que de él os he dado. Pero esa simple belleza no basta al hombre, ni al blanco ni al negro. Bien pronto le añade otras cosas, la ilumina... Por otra parte, esa belleza

se envejece... él la repara. Y he aquí que por esa doble puerta de la adición y de la reparación entra en seguida el lujo.

---

La primera europea que puso una flor en sus cabellos y un collar en su garganta inventó el aderezo y el tocado. La negra, por su parte, hendirá su labio para incrustar en él anchas conchitas, se perforará la nariz para colgar de ella gruesos anillos de cobre, se pondrá kilos de bronce en los brazos y en las piernas en forma de brazaletes; también ella inventa el adorno y sueña con el mismo éxito: acrecentar su belleza y su gracia. ¿Lo consigue? No lo creo. Vosotras sois más hábiles generalmente. Pero el suceso importa poco, el modo de componerse y presentarse, el ornato propio, en una palabra, se ha encontrado ya, el lujo va á venir... vedle aquí.

¿Os acordáis de Judit saliendo de Betulia y yendo á presentarse ante Holofernes? Escuchad cómo la describe la Escritura:

«Llamó á una doncella suya, y bajando del oratorio á su habitación, se quitó el cilicio y desnudóse de los vestidos de viuda, y lavó su cuerpo y ungióse con unguento precioso y repartió en trenzas el cabello de su cabeza, sobre

la cual se puso una riquísima escofieta y atavióse con sus vestidos de gala, calzóse sus sandalias, púsose los brazaletes y las manillas, y los zarcillos y las sortijas, sin omitir adorno ninguno» (1).

Podrá esto, sin embargo, no ser lujo sino magnificencia. Con todo, ved cómo en seguida se multiplican, se refinan, se muestran exuberantes esos adornos de las judías. Isaías los detalla al conminarlas en su profecía diciéndoles: «Raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión y las despojará de sus cabellos. En aquel día les quitará el Señor el adorno del calzado, y las lunetas, y los collares de perlas, y los joyeles, y los brazaletes, y las escofietas, y los partidores del pelo, y las ligas, y las cadenillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos, y los anillos, y las piedras preciosas que cuelgan sobre la frente, y la muda de vestidos, y los mantos, y las gasas, y los velos, y los preciosos alfileres, y los espejos, y los finos lienzos, y las cintas, y los vestidos de verano, y en lugar de suaves perfumes tendrán la hediondez, y por ceñidor una cuerda, y reemplazará un cilicio la faja de los pechos» (2).

---

(1) *Judith*, cap. X, vs. 2 y 3.

(2) *Isai.* cap. III, vs. 17 y siguientes.

¿No es un lujo extremado, Señores, ese lujo de las hijas de Israel?

Prosigamos; podría yo tomar á montones los ejemplos en la historia, pero me contento con escoger al azar algunos rasgos singulares.

Popea se hace seguir en todos sus viajes por 500 borriquillas que debían proporcionarle la leche para el baño que había de conservar fresco, blanco y aterciopelado su cutis!

Lolia Paulina se presenta un día con un aderezo de esmeraldas y zafiros que adornan su frente, sus orejas, su cuello y sus dedos. ¡Aquel aderezo había costado 11 millones de nuestra moneda!

Julio César ofrece á Servilia una perla, una sola, ¡pero que valía 1.600.000 francos!

Más tarde ved á Carlomagno. Su manto se halla tan cargado de bordados de oro, que le abruman; un inmenso broche de oro le sujeta á su pecho; sobre su cabeza lleva una diadema cuajada de esmeraldas, de zafiros, de ágatas y de perlas. Sus sandalias resplandecen de pedrería. Su túnica es de oro, de oro su ceñidor, y en su mano sostiene á guisa de cetro un bastón rematado en una esfera de oro macizo ricamente cincelado... Vuelvo á decirlo, tal vez no hubiera en esto más que magnificencia. Aguardad, ved aquí la locura, después de dos generaciones.

Carlos el Calvo quiere ir más allá; pero no pudiendo aglomerar más riquezas, las engarza en un traje oriental «con estupor no sólo de los hombres, dice Mézeray, sino también de los perros que ladraban al verle».

Una sola pieza del blasón de Felipe el Atrevido le cuesta 800 libras parisienses, ó sea, 50.000 francos de nuestra moneda.

Un Duque de Borbón, Luis II, para pagar su rescate vende su cota de mallas en 5.200 escudos de oro; las sandalias que llevaba enlazaban 600 perlas, sin contar los zafiros y rubíes.

Para el forro de un sólo vestido empleó el Duque de Orleans, hermano de Carlos VI, 2.977, pieles de marta.

Avancemos todavía más á través de la historia.

En las fiestas dadas en honor del Embajador persa, Luis XIV se presentó con manto regio de tela de oro y moaré ricamente bordado y engarzado de diamantes de un valor de 12.500.000 libras, tan pesado que, el rey oprimido y sofocado, «tuvo que darse prisa, dice Dangeau, á desembarazarse de él después de la ceremonia».

Recordad cómo describía Mme. de Sevigné un traje de su tiempo: «De oro sobre oro, recamado de oro, con oro frisado encima, y espolinado de un oro mezclado con otra clase de oro

que forma la tela más divina que jamás haya podido imaginarse».

Más tarde, cuando el Estado tocaba ya á la bancarrota, Felipe de Orleans compra el célebre diamante Regente en dos millones de francos, y no pudiendo pagarle al contado, empeña su preciosa pedrería en dos millones, y mientras tanto va pagando los intereses.

Por lo demás, esta manera de pagar no era la única. Madame de Matignon paga un vestido con una renta vitalicia de 600 libras. Y después, sintiéndose mejor de recursos, se abona á un nuevo tocado diario por la cantidad de 24.000 libras al año.

Permitidme presentaros un último ejemplo que no puedo recordar sin tristeza. Un día, María-Antonieta envió su retrato á su madre. En él aparecía, conforme á su gusto, adornada de diamantes y de plumas. «Hija mía, le contestó la austera austriaca, debes haberte equivocado; el retrato que he recibido no es el de una Reina de Francia, sino el de una comedianta». Esta severa lección no consiguió curarla. En 1776 había recibido del Rey, en pocos meses, diamantes por valor de más de 100.000 escudos; y todavía le exigió un aderezo, por el cual el joyero pedía 600.000 francos.

No sigo adelante, porque en medio de esas

frivolidades cortesanas se me presenta la lúgubre aparición del cadalso. El último collar de la infortunada es un collar de sangre.

---

Poco tengo que deciros sobre la tercera fuente del lujo: la pasión de sobresalir, de exceder y sobrepujar á los demás, de aventajarse á todos, de ser el primero, de dominar: ¡la pasión del orgullo!

Esta pasión ha inspirado ciertamente los lujos más insensatos de la historia, pero tiene contra sí un obstáculo que la detiene y refrena sus ímpetus.

No se compran, Señores, todas las primacías.

Ni la riqueza, ni el lujo, ni la ostentación del poder bastan para adquirir talento, ni genio, ni nobleza de corazón, ni grandeza de alma, ni siquiera belleza física; y á despecho de todo, estos dones, y ellos únicamente, son los que elevan al hombre.

He ahí, pues, de dónde nace el lujo: de la pasión de gozar, de la pasión de brillar, de la pasión de dominar.

Y ya habéis visto el mecanismo, siempre idéntico, que le hace brotar de esas tres fuentes. La falta de moderación y medida, la pasión

que traspasa todas las barreras, la intemperancia del corazón humano que no dice jamás: «¡Basta!», sino que grita incesantemente: «¡Todavía más! ¡todavía más!»

Y de ese vicio natural al hombre provienen no sólo el lujo sino también casi todos los decaimientos de nuestra virtud; no sabe el hombre mantener dentro de los límites de la razón y del deber los deseos de su corazón.

---

Hay un remedio, Señores, y en otro orden de ideas le soléis aplicar maravillosamente.

En medio de la alfombrada yerba de un parque corre un arroyo profundo. Para que un niño esté en peligro inmediato no basta que se ponga al borde del agua, no hay allí peligro alguno, porque el suelo es firme. Es preciso que avance más allá... Ni aun basta que tenga un pie en el vacío, se requiere que tenga los dos... y que caiga. Ahora bien, madres, ¿aguardáis vosotras á ese momento?... ¡Oh!... Se halla el niño á diez metros del borde, y ya gritáis con voz desgarradora, y si el pequeñín avanza, os precipitáis para cogerle en vuestros brazos, y aunque patatee, á la fuerza le lleváis lejos, y si es menester, reprendiéndole fuertemente. Y hacéis bien;

porque el niño, en su imprudencia, no se detendría!... Pero ¿por qué no hacéis lo mismo con vuestros deseos?... ¿Por qué los dejáis ir hasta el borde del arroyo? ¿Por qué no los detenéis á diez metros de distancia? ¿Por qué, si se resisten, no los agarráis, y si forcejean no los sujetáis fuertemente al imperio de vuestra razón?

¿Por qué, en una palabra, no os mortificáis? Pues el único, el verdadero remedio es ese: la mortificación cristiana. No ya aquella mortificación á sangre y fuego de los antiguos penitentes de la Tebaida: ¡oh! ¡ciertamente aquella mortificación forma los santos; pero vosotros os asustaríais de ella!... No, sino esa mortificación mesurada y benigna que cercena y se priva un poco del fruto permitido para estar más en guardia contra el sabroso atractivo del fruto prohibido, que se estrecha para no extralimitarse, que hace que su cuerpo se acostumbre á privaciones y sufrimientos, para poder, cuando llegue la ocasión, tirar del freno y decirle: «¡No gustarás eso!» En una palabra, Señores, como ya lo he dicho: permanecer lejos del borde, para no caer al agua.

Esto es tan sencillo que no insisto más.

---

Pasión de gozar, pasión de brillar, pasión de dominar! El Apóstol las llama con un nombre más duro: «Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida. Y todo eso, añade, es el mundo». El lujo nace, pues, del mundo.

Hijo de un padre frívolo y vano, el lujo no podía menos de ser él mismo frívolo y vano también. Ya os lo he demostrado en cuanto al lujo de ostentación y aparato; todo ese muestrario, esa exhibición, ese escaparate, esa exposición de una riqueza y de un ornato extraño nada añade al pobre ser humano que de él se reviste: no por eso es menos pobre y miserable... ¡ay! ni deja de ser el mismo! Y el lujo de los goces, ¿por ventura ha satisfecho jamás á nadie? ¿No deja el corazón insaciado y vacío? ¡Luego también es vano ese lujo de los sentidos y de la carne!... En cuanto al lujo del orgullo, preguntad á Salomón, que le había llevado á extremos inauditos é inolvidables. Vano también, vano siempre. Y, sobre todo, Señores, ridículo. Podría dar aquí rienda suelta á la narración presentándoos millares de ejemplos, pero quiero moderarme y me contentaré con ofreceros un sólo rasgo.

Un día le vino la idea á una mujer de Francia, probablemente demasiado corta de talla,

de levantar sus cabellos, para no parecer tan baja... Pareció aquello bien, y se alabó su ingenio... y en seguida todas las demás levantaron los suyos. Una de ellas los levantó más alto... y las otras le siguieron. Pero bien pronto sobrevino la dificultad de sostenerlos á aquella altura: ni alfileres, ni horquillas, ni peines, ni peinetas, bastaban para el caso... Se discurrió entonces valerse de rodetes, modestos al principio, pero que luego fueron hinchándose más y más hasta tal punto que — ¡nueva dificultad! — faltaron los cabellos para cubrir aquellos promontorios. No se anduvo en reparos, se compró cabello ajeno; y contando con este recurso, siempre á la mano, se fué elevando más y más el peinado.

Largo tiempo hacía que se había traspasado el límite en que la belleza quedaba desfigurada y ahogada bajo el tocado, y éste seguía subiendo y subiendo sin cesar. En el siglo XVII era preciso para sostener el peinado de las mujeres un enorme edificio de alambre con círculos de acero, de muchos pisos, unidos entre sí por bandas de percalina negra. Para enderezarlo y arreglarlo se necesitaba no una simple camarera, no un peluquero, sino todo un cerrajero. Y después de todo, resultaba aquel armatoste tan pesado y tan frágil á la vez, que la pobre mujer

que lo llevaba, abrumada bajo el peso del hierro, de las cintas y de los cabellos, no se atrevía á menear la cabeza por temor de ver su monumento caer hecho pedazos. Ya no se sacrifica solamente la belleza, sacrificase también el gusto y la comodidad, que huyen para dar lugar á la tortura.

Una noche, una embajadora de Inglaterra se presenta en la corte con peinado muy bajo. Asunto concluído, el armazón de alambre desaparece, y lo que no había podido conseguir Luix XIV, lo obtiene aquella «monilla», como él la llama, en una sola velada, y sin pretenderlo.

Yo no me encargo, Señores, de buscar en todo eso la razón y el buen sentido.

---

Y ya que hablábamos de cabellos... He aquí algunas cifras oficiales y que se remontan lo suficiente para no contradecir el propósito que he formado y cumplido, según habéis visto, de no citar ejemplos contemporáneos.

En 1875, solo por el puerto de Marsella, se importaron en Francia 75.000 kilogramos de cabellos provenientes de las comarcas de Levante: ¡el peso de dos locomotoras! La cifra total de la fabricación de cabellos en Francia se eleva

casi al doble, á 130.000 kilos: ¡el peso de cuatro locomotoras! Cortados á personas vivas ó tomados de personas difuntas, son elaborados convenientemente y proporcionan un comercio de exportación á Inglaterra, y sobre todo á los Estados Unidos, que asciende á cerca de 1.500.000 francos. Este total no basta para el consumo: hay que agregar á él anualmente 19.000 kilos recogidos por los traperos de París con su gancho en las excursiones que hacen por todas las calles, de madrugada, antes que haya pasado el carro de la basura.

---

He tomado mis ejemplos, como poco ha os decía, de los siglos pasados. ¿Por qué? ¿Será desconocido el lujo en el siglo XIX?...

He creído que acerca de este punto estaríais mejor informados que yo y que no tenía nada que enseñaros. Sin embargo, podría leeros un artículo publicado en Junio último en un periódico á quien no se acusará de malquerencia para con el mundo, el *Fígaro*, y donde se muestra al lujo invadiendo más y más la sociedad francesa y minándola por su base.

Se me asegura que no hemos llegado á ese punto en Bélgica, y que no avanzamos al mismo

paso por el camino del lujo. Sea así. Pero avanzamos, ¿no es verdad? ¿Quién se atreverá á contradecirme... ¿Y quién sostendrá que, dada la enorme desproporción entre las fortunas antiguas, de que ya he hablado, y las fortunas subdivididas de nuestros días, nos hallamos muy atrás?

En todo caso, quiero deciros á dónde vamos siguiendo ese fatal camino.

Al menoscabo y destrucción de las fortunas.

Esto parece evidente, y no obstante se objeta: «Yo mido mis gastos por mis recursos, yo proporciono mi lujo á mi fortuna. ¿Cómo arruinarme procediendo de esta suerte?» Por dos causas: la primera es, que el lujo, por su naturaleza, no se detiene; la barrera que le habéis puesto, la echará por tierra ó la franqueará, y luego se precipitará. Si vosotros le tiráis del freno, vuestros hijos le aflojarán las bridas. La segunda causa enteramente diversa es, que mientras el lujo por su naturaleza va siempre creciendo, la renta, por la suya, no crece, y á no mediar un trabajo constante, perseverante, que sin cesar agregue nuevas rentas, y que es incompatible con los hábitos muelles del lujo, sobreviene una crisis, se aminora, se extenúa, desaparece.

«Mira á Asur, dice Ezequiel, que cual cedro sobre el Líbano, de hermosos ramos y frondosas hojas, y de sublime altura, elevada su copa

en medio de sus densas ramas. Nutriéronle las aguas, y un abismo le encumbró; sus ríos corrían alrededor de sus raíces, y él hacía pasar sus arroyos por todos los árboles de aquella región.

»Por eso superó en altura todos los árboles del país, y multiplicáronse sus arboledas y se dilataron merced á la abundancia de sus aguas. Y como él arrojaba una grande sombra, anidaron bajo de sus ramas todas las aves del cielo, y criaron debajo de su frondosidad todas las bestias de los bosques, y á su sombra se acogía un inmenso gentío.

»Y era un árbol hermosísimo por su elevación y por la extensión de sus ramas; porque sus raíces se encontraban cerca de abundantes aguas. En el paraíso de Dios no hubo cedros más empinados que él; no igualaron los abetos á su copa, ni los plátanos emparejaron con sus ramas; no hubo en el paraíso de Dios un árbol semejante á él, ni de tanta hermosura.

»Y porque yo lo hice tan hermoso, y de tantas y tan frondosas ramas, tuvieron envidia de él todos los árboles deliciosos que había en el paraíso de Dios.

»Mas esto dice el Señor Dios: Porque él se ha encumbrado y ostentado su verde y frondosa copa, y su corazón se ha ensoberbecido

viéndose tan alto; yo le he entregado en poder del más fuerte de entre los pueblos, el cual hará de él lo que querrá; yo le he desechado, según merecía su iniquidad.

»Y unas gentes extrañas, y de las más feroces entre las naciones, le troncharán y le arrojarán sobre los montes, y sus ramas caerán por todos los valles, y quedarán cortados sus arbus-tos en todas las rocas de la tierra; y todos los pueblos de la tierra se retirarán de su sombra y le abandonarán.

»Sobre sus ruinas pasarán todas las aves del cielo, y sobre sus ramas tronchadas estarán las bestias todas del país» (1).

Una cosa semejante sucede con las fortunas. Esa es la historia, esa es la ley!... Adornan su frente con demasiadas flores...; y he aquí que languidecen y caen, porque ese lujo extraño les ha roído la raíz; caen, y aquellos á quienes abrigaban, huyen; caen, y rama por rama y hoja por hoja son desgajados, deshojados, deshila-dos, deshechos y repartidos entre mil manos codiciosas; caen, y los proveedores del lujo que os ha dado la muerte, las bestias de la tierra se nutren de vuestros despojos. «¡Era ahí, exclama Bossuet comentando el mismo pasaje, era

---

(1) Ezeq. cap. XXXI, vs. 3 y siguientes.

ahí adonde debía venir á parar aquella grandeza tan formidable al mundo? ¿Es este aquel gran árbol cuya sombra cubría toda la tierra? Ya no resta de él más que un tronco inútil. ¿Es este aquel río que parecía que iba á inundarlo todo? Ya no diviso más que un poco de espuma.

---

Se va más lejos, Señores, por el camino del lujo; se llega á un extremo más deplorable: al relajamiento de las costumbres públicas. Me dispensaréis que no entre en detalles.

Acordaos de lo que eran Roma y Atenas, de lo que fué el siglo de Luis XIV, de lo que fué la Regencia. Figuraos á Bossuet escuchando por encima de esas pompas y esas riquezas, por encima de esos esplendores y esas glorias, resonar como un grito de fiera «el relincho de los corazones lascivos».

Se va más lejos todavía; se llega al rebajamiento de las almas. Esos pobres cuerpos tan mimados, tan peripuestos, se hacen muelles; esos espíritus acostumbrados á la frivolidad más vana, no saben concebir un pensamiento; apenas les conmueven aún una sensación violenta! Esas voluntades se agotan en deseillos rastreos, en veleidades pueriles, en intrigas de salón

y tocador, su mayor esfuerzo se eleva apenas á la altura de una cuestión de precedencia y de etiqueta, á quién llevará la palmatoria delante del rey, á quién presentará la camisa á la reina... ¡Oh! sí, reíos!...

Escuchad... llaman á la puerta de esas sociedades del lujo... Es el motín, es la revolución social, son los bárbaros! ¿Dónde están los brazos que se levanten para empuñar la vieja espada de los antepasados? ¿Dónde los valientes que pongan sus pechos ante los golpes del invasor? Ved... ese ejército de afeminados tiembla... y, cobarde, con ojos espantados, busca en el horizonte á ver si no aparece un regimiento de suizos, que se bata y muera en su lugar, y cuya sangre pagará á tanto por día!

Ante el lujo que nacía en la comunidad cristiana, un obispo lanzaba este grito: «No sé yo si muñecas acostumbradas á las pulseras y brazaletes podrán sostener el peso de las cadenas. Dudo que tobillos tantas veces adornados con ligas y cintas de seda puedan soportar el dolor de los grilletes. Temo que una cabeza cubierta de esmeraldas y diamantes no se doblegue cobardemente ante la espada y el hacha».

Sabía bien el venerable obispo cuánto se afemina el alma entregándose al lujo.

No creo, Señores, que hoy por hoy tengamos

que temer un motín, una revolución social, una invasión de bárbaros; tampoco creo que nos amenacen las persecuciones sangrientas, el fuego, las cadenas, los potros ó las fieras del anfiteatro.

Á decir verdad, no veo en torno nuestro más que un enemigo, uno solo, á quien tengamos que temer: la muerte!

¡Es preciso morir! ¡Y después de la muerte presentarse ante el Juez Eterno! ¿Creéis vosotros que los brazaletes, las cintas de seda, los aderezos de diamantes, sirvan de gran cosa para con Él?

---

«Hubo cierto hombre muy rico, que se vestía de púrpura y lino finísimo, y tenía diariamente espléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivía un mendigo, llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía á la puerta de éste deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico; mas nadie se las daba: pero los perros venían y lamíanle las llagas.

»Sucedió, pues, que murió dicho mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.

»Y cuando estaba en los tormentos, levan-

tando los ojos vió á lo lejos á Abraham y á Lázaro en su seno; y exclamó diciendo:

—»Padre mío, Abraham, compadécete de mí y envíame á Lázaro, para que mojado la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.

—»Hijo, respondióle Abraham, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario males; y así éste ahora es consolado, y tú atormentado...

—»Ruégote, pues, oh padre, replicó el rico, que le envíes á casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les suceda á ellos, por seguir mi mal ejemplo, el venir también á este lugar de tormentos.

—»Tienen á Moisés y á los Profetas, replicóle Abraham, escúchenlos.

—»No basta esto, dijo él, oh padre Abraham, pero si alguno de los muertos fuera á ellos, harán penitencia.

—»Si á Moisés y á los Profetas, respondióle Abraham, no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito».



## SEÑORAS, SEÑORES:

Os he expuesto la teoría del lujo; os he dicho cuáles son las fuentes que le producen y las consecuencias que acarrea. Creo que no me acusaréis de haberme propasado. He reconocido el derecho que tenéis á gozar de vuestra fortuna, las necesidades del estado y posición social, de las conveniencias, de las costumbres y hasta de la moda, y no he llamado lujo más que al gasto desproporcionado á su objeto y á las condiciones de todo género que acabo de indicar.

¿Os he convencido?... Así lo creo.

¿Quitaréis una flor, una perla, una cinta de vuestros prendidos, un principio de vuestras mesas, un juguete del adorno y mueblaje de vuestros salones?... Mucho lo dudo... y francamente desesperaría de conseguirlo, si no debiera contar más que conmigo: me parece oír á la doncella confidente de Molière decirme que no soy más que un bruto.

Pero cuento con vosotras, con vosotras mismas. ¿Y sabéis por qué?

Es porque hay quienes mueren de hambre á vuestro lado, Señoras.

Un día Luis XIV, en una de sus cacerías fas-

tuosas, á la revuelta de un camino, encontró á unos mozos de labranza que llevaban en una parihuela hecha de ramas de árboles un cadáver frío. Se informó del caso: aquel pobre había sido encontrado tendido á lo largo de la carretera.

—¿De qué ha muerto este hombre?—preguntó el Rey.

Y los paisanos, con la sencillez y naturalidad de quien no está acostumbrado á los disimulos y prudencias cortesanas, le contestaron:

—De hambre, Señor.

La vista del Rey se anubló...

¡Ay! ¡había, pues, hombres que morían de hambre en su reino!

Y luego, silencioso, picó espuelas á su caballo y huyó de allí á galope.

Mas bien presto los cortesanos lograron devolver la alegría al rostro regio, y el recuerdo del pobre se desvaneció entre los resonantes clamores de la caza.

Pues bien, yo quisiera que vosotros no lo olvidarais; yo quisiera que las flores que prendéis en vuestros cabellos se inclinaran á vuestro oído y muy por lo bajo os repitieran: «¡Hay quien se muere de hambre á vuestro lado!» Yo quisiera que en el centelleante brillo de vuestras piedras preciosas leyerais en letras de sangre:

«¡Hay quien se muere de hambre á vuestro lado!» Yo quisiera que en la banda de oro de vuestros brazaletes, en los pliegues de vuestros abanicos, en el terciopelo y en los encajes de vuestros vestidos aparecieran por todas partes, como la escritura fatídica sobre los frisos del palacio de Baltasar, estas palabras siniestras: «¡Hay quien se muere de hambre á vuestro lado!»

Si no me creéis á mí, id á verlo, os lo suplico. Acompañad en sus visitas, aunque no sea más que una vez, á las Hermanas de la Caridad, á los socios de San Vicente de Paúl, á las señoras de la Misericordia. Id por la noche á esas salas benditas donde la hospitalidad acoge á miserables que andan errantes sin techo ni pan en vuestras suntuosas ciudades. Y cuando hayáis visto aquellos rostros pálidos y descarnados, aquellos cuerpos medio desnudos roídos por la miseria, cuando hayáis visto aquellos padres sin trabajo, aquellas pobres madres con sus raquíuticos pequeñuelos en los brazos, cuando hayáis visto todo eso, lo sabréis por vosotros mismos. ¡Sí, hay quienes se mueren de hambre á vuestro lado!

Cuando Máximo du Camp fué á París á ver el dormitorio de las mujeres, una de las primeras infelices que allí se le presentó llevaba una

criatura de pocos meses en sus brazos. El niño lloraba con gritos desgarradores; ella, como alelada, le miraba, y, para acallarle, le arrullaba dulcemente.—¿Está usted enferma?, la preguntó Máximo.—No, señor.—¿Cómo está usted tan pálida?—Señor, contestó ella sencillamente, hace dos días que no como.

Y ahora escuchad.

Un franco, nada más que un franco, es sobradamente un día de pan para un pobre. Y he aquí lo que se me ha dicho.

Se me ha dicho que en vuestro mundo un traje de señorita, no exagerado, suele costar de 200 á 250 francos...; ¡pan para 250 pobres!

Se me ha dicho que un traje de recepción de señora cuesta de 500 á 700 francos...; ¡pan para 700 pobres!

Se me ha dicho que el coste de un cotillón asciende de 500 á 1.000 francos...; ¡pan para 1.000 pobres!

Se me ha citado un baile, en una de nuestras grandes ciudades, que costó 6.000 francos...; ¡pan para 6.000 pobres!

Pues bien, sea así! Adornaos, dad fiestas, bailad... pero, Señoras, yo os suplico, en nombre de Dios, que separéis previamente la parte del pobre: ¡la décima del pobre! ¡No me digáis que no se puede!... ¡Cómo! ¿Porque un vestido,

en vez de costar 700 francos, no haya costado más que 630, ¿seríais menos amables y menos graciosas?! ¿Dependería vuestra amabilidad y vuestra gracia de 70 francos?!... ¿Perderíais la consideración y estima que se os tiene porque en vez de 1.000 francos en un cotillón, no gastarais más que 900?! ¿Dependerá de 100 francos el honor que se os tributa?!...

No, ¿no es verdad?

Esa décima del pobre, Señoras, son las migajas del rico epulón.

El las rehusaba... ¿Las rehusaréis también vosotras? Decididlo en vuestros corazones.

A. M. D. G.







LAS MISIONES BELGAS



OBRAS AMENAS

DEL

P. VÍCTOR VAN TRICHT

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

---

LAS MISIONES BELGAS

GUATEMALA, MISSOURI, LA INDIA, EL CONGO

CONFERENCIA FAMILIAR



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

---

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7.

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



ACE un mes apenas, despedíais á nuestros misioneros con una solemnidad excepcional. El honor que tributabais á aquellos hermanos que nos dejaban, el afectuoso respeto de que los rodeabais, el cariñoso empeño con que los acompañasteis hasta que se alejaron del suelo de la patria, nos han conmovido hasta el fondo del alma, y yo me conceptúo dichoso..., sí, me conceptúo dichoso en poder daros las gracias con toda la efusión de mi corazón! ¡Es tan grato el sentirse amado! y para nosotros esta sensación es más dulce, porque, bien lo sabéis, es para nosotros más rara! Poco ha, delante de una sociedad sabia de

nuestra nación, contaba uno de mis amigos los trabajos llevados á cabo en las Indias orientales por algunos compatriotas nuestros, por algunos belgas... Fué aquello todo un descubrimiento que los dejó pasmados de admiración. ¡Cómo! ¿había belgas en las Indias?! ¿y aquellos belgas habían organizado allá toda una pléyade de comunidades cristianas?! ¡Era verdad?!

Sabíase bien que tal músico belga había conseguido que se ejecutara tal ópera ó tal opereta suya en un teatro de París, que tal otro cantaba en Beyruth ó en San Petersburgo. Habíase también oído decir muchas veces que la industria belga ganaba terreno y hacía prodigiosas conquistas en Grecia, en España, en Turquía y en China; pero que sacerdotes belgas hubieran ido á predicar el Evangelio á las Indias, he ahí lo que se oía por primera vez!

Entonces me vino el pensamiento de hablaros de esto algún día, y de deciros cuáles han sido, desde la independencia de nuestra patria, durante los sesenta últimos años, las misiones extranjeras emprendidas por jesuítas belgas.

No quiere decir esto, y os ruego que me creáis, no quiere decir esto que hayamos sido los únicos en caminar por las vías del Apostolado, ó que yo tenga en menos á los demás... Dios me guarde de semejante intolerable orgu-

llo. Pero yo sé mejor lo que ha pasado en mi familia, y debiendo concretar el asunto, á ella voy á concretarme... No es, pues, lo que os voy á decir más que una página de la historia de las misiones belgas, una sola—y si queréis, la más insignificante—pero es la mía, la página estimada, toda cubierta de nombres de mis hermanos, todos conocidos, y, muertos ó vivos, todos amados.

Dos veces he hablado ya de ellos, y siempre, en el momento de abrir mis labios, me ha parecido verles delante de mí, dentro de mi imaginación, en mi pensamiento, á todos, así á los que partieron poco hace, como á los que partieron hace treinta años, lo mismo á los que aún viven, que á aquellos que han muerto ya. ¡Ay! ¡Como no volveré á ver á los muertos, tampoco volveré á ver á los vivos!... Ahora me parece ver á esos valientes, y los reconozco, y me imagino que los oigo, y que me escuchan! ¡Oh! ¡con qué afecto los saludo de lo íntimo de mi corazón! ¡cómo quisiera que á través del Océano, llevado por las nubes del cielo y las olas del mar, llegase hasta ellos el eco de mis palabras!... En ellas sentirían el acento de un corazón amante, afectísimo fiel y envidioso de su suerte.

---

¿Necesito decirlos por qué han marchado?

Hablando Lacordaire, en una de sus conferencias de 1844, del Apostolado en la Iglesia, recordaba uno de los más solemnes pasajes de los Hechos de los Apóstoles.

«Estando San Pablo, decía, descansando por la noche en Troade sobre las ruinas de Troya, tuvo esta visión: Un hombre de Macedonia poniéndosele delante le suplica y dice: «Ven á Macedonia, y socórrenos».

»Ese macedonio, Señores, es todo el género humano suplicando á Dios y pidiéndole la verdad, y San Pablo somos todos nosotros, los que creemos como él y que como él hemos recibido las primicias del espíritu de vida y de amor.

»Hoy día como entonces, reposando sobre las ruinas de Troya, viva imagen de la desolación del mundo, se levanta delante de nosotros el macedonio, y de pie, porque le urge, nos dice suplicante: «¡Ven á nosotros, ven y socórrenos!»

»Y si el temor del sacrificio nos retiene, si los trabajos, los viajes, el hambre, la sed, los suplicios nos espantan, Dios nos dice como á San Pablo en otro sueño, el sueño de Corinto: «No tengas miedo; habla y no te calles, porque tengo un gran pueblo escogido para mí en esta ciudad».

Sí, Señores, el grito del macedonio resuena siempre en la Iglesia.

En un día, en una hora casi siempre inesperada, en el silencio de una celda solitaria, en medio del barullo del mundo, durante la oración ó durante el trabajo, unas veces á los veinte años, á esa edad de las valerosas empresas y de los pensamientos generosos, otras en los sueños de la vejez, cuando se creería que iba á sonar ya la hora del reposo, se estremece de repente el alma; escucha: «Ven, ven á nosotros, socórrenos!» Y mira... Allá, más allá de los mares, en la bruma de horizontes inmensos, bajo cielo esplendente ve la imagen del macedonio que se levanta gemebunda y suplicante diciendo: «¡Ven á nosotros, ven y socórrenos!» Y si el alma vacilase, allí está Dios para decirla como á Pablo: «Anda, hijo mío, vete, hija mía, porque tengo allí un gran pueblo».

He ahí el secreto, Señores: «ese pueblo, ese gran pueblo». Á él se dirigen los misioneros, por él se han marchado de aquí, y después de ellos marcharán otros, y luego otros, y otros, mientras haya un rincón de la tierra en que plantar la cruz y salvar almas.

---

No sé si recordaréis, Señores, un primer ensayo de colonización intentado por Bélgica, hacia el año 1844, en Guatemala.

Una compañía, apoyada en su iniciativa por el rey Leopoldo I y por las Cámaras, había adquirido 400.000 hectáreas de tierras en las inmediaciones de Santo Tomás, en aquella lengüecita de tierra que separa las dos Américas, y las había dividido en 8.000 lotes de 25 hectáreas cada uno, entregando de esta suerte la mitad de su propiedad total á la suscripción pública. Se compró la hectárea á 20 francos. Esto sirvió de gran llamativo á nuestras poblaciones agrícolas, tanto más seductor cuanto que aún no había venido la experiencia de las emigraciones lejanas, con la sombría historia de los fracasos, á templar las imaginaciones y deshacer las alas del sueño.

He tenido á la vista estos días una relación fechada en aquella época y firmada por uno de los jefes de la colonia, un médico y un misionero, en la que se hacen brillantes descripciones del puerto y del distrito de Santo Tomás.

Inicióse un fuerte movimiento de éxodo hacia aquellas tierras. En Mayo de 1844 el precio del lote de 25 hectáreas había subido de 20 á 50 francos, á causa, dice una circular de la compañía, de la explotación más extensa, de la ma-

yor seguridad y de las relaciones más frecuentes establecidas entre Bélgica y la colonia.

Á los organizadores de aquella vasta empresa les había preocupado la situación religiosa de los belgas transportados allí, lejos de la patria... Se nos pidieron sacerdotes para ellos; y dos jesuitas, los PP. Walle y Genón, partieron luego para allá. La reina, aquella santa mujer que nos cupo en suerte por nuestra primera reina, les dió una capilla, toda ella construída en nuestro país, y que fué bendecida, antes de que partieran, con solemne ceremonia por su Emma, el Cardenal Sterckx...

La compañía colonial se comprometió con el Estado de Guatemala á introducir en el distrito de Santo Tomás cien familias á lo menos por año, hasta el número total de mil familias, de cinco individuos cada una.

En este supuesto, los dos jesuitas enviados á la colonia apenas hubieran tenido tiempo de ocuparse de la conversión de los indígenas, pues era condición expresa que los colonos fuesen católicos. El cuidado de estas ovejas les hubiera absorbido su tiempo y su energía.

La obra emprendida con tan favorables auspicios y en condiciones tan ventajosas y tan llenas de risueñas esperanzas, no tuvo feliz éxito! Diversas causas contribuyeron á su ruina: la más

desastrosa fué la indolencia de los colonos mismos. Como sucede siempre, se había deslizado entre ellos una turba de aventureros atraídos por la tentación de la pereza: vivir y enriquecerse sin trabajar.

Se los volvió á la patria y con ellos volvieron los misioneros... Al volver, en un punto en que hizo escala el buque, encontraron á tres compañeros suyos que iban á ayudarlos, y tuvieron éstos que desandar lo andado regresando con los dos que volvían.

---

Pero uno de los que habían partido primero había visto levantarse ante sí al macedonio del Apóstol y oído que le gritaba: «¡Ven, ven... ven á nosotros!» Y la visión le perseguía en sus sueños y la voz le despertaba cuando dormía... Volvióse pues á Guatemala. Á la vista de las costas poco antes abandonadas, en el seno de aquel Atlántico, cuyas olas azotaban el puerto desalojado, existían algunas islas que salían del mar sacudiendo por encima de las ondas el ramillete de sus bosques embalsamados... Allí vivían, huyendo de la civilización de las tierras americanas, hombres de una raza salvaje, bárbara, feroz, los caribes. Allá se dirigió... solo, con su crucifijo al pecho... Lo que allí encontró,

las luchas que tuvo que entablar, las pruebas que tuvo que sufrir, la sed y el hambre que tuvo que padecer, las empresas que acometió, los peligros que corrió, los riesgos que afrontó, sólo Dios lo sabe, como sólo Dios sabe cuál fué el martirio de aquel corazón en la cruel soledad y carencia de todo afecto humano, inherente á la penosa vocación, cuya suerte había aceptado por toda su vida.

Cerca de diez años habían transcurrido y apenas había logrado reunir en torno suyo un puñado de cristianos á quienes reunía en su pequeña capilla... Vivía como ellos, hablaba su lenguaje, comía como ellos el arroz de las llanuras, los frutos de los bosques y los peces que pescaba á orillas de las riberas. Un día volvió á Europa para buscar un compañero, un auxiliar, un hermano; se imaginaba que siendo dos, la cosecha sería magnífica. Entonces le vi yo, y aquella visión de mi infancia ha permanecido vivamente grabada en mi espíritu, como si datara de ayer...

Desde que apareció el misionero en el gran patio del colegio en que teníamos nuestros recreos, cesaron todos los juegos y formamos círculo en rededor de él, mudos, respetuosos, con los ojos abiertos de par en par, contemplándole como se contempla un prodigio... Él

nos sonreía, decía algunas palabras, nos ponía la mano sobre la cabeza y nos bendecía.

¡Ah! ciertamente el santo religioso no tenía nada de lo que se requería para entusiasmar nuestros corazoncitos de diez años; era de rostro enjuto, premioso en el hablar, ya encorvado. ¡Pero cómo le engrandecían nuestras imaginaciones á nuestros ojos!... Aquel mar, aquel inmenso mar de nuestros pensamientos, incomparablemente mayor que el mar que vieron más tarde nuestros ojos, porque nuestros pensamientos iban más allá del horizonte, allá á lo lejos, muy á lo lejos, á lo último, adonde aquel hombre había llegado y de donde había vuelto é ido de nuevo y regresado!...

Y aquellos salvajes repulsivos, horribles, de quienes se nos había dicho que mataban á los blancos y los asaban y se los comían... y en medio de ellos vivía aquel misionero; y aquella choza de tierra y hojas y ramas de árbol, y aquella isla lejana, y aquel mar, siempre aquel mar... ¡Y él iba á volver allá! Y entonces todo el conjunto de sus sacrificios se nos presentaba resumido en uno solo, inmenso, horrible á nuestros corazones... ¡iba á dejar á su madre! ¡Por tercera vez dejar á su madre! Y no pensábamos que á su edad, indudablemente, no tendría ya madre, y que Dios, en su bondad, no le exigía

ya aquel desgarramiento del corazón, el más agudo y el más sangriento que puede exigir á un hombre y á un sacerdote.

---

¡Ah! ¡queridos recuerdos de la infancia! ¿Creéis, Señores, que no sirvió de nada para nuestras almas de niños el ver pasar de aquella suerte á través de nuestros ojos un misionero? ¡Desengañaos!... Nosotros veíamos con nuestros ojos, tocábamos con nuestras manos una de esas almas heroicas, que por amor lo sacrifican todo en el mundo, aun su propia felicidad, á su deber y á su fe. ¡Ah! nosotros no hubiéramos acertado á expresarlo, pero bien sentíamos que algo grande, admirable, magnánimo había pasado delante de nosotros. Y esto es saludable, esto es confortante, sobre todo en este mundo en que bullen tantos egoísmos y bajezas, que el alma, aun sin darse cuenta por su contacto frecuente con ellos, se mancha, se inficiona y se envilece.

Volvióse el misionero á sus salvajes...; más tarde fué á buscarle uno de sus hermanos... la pequeña cristiandad de los caribes seguía vegetando... Ni siquiera tuvo en su vida el consuelo del éxito. De tiempo en tiempo, pero á largos intervalos, nos llegaban cartas suyas... ¡Estaba

contento!... Un día se nos anunció su muerte. Se extinguió su vida allá, en la sombra, sin honor, sin gloria...

Yo había avanzado en la edad. Un día, haciendo el catálogo de una colección de conchas, sobre un *pecten* vulgar, leí estas palabras: «Mar de las Antillas... donativo del P. Genón!» Estaba yo solo, acuérdomelo bien, nadie podía verme, y furtivamente, como si fuera una reliquia de un santo, besé la humilde conchita!...

---

La misión de Santo Tomás no fué la primera que emprendieron los jesuitas belgas. Si la he puesto en primer lugar, es por ser la primera en mis recuerdos, porque estuvo cubierta con los pliegues de la bandera nacional, y porque los sacerdotes que á ella se consagraron encontraron allá, en aquellas remotas playas, como una prolongación de la patria.

La partida es menos dura cuando al otro lado de los mares, en el término del viaje, nos esperan los recuerdos, las costumbres, la lengua patria, como un perfume del suelo natal.

Pero antes de aquella misión, arruinada tan pronto, y aun antes de los primeros años de nuestra historia independiente, en 1823, algunos

jesuítas habían ido á predicar en los bosques del Nuevo Mundo á los salvajes de las Montañas Peñascosas las lecciones del Evangelio.

En 1837 eran diez y estaban encargados de la dirección del colegio de San Luis. Al colegio se agregan luego un noviciado, tres residencias y dos estaciones, cuyos nombres han sonado después tantas veces en nuestros oídos. Allí vivían aquellas hordas feroces, mas generosas; salvajes, pero leales y nobles: los Pieles-Rojas, los Cabezas-Planas, los Orejas-Gachas, los Hijos del Sol, los Corazones de Lesna, etc.

En medio de aquellas tribus salvajes sembraban la semilla del Evangelio los jesuítas belgas. Entre los 45 miembros que contaba la misión en 1838 hallo nombres bien conocidos en nuestro país: los de Verhaegen, de Udekem, de Ver-cruysse, de Theux, de del Parcq, de Bruyn, y brillando sobre todos ellos el santo nombre del P. De Smet.

Lo que hizo este hombre es inolvidable... no sé yo si los más grandes apóstoles le han sobrepujado. Cuando más tarde se lea la relación de los trabajos de este gigante del Apostolado, se moverá la cabeza con aire de duda ó de incredulidad, juzgando que se trata de leyendas. Él atravesó diecisiete veces el Atlántico para venir á Europa en busca de auxilios y socorros,

y en cada vez recorrió la Francia, la Bélgica, la Holanda, la Inglaterra y la Italia. Allá en su misión, en medio de sus queridos salvajes, iba de tribu en tribu, á través de los bosques y de las soledades americanas, andando, por término medio, según los datos y suma de sus viajes, 2.000 leguas por año, y más de 80.000 durante su vida.

Dios le había dotado ciertamente de una fuerza hercúlea, pero más fuerte aún era su corazón.

Hacia el fin de su vida, sintiendo que su cuerpo flaqueaba, escribe: «Mi vigor se va», pero... añade en flamenco este proverbio: *Kra-ken de beenen, het hert is goed*. «Si los huesos crujen, permanece firme el corazón...» y se dispone á emprender un viaje de 1.000 leguas entre los Sioux.

¡Oh! ¡cómo amaba á sus queridos salvajes!

¿Quién no ha leído la relación de sus viajes á las Montañas Peñascosas?... cartas admirables en que la sencillez corre parejas con la grandiosidad, junto con yo no sé qué poesía fresca y salvaje, que á cada página nos trae á la memoria las novelas de Fenimore Cooper: la misma escena, los mismos actores, las mismas costumbres, el mismo lenguaje, porque era la misma naturaleza virgen, las mismas almas ingenuas,

la misma vida de los bosques y de las llanuras lo que describían el poeta y el sacerdote.

---

Llegaba el P. De Smet al centro de aquellas tribus acampadas en la montaña ó en la llanura: su hábito negro, su cruz de misionero, sus cabellos encanecidos antes de tiempo, y sobre todo aquella conquistadora bondad que irradiaba de su rostro y de su sonrisa, todo atraía hacia él.

«Ropa negra, le decía algún gran jefe con la fría solemnidad de esas poblaciones americanas, Ropa negra, bien venido seas á mi casa... el Gran Espíritu ha escuchado nuestros deseos. Nuestros corazones están henchidos de alegría, porque tenemos la dicha de verte. Sabemos que todo lo que existe pertenece al Gran Espíritu, y que Él es el que te ha enviado á nosotros. Ropa negra, nosotros seguiremos las palabras de tu boca».

Entonces el Padre les hacía sentar, y él, de pie, ayudado de un intérprete, en un lenguaje admirablemente apropiado á aquellas inteligencias, les hablaba de Dios y del cielo. Luego rezaban todos juntos. Un día, después de haber predicado de esta suerte entre los Pies-Negros, al comenzar el rezo, todos levantaron la mano

derecha hacia el cielo, y terminada la oración, todos con la misma mano derecha golpearon la tierra.

Y preguntándoles el Padre la significación de aquel gesto... «Hemos levantado la mano, le contestaron, para mostrar que pertenecemos al Gran Espíritu, y hemos golpeado la tierra para mostrar que no somos más que miserables gusanos que se arrastran sobre su superficie».

Permanecía el Padre dos ó tres días en cada tribu, y luego continuaba sus correrías apostólicas, y al partir le decían los indios: «¡Ropa negra, que os acompañe el Gran Espíritu! Nuestros corazones se hallan también hoy henchidos de emoción, pero ahora por estar tristes porque nos dejás. Cuando se derritan las nieves en los valles, cuando empiece á renacer la verdura, cuando se abran las flores, nos pondremos en camino para ir á buscaros».

Y el Padre proseguía su viaje, marchando siempre y siempre infatigable, desde los grandes lagos del Norte hasta las riberas «en que el Padre de las Aguas, tomando en sus manos las colinas, las precipita en el Océano!» (1).

Al fin de 1847 había fundado el P. De Smet veintitrés estaciones de salvajes diseminadas en

---

(1) Longfellow, Evangeline.

todo el Oregón; había conseguido fijar aquellas tribus hasta entonces errantes en los bosques y en los desiertos; les había enseñado no sólo á servir al Gran Espíritu, sino también á cultivar la tierra; cada una de aquellas aldeas reproducía el incomparable cuadro que ofrecieron en otro tiempo las famosas reducciones del Paraguay, gloria de nuestra Compañía!... De todos y cada uno de los frutos que allí brotaban el P. De Smet había sido el laborioso sembrador.

Pero el hombre enemigo debía levantarse para sembrar cizaña en aquellas regiones benditas, y el hombre enemigo... ¡avergoncémonos, Señores!... el hombre enemigo fué el blanco con su aguardiente y alcoholes y sus pasiones devastadoras!

Su alcohol hacía estragos en aquellas tribus apasionadas, y entonces las tenía á merced suya... necesitaba el blanco para llegar á las minas de oro, trazar grandes caminos á través de las tierras de estos salvajes, y ellos ingenuamente, prendados de su suelo y de su libertad, miraban con malos ojos aquellas carreteras blancas que asustaban al búfalo. ¡Hubo allí horribles matanzas!

Los Estados Unidos levantaron un ejército para ir contra los salvajes... Pero ¿cómo vencer á aquellos hijos del desierto? Se pidió al P. De

Smet que interviniera y que negociara la paz. El Ropa negra partió solo con su crucifijo en la mano; fué al campo de los indios; allí se hallaban 10.000 Piel-Rojas... La asamblea duró veintitrés días, se ajustó la paz con los hermanos blancos... el *tomahawk*, su arma favorita, fué enterrado, y una diputación de Sioux fué á Washington con el Ropa negra á cambiar los juramentos.

¿Sabéis quién les hizo traición?... ¡Los hermanos blancos!

«¡Ah! Ropa negra, decís que vuestra religión hace mejores á los hombres, y los blancos que la profesan son peores que nosotros... Ellos matan nuestros búfalos, nuestros ciervos, nuestras cabras, devastan nuestros bosques, nos roban nuestras mujeres y nuestras hijas, degüellan á nuestros guerreros, invaden nuestras tierras. Este suelo es nuestro: aquí han nacido y muerto nuestros padres; queremos que nuestras tumbas estén junto á las tuyas».

Tres veces el P. De Smet, á ruego de los Estados Unidos, pacificó las tribus rebeldes; tres veces los hermanos blancos hicieron á sus hermanos negros solemnes juramentos.

---

Se había convenido que todos los años las tribus sometidas irían al fuerte más cercano á renovar el pacto de amistad, y recibir en cambio del libre tránsito por sus tierras, ciertos regalos que les hacía el Gran Padre de Washington.

Conforme á esto, 600 indios Sheyennos fueron en 1864 á hacer su concertada sumisión al fuerte en que mandaba el coronel Chevington... ¿Sabéis lo que hizo este «hermano blanco?»

Una vez entrados en el fuerte los indios, que habían ido confiados y sin armas, hizo cerrar las puertas, y entonces los degolló á todos, á hombres, mujeres y niños, á todos... Un horrible grito de venganza resonó á través de los bosques y los valles... Todas las tribus, como si fueran un solo hombre, corrieron á las armas... Los Estados Unidos, atemorizados, levantaron un nuevo ejército, y entonces concibieron aquel plan que arrancó un grito de horror á la Europa entera: degollar á todos los indios, hasta el último.

¡Ah! ¡los hermanos blancos!

Pero el degollar á todos los indios hasta el último debía costar, según los cálculos más cortos, unos 200 millones de dollars... la evaluación es del general-mayor Stanley... y ante tanto coste se desistió del proyecto.

Una vez más se rogó al P. De Smet que ajus-

tara la paz... y una vez más partió el Padre, pero con el alma lacerada... se iba haciendo luz sobre el asunto, y comenzó á presentir lo que valían aquellas fes juradas... ¿No era hacer traición y entregar á sus pobres y queridos negros el decirles que confiasen todavía en los blancos? ¿No había sido aplaudido el miserable Chevington... y no había encontrado admiradores el sanguinario degüello por él ordenado?... Pero el P. De Smet tenía el alma recta como una espada; una vez más quiso creer en la palabra de los blancos; y partió.

Partió de Fort-Rice donde estaban las avanzadas del ejército federal. El momento de la partida fué solemne... Se temblaba por él... Á todo blanco que pasaba ante los salvajes rebeldes le arrancaban éstos la piel del cráneo y le degollaban. «Ropa negra, decían los Piel-Rojas que le veían marchar, te va á costar la cabellera».

«Mi vida no importa nada», respondía él sonriendo.

Se puso en marcha después de haberse despedido dando un fuerte apretón de manos á los generales Sherman, Harney, Sanbovn, Sheridan y á sus amigos de campaña... Todos lloraban creyendo que ya no le volverían á ver.

¡Tenía entonces el Padre sesenta y ocho años!

Anduvo cerca de 100 leguas hasta encontrar á los salvajes acampados en aquel momento en el valle de Yellowstone.

Al acercarse al campo envió delante cuatro Pielas-Rojas pidiendo una entrevista con los jefes. Se les respondió: «¡Que venga al campo el Ropa negra, pero solo! Él puede hacerlo; ningún otro blanco saldría de aquí con su cabellera».

Y el Padre avanzó.

Los jefes le recibieron. Á su cabeza estaba Sitting-Bull, el Toro-Sentado. «Fatigado de su penoso viaje, y no queriendo exponer el objeto de su misión antes de estar en posesión de todas sus fuerzas, el P. De Smet pidió que le dejaran descansar. Sitting-Bull le ofreció una choza y el Padre se durmió con profundo sueño bajo la fe de la hospitalidad salvaje. Había allí 50.000 hombres ligados contra los blancos por las imprecaciones más terribles, é hicieron poner guardia en derredor de la choza en que dormía aquel anciano blanco envuelto en su manto de jesuíta» (1)

Cuando despertó estaban delante de él cuatro

---

(1) Pueden leerse todos los detalles de este viaje y de muchos otros en el hermoso libro que les ha dedicado M. God Kurth con el título de *Sitting-Bull*.

Véase *Revue Generale*, 1878 y 1879.

grandes jefes: Yerba de Sangre, Luna-Negra, Hombre-sin-Cuello y Toro-Sentado. Y estaban allí dispuestos á escuchar al Ropa negra, el único «cuya lengua no había sido engañadora».

El Padre les dijo que iba á llevarles la paz.

«Ropa negra, interrumpió Sitting-Bull, el Toro-Sentado, Ropa negra, apenas puedo soportar el peso de la sangre de los blancos que he derramado. Los blancos han provocado la guerra; sus injusticias, su brutalidad para con nuestras familias, los 600 hombres, mujeres y niños degollados en el fuerte mandado por Chevington, han hecho estremecer todos los nervios que ligan mi cuerpo. Me he levantado, he cogido mi tomahawk y he matado cuantos blancos he podido matar. Mira la yerba de las praderas, está roja de sangre... No es la sangre de los búfalos, ni de los ciervos, es la sangre de los blancos. Hoy estás tú en medio de nosotros, y ante ti mis brazos caen rendidos, como muertos. Escucharé tus palabras de paz, y tan malo como he sido para la raza de los blancos, seré de bueno si ellos quieren».

Al día siguiente tuvo lugar el gran consejo... El Padre defendía la causa de los blancos y ganó su pleito.

«Nos hemos visto forzados á pesar nuestro á aborrecer á los blancos, dijo Luna-Negra. Que

---

nos traten como hermanos y cesará la guerra; que se estén en sus tierras; nosotros no iremos jamás á turbarles donde están. Á ti, enviado de la paz, te damos las gracias; tú has sido bueno, y tus palabras han sido sinceras. Nuestros guerreros te acompañarán á Fort-Rice para escuchar las palabras del Gran Padre».

Diez días después el P. De Smet llegaba al fuerte con los diputados de todas las tribus del Dacotah, y por última vez se firmó la paz.

---

¡Esta paz duró dos años!... El gobierno mismo, en 1870, entregó las tribus indias á las más desvergonzadas especulaciones. Llorando de dolor y rojo de vergüenza, el Ropa negra se levantó del lecho en que le tenía postrado la enfermedad... y marchó, no ya á los salvajes, sino á los blancos; se fué á Washington, llamó á la puerta de la Casa Blanca, donde tantas veces se le había suplicado... mas los blancos, ¡ah! los blancos no le escucharon!

Entonces el noble anciano sacudió el polvo de sus sandalias, y se fué á morir en San Luis, en medio de sus hermanos, donde abandonó la tierra la noche del día en que Jesucristo subió al cielo.

Los hombres de estado se entregaron á tranquilo sueño hasta el día «en que la rebelión de Sitting-Bull y los sangrientos funerales de Custer degollado con todo su regimiento, vinieron á despertarlos sobresaltados, como una horrosa y terrible visión nocturna».

Allí estaban tendidos en la llanura confusamente oficiales, caballos y soldados; delante, sobre un montón, Custer, el general de largos cabellos, como le llamaban los salvajes; todos horriblemente mutilados por los vengadores *squaws*... Un sólo muerto había escapado á aquella vergüenza... extendido, con el pecho descubierto, respetado, porque sobre su carne blanca pendía un escapulario... El indio había retrocedido ante aquel signo... sin duda había evocado á sus ojos la sombra del Ropa negra.

---

Lo que aquel gran hombre había hecho de aquellos salvajes nos lo va á decir un sólo rasgo.

Había ya muerto él. Yo no sé qué predicador metodista trató de hacer pasar á su secta al jefe de la tribu de los Yakamas, á quien había bautizado el Ropa negra.

—¿Cuánto dinero quieres? le preguntó aquel nuevo misionero.

—Mucho, contestó el indio.

—¿Cuánto? ¿Doscientas piastras?

—Más que eso.

—Pero en fin, ¿cuánto? ¿Quinientas, seiscientas piastras?

—¡Oh! más todavía.

—Pues bien, habla, di la suma que quieres.

El indio le lanzó una mirada penetrante, echó á su espalda su manta de búfalo, y levantando su diestra hacia el cielo, le dijo:

—¡Dame lo que vale mi alma!

En la primavera de 1874 remontaba el Missouri un buque de vapor. Su capitán, amigo del P. De Smet, le había bautizado con el nombre del ilustre misionero. Cuando el *De Smet* llegó á tierra de indios, los salvajes corrieron á millares hacia la ribera, levantaron los brazos al cielo, dando gritos y exhalando suspiros, y por largo tiempo siguieron llorando al barco que les recordaba al Ropa negra, aquel amado blanco que había sido su Padre! el único blanco «que no había tenido lengua engañadora».

¡La obra del P. De Smet no ha muerto!

La misión del Missouri ha ido prosperando siempre. Hoy día constituye una provincia americana (de la Compañía de Jesús), bajo el nombre de provincia del Missouri.

Actualmente comprende esta provincia una

Universidad,—la Universidad de San Luis,—seis colegios y doce residencias. El número de jesuitas que le sirven es de 417. En 1891 tenían 2.205 alumnos en sus colegios, y en sus escuelas parroquiales 4.708 niños y 5.318 niñas.

Durante el mismo año habían distribuído en sus iglesias 839.810 comuniones.

En estos postreros años, acosados como fieras Sitting-Bull y sus últimos fieles, se habían refugiado en tierras vecinas protegidos por la bandera de Inglaterra... Pero no les habían seguido los Ropas negras. Un día, Sitting-Bull envió uno de sus hombres al P. Genin, que evangelizaba el Dacotah: «Padre, le dijo el enviado, he venido para hacerte una pregunta: ¿Amas á los caras pálidas más que á nosotros? ¿ó piensas que nosotros te amamos menos que ellos?... ¿Por qué vives en medio de ellos, sin venir á estar con nosotros? ¿Por qué nos abandonas? Para preguntarte esto he andado 700 millas».

Casi por el mismo tiempo intentó un embajador americano hacer la paz con el Toro-Sentado y el Águila-Manchada. «Callaos, le dijo Sitting-Bull con una sonrisa de aplastante desprecio. Yo no os he dado mi país, me le habéis robado vosotros. Me habéis arrojado de sitio en sitio, y ahora venís á engañarme para hacerme

---

salir también de aquí! Callaos, y volved al lugar de donde habéis venido».

---

Os he dicho que en las misiones de Guatemala el jesuíta belga encontraba algo de su patria. Á ella era á quien servía también más allá de los dilatados mares.

De este consuelo carecía en las riberas del Missouri, en las gargantas de las Montañas Peñascosas; allí se hallaba en tierra extraña, era realmente extranjero; allí estaba verdaderamente desterrado!... pero hay que reconocerlo, desterrado en regiones soberbias y bajo un cielo clemente. Las condiciones meteorológicas de aquellas provincias americanas no difieren notablemente de las nuestras. El belga puede hacerse á aquel clima sin transición penosa, y aun cuando tuviera que sufrir un poco, se encuentra recompensado por los goces que le proporciona una naturaleza incomparable. No hay viajero que no se haya visto poseído de entusiasmo ante aquellos anchos ríos, cuyas aguas se deslizan impetuosas entre rocas perpendiculares ó á través de valles revestidos de crecidas yerbas... Aquellos montes majestuosos cubiertos de la frondosidad de los bosques vírgenes,

aquellos lagos, aquellas cascadas, aquellos torrentes, todo aquel mágico cuadro de la naturaleza incontaminada, exuberante en su vida y en su riqueza, ha sido descrito cien veces y siempre con la misma admiración lírica.

Es notable que los Estados Unidos, queriendo reservar á sus pueblos lo que ellos han llamado su parque nacional, le hayan escogido precisamente en la región de las Montañas Peñascosas: allí está la perla de América.

Cierto que allí también se muere la gente, pero como se muere en Europa; y por dura que sea siempre la muerte, no hay gran mérito en arriesgarse á sufrirla en condiciones normales.

Pues bien, ahora no es ya á la patria lejana, no es ya al extranjero y al destierro, es á la muerte adonde va á correr el misionero!

En 1842 dos Padres belgas, los PP. Cuvelier y Bausoit, se embarcaban para las Indias Orientales.

Calcuta es la gran ciudad, la ciudad de los palacios. Edificada á orillas del Hougly, que es uno de los brazos del Ganges, se desenvuelve en semicírculo sobre el río. Dentro del *Circular Road* ó Camino de Ronda se halla la ciudad rica, la ciudad inglesa, la ciudad blanca, con sus hoteles de suntuosos peristilos, fachadas y columnas, rodeados casi todos de jardinillos,

praderas y sotos exuberantes de vegetación tropical.

Fuera del *Circular Road* está la ciudad india, la ciudad pobre, la ciudad negra, aglomeración inmunda de miserables casas y cabañas de paja entretejida y cubiertas de bálago; entre aquellas pocilgas corren estrechas y tortuosas callejuelas y callejones, llenos de fango é inmundicias, donde bullen medio desnudos entre el polvo y el lodo los niños, hijos de los naturales.

No es, sin embargo, tan completa la división entre las dos ciudades que los negros nó invadan la ciudad blanca y que los blancos no se aventuren á transitar por la ciudad negra. No es raro encontrar detrás de los espléndidos palacios grupos de chozas inmundas. Lo cual ha hecho decir de Calcuta esta frase gráfica: *City of palaces in front, pig-styes in the rear*. «Ciudad de palacios al frente y pocilgas á retaguardia».

La población total es de 800.000 habitantes próximamente.

Y sobre esta ciudad inmensa lanza, cual dardos mortíferos, sus absasadores rayos el sol de la India, y sobre ella pasan, con el viento del mar, los pérfidos miasmas de los juncales y pantanos de los alrededores y de las bocas del Ganges. En los meses de verano la temperatura

llega á 40 y aun á 44 grados centígrados... Recibir entonces, aunque no sea más que por un instante, aquellas flechas de fuego, es dar entrada á la muerte. ¡Ay! ¡y los recién llegados no lo comprenden así siempre!

---

Ya os dije un día cómo fué víctima de ese clima insano el primer Arzobispo belga enviado á la India. Acabábamos de saber que el P. Van Heule iba á partir; habíamos asistido á su solemne consagración, y las alegrías de aquella gran fiesta habían por un momento borrado en nuestros corazones las tristezas de la partida. Llegó la hora; en una despedida más íntima nos dijo aquellas palabras, cuyo acento dulce y melancólico resuena todavía en mis oídos: «Obedezco, marchó, tengo vida para seis meses».

Se engañaba. No habían pasado aun cinco meses cuando como un reguero de pólvora se esparció la fatal noticia: ¡Mons. Van Heule ha muerto! El sol de Asia le había matado.

¡Y cuántos otros han muerto como él, devorados por la inclemencia de un cielo que su celo apostólico no dudó arrostrar!

Partían llenos de ánimo y valor y sonriendo de esperanza. Los abrazamos al partir... sinie-tros presentimientos embargaban nuestro cora-

zón... y bien pronto, aun yendo más allá de nuestros temores, se nos decía de ellos lo que del señor Arzobispo: «¡Ha muerto!»

Allá reposan, lejos de nosotros, lejos de todos aquellos á quienes han amado, lejos de todos los recuerdos de la patria!... Pero no anticipemos las cosas.

En 1861 el colegio de San Francisco Javier estaba afiliado á la Universidad de Calcuta.

Allí tenemos á la hora en que os hablo veintiséis jesuítas que dan la enseñanza á cerca de ochocientos alumnos católicos, protestantes, indios, armenios, musulmanes y hasta judíos.

Enseñanseles allí, á más de las humanidades, los cursos universitarios llamados en Inglaterra Facultad de Artes.

El colegio de Calcuta fué siempre y sigue siendo el centro de la misión de Bengala; por largo tiempo la absorbió toda entera.

No hay duda que tiene cierto mérito, aun á los ojos de Dios, el enseñar latín, griego, matemáticas é historia; pero convendréis conmigo en que se puede soñar en algo mejor y más grande. Pues bien, por largo tiempo pareció que aquella misión india no nos llamaba á otra cosa que á ese papel de pedagogos.

Había, es verdad, algún Padre sirviendo de capellán ó prestando servicios en una iglesia,

pero su misión era más bien conservar á los colonos y soldados irlandeses en la fe y en la piedad de su tierra natal, que convertir y traer á la luz al indio, al pobre pagano de la región del Sol. Alguna conversión venía de cuándo en cuándo á lanzar un rayo de luz en medio de aquel cielo gris de todas las esperanzas frustradas, luego todo se adormecía. Se había llegado á considerar á aquellos pobres como inaccesibles á la verdad de Cristo; el espíritu de casta que les dominaba parecía cerrarles para siempre jamás las puertas de aquella religión de igualdad fraterna y amorosa, y su incurable indolencia los hacía incapaces, según se decía, de las energías de la virtud.

Y la muerte, siempre infatigable, iba diezmado continuamente á los apóstoles, que, aun sin esperanza, habían aportado á aquellas playas.

Pero surgió la aurora.

En 1873, el P. Edmundo Delplace pide la bendición á su Arzobispo, y solo, sabiendo bien que marcha á la muerte, parte á levantar su choza entre el Hugly y el Muttah en medio de los juncales. Allí, en aquel inmenso delta del Ganges, viven poblaciones paganas, miserables bengaleses, á quienes la proximidad de la civilización europea no ha debilitado aún.

El Padre se mezcla con ellos, se acomoda á su vida, comiendo como ellos arroz y pescado seco, durmiendo como ellos sobre una estera tendida en tierra... Se hace una capillita de junco y bambú... Y allí se inmola Jesucristo, en medio de aquellos infelices desnudos... y la luz se abre paso en sus almas.

Empiezan las conversiones; luego se multiplican... se fundan estaciones: se forma una cristiandad, renace la esperanza. Los trabajos del misionero se acrecientan, acuden compañeros en su auxilio y van de aldea en aldea en su estrecha barquita, protegidos contra el sol por un toldo de paja entretrejida, á través de los mil canales que arrojan sobre la playa su caudal de agua fangosa. Predican de día, y por la noche oran y velan, porque... ¿veis aquello que aparece entre las ondas removidas?... es la horrible boca del cocodrilo que sale fuera... ¿y veis allá, entre las altas yerbas, algo que las remueve ondulando y haciéndolas crujir?... es el tigre de Bengala que pasa.

¡Hermanos, no temáis, sobre vosotros vela el ángel de las soledades!

El impulso dado á la misión de la India por el P. Delplace no ha disminuído. Él ha sido la raíz de donde han salido todas las estaciones que actualmente hay en Bengala y todas las que

hay en el Orissa... Se hallan esparcidas al presente en cinco grandes distritos de la India inglesa: el distrito de los veinticuatro Pergarnahs, el de Midnapore, el de Burdwann, el de Hugly y de Balasore y el del Estado tributario de Morbhuny.

¡Aquello era la aurora: esto es el pleno día!

---

Al oeste de Calcuta y del Ganges se extiende una provincia austera y salvaje: el Chota-Nagpore. Vense en ella incultos arenales, algunos árboles achaparrados, y más allá, hasta donde alcanza la vista, el embrollado juncal, ó el llamado en la India *jungle*, es decir, un vasto espacio cubierto de arbustos, de altas yerbas, de juncos y cañaverales; y en los valles á veces campos fértiles, á veces un pico saliente coronado de abetos raros, y á veces montañas admirablemente pobladas de árboles. Y en este cuadro cuatro veces más extenso que la Bélgica, diseminados cinco millones de hombres. «Las poblaciones principales del Chota-Nagpore, dice un autor muy enterado del asunto, no son más que grandes aldeas; y las aldeas miserables aglomeraciones de treinta ó cuarenta cabañas sepultadas entre malezas ó cubiertas por las

grandes hojas que cuelgan de los mangos y tamarindos.

»Paredes de adobe muy bajas, con tejado de tejas rojas cubiertas enteramente de musgo: he ahí la morada de los indios de estas comarcas.

»Por la mañana se ve salir de esas casuchas hombres y animales, todos revueltos...

»En algunas aldeas más opulentas hay una fragua de herrero para reparar las rejas de los arados, una casa-ayuntamiento de tierra arcillosa, en la cual se ven pieles de tigres, tambores, trompetas de caza; y sobresaliendo entre las cabañas, las imponentes ruinas de las moradas de los grandes hacendados indígenas: los castillos de aquel país».

Á esas tierras tristes y áridas, por donde habían intentado abrirse camino dos jesuitas, los PP. Fierens y Decock, fué adonde Mons. Paul Goethals, Arzobispo de Calcuta, envió en 1881 al P. Müllender y al P. Lievens.

Su acción sobre aquellas poblaciones rurales, ingenuas, francas y abiertas, tiene algo de prodigiosa. Se cree uno transportado á los tiempos de San Francisco Javier.

Á fines de 1885 la misión de Chota-Nagpore contaba novecientos catecúmenos, tres mil en 1886, quince mil en 1887, y más de cincuenta y tres mil en 1888. El 1.º de Agosto

de 1889 habían sido bautizados todos los catecúmenos, y otros veinticuatro mil esperaban el bautismo.

De Calcuta habían acudido Padres para socorrer y auxiliar á los trabajadores de primera hora, pero demasiado pocos por desgracia. ¿Cómo hacer frente á aquella oleada de almas que acudía á Jesucristo?

«¡Por amor de Dios! escribe el P. Lievens al Provincial de Bélgica, por amor de Dios, envíeme Padres. De mis cuatrocientas aldeas católicas, doscientas no tienen más que catequistas, y yo no consigo llegar á visitarlas. Yo no puedo más, estoy agobiado por la fatiga y por la fiebre! ¡Por amor de Dios, envíeme Padres!»

Diez jesuítas belgas parten en 1887, otros nueve en 1888, y dieciocho en 1889.

¡Ah! ¡tierra de muerte! ¡tierra de muerte!...

De la primera de estas tres expediciones formaban parte dos de mis amigos. Apenas llegado allá, moría el uno de ellos herido del sol. Al otro le había visto yo en el momento en que volvía de dar el último adiós á su padre y á su madre, que vivían aún. «¡Oh, me decía, qué penosas y duras son las despedidas! Si hubiera sabido de antemano lo que les iba á costar, jamás hubiera tenido valor para partir!»

Su madre le hacía sentar á su lado, y echán-

dole al cuello su descarnado brazo, le contemplaba con triste sonrisa y lloraba silenciosamente. Su padre llegaba á aquel silencioso cuarto, y viéndolos á los dos, ante aquella escena muda, sentía oprimido su corazón, volvía la cabeza, y se retiraba á llorar solo. ¡Y su hijo partió! Mas la prueba había sido demasiado fuerte para aquellos ancianos. No había andado la mitad de su camino el navío que conducía á su hijo, cuando murió la madre! Al desembarcar, el primer saludo de aquella tierra de Indias para el pobre misionero fué el telegrama: «¡Madre muerta!»

Cuando partieron los dieciocho, la despedida fué más solemne; jamás habíamos visto partir tantos á la vez, y entre ellos qué corazones, qué juventud, qué aliento!

Llegan allá... uno de ellos, casi el más joven, y me atrevería á decir, el más apreciado, es herido del sol... se lleva la mano á los ojos para cubrirlos; es ya tarde... Algunos días después estaba ciego, pocos días más tarde se acentúa la descomposición cerebral... luego llega un telegrama: «¡Muerto!» Y después muerto un segundo, muerto un tercero, muerto un cuarto. No había pasado un año desde su partida y habían sucumbido cuatro.

Y mientras llorábamos su muerte, regresaban otros dos á la patria. Pero en qué situación.

¡Ah! mejor hubiera sido que hubieran muerto: el sol, dejando vivo su cuerpo, había matado sus almas: volvían dementes!

Señores, hay en nuestra vida una hora solemne, en que de rodillas ante Jesús crucificado, en el silencio de la meditación y de la oración, le hacemos entrega de todo cuanto somos diciendo: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer: vos me los disteis, á vos, Señor, lo torno, todo es vuestro, disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta».

¡Ah! Señores, os aseguro que el corazón se estremece ante esa idea... «¡mi entendimiento!...» También ellos habían dicho, como todos nosotros, esa oración de sacrificio, y Jesús les ha cogido la palabra!

¡Ah! ¡pobres amigos! ¡pobres amigos, errantes hoy día, con los ojos sin expresión y sin vida, por esos jardines silenciosos, cercados de altos y sombríos muros, ó entre las frías paredes de una celda con fuertes rejas de hierro en la ventana, tumba del alma en que esperan la tumba del cuerpo!

---

Pero al menos los otros sobrevivían, y la obra de Cristo se continuaba triunfante.

Las estaciones del P. Müllender se desarrollaban constantemente; iba él de una á otra, y robando tiempo al sueño por la noche, componía para uso de los Padres recién llegados un diccionario Mundari-Ánglico que debía facilitarles el trabajo.

El P. Lievens, al oeste de Ranchi, bautizaba en un solo día mil quinientos cincuenta y siete catecúmenos... y en un solo mes trece mil. Y todo florecía en la gran misión de las Indias... todos los corazones se abrían á la esperanza.

El año último la misión de Calcuta contaba dos colegios de humanidades, Calcuta y Darjuting, un noviciado, un colegio de teología, seis residencias y veinte estaciones servidas por los Padres. Entre todos contaba ciento cuarenta y cuatro jesuitas, de los cuales ciento treinta y tres eran belgas.

¡Oh tierra de muerte! ¡tierra de muerte!

Hace un año próximamente llegó como un rayo una carta de la India en que se decía: «El P. Müllender exhausto y desfallecido regresa á Europa». ¡Cómo! ¿también herido el apóstol del Chota-Nagpore?!... Pero para caer rendido, había esperado hasta última hora; y el navío le trasportaba moribundo. Al hacer escala en Cei-

lán, no pudiendo ya más, el enfermo pidió que le bajaran á tierra. Se le llevó á un inmediato convento de misioneros... Quizás había esperado volver á ver á su madre, á su familia, á sus amigos... ¡No!... ¡Murió allí, en el extranjero, sin tener siquiera el consuelo de bendecir á sus salvajes y de dormir el supremo sueño á la sombra de su iglesita de bambú!

El año pasado, estando yo haciendo mis ejercicios anuales en el silencio del noviciado de Tronchiennes, oí de repente, en el sombrío claustro en que me paseaba, yo no sé qué tos extraña, cavernosa, desgarradora y siniestra... Con el corazón sobreexcitado, me adelanté, y á la escasa luz de una lámpara pendiente de la bóveda, vi un bulto negro como de un anciano que arrastraba penosamente sobre el mármol del pavimento sus pasos vacilantes... Apoyaba sobre un báculo su cuerpo encorvado... Un rayo de luz iluminó su rostro, lívido, descarnado, rugoso, desfigurado, y otro rayo aterrador penetró en mi alma... ¡Oh gran Dios! ¡el Padre Lievens!

¡Era él!... Me detuve, mi corazón se rompía de dolor, hubiera querido correr á él, estrechar en mis brazos al gran apóstol, besarle los pies... pero había demasiadas lágrimas en mis ojos!...

¡Era él!... había podido llegar hasta la patria... Aquella ruina, era él!... ¡á los treinta y siete años!... ¡venía á acabar de morir entre nosotros!

Por aquellos días llamó á la puerta de la antigua abadía un extranjero... «¿Es cierto que está aquí el P. Lievens?»

—»Sí, señor Conde.

—»¿Y dónde está?

—»En la enfermería.

—»Voy corriendo allá», y sonriendo y apretando el paso, se metió por los largos corredores de blancas paredes.

Había el Conde, luego que terminó sus estudios, hecho un largo viaje al Tibet y á las Indias, y en sus expediciones y correrías por el Chota-Nagpore le había servido de guía el Padre Lievens; y él había vivido con el Padre, y le había amado y gozoso de volver á verle, corría... Entró... «¡Oh! ¡P. Lievens!»

Pero ante aquel pobre cuerpo que se levantó para contestarle, ante aquellos ojos apagados que le sonreían, ante aquellas manos descarnadas que se tendían hacia él temblorosas, levantó los brazos al cielo, se le anudó la voz en la garganta, y sollozando se arrojó á su cuello...

¡El moribundo le calmó!... «¡Vamos, vamos! amigo mío, ¡ánimo! ¡valor!... Yo voy ya mejor,

y si Dios quiere añadir un poco de sangre á la que me resta, espero todavía volver á las Indias!»

---

Y al presente, bien lo sabéis, vamos á emprender una misión nueva. Llamados por el Rey al seno de esa región africana que él ha abierto á la civilización y al cristianismo, vamos á servir allí á las almas, y al mismo tiempo á servir á la patria.

¿Qué nos reserva el porvenir? yo no lo sé. ¿Más muertos que en las Indias?... ¡No me parece!... Ojalá podamos allí, como en las Indias, salvar las almas: á ese precio se muere con gusto; y allí al menos, en esas nuevas regiones, moriremos bajo los pliegues de la bandera nacional y descansarán nuestros cuerpos en tierra belga.

He concluído, Señores, os he dicho lo que han hecho mis hermanos; permitidme suplicaros una cosa: para los muertos un poco de admiración y para los vivos un poco de amor, y una oración para todos.

¡Oh! ¡sí, orad! ¿Por qué no os lo he de decir todo?; en medio de vosotros me siento como en familia! Nuestro Superior Provincial de Bélgica vino á esta población para abrazar aquí, en vuestros muelles, por última vez, á sus hijos

cuando iban á partir para el África. Y luego me contó la inolvidable ovación que les habíais hecho, y al recuerdo de lo que había visto lloraba... «¡Oh! me decía, Amberes les ha cantado el *Hosanna* del domingo de Ramos!... Pero, pobres hijos míos, ahora empieza para ellos la semana de Pasión».

¡Ah! Señores, esa semana de Pasión allá, tan lejos, y por remate... la muerte! (1). Pero ¡no! ¡no! Atrás pensamientos tristes. ¡Déjame en paz, lívida muerte; vano es tu agujijón y vana tu victoria!

¡Morir por vos, Jesús mío, he ahí la suerte más dichosa! ¡he ahí la suerte más envidiable! ¡Ese, para el que os ama, es el *Alelluya* de Pascuas y el *Hosanna* de los cielos!

---

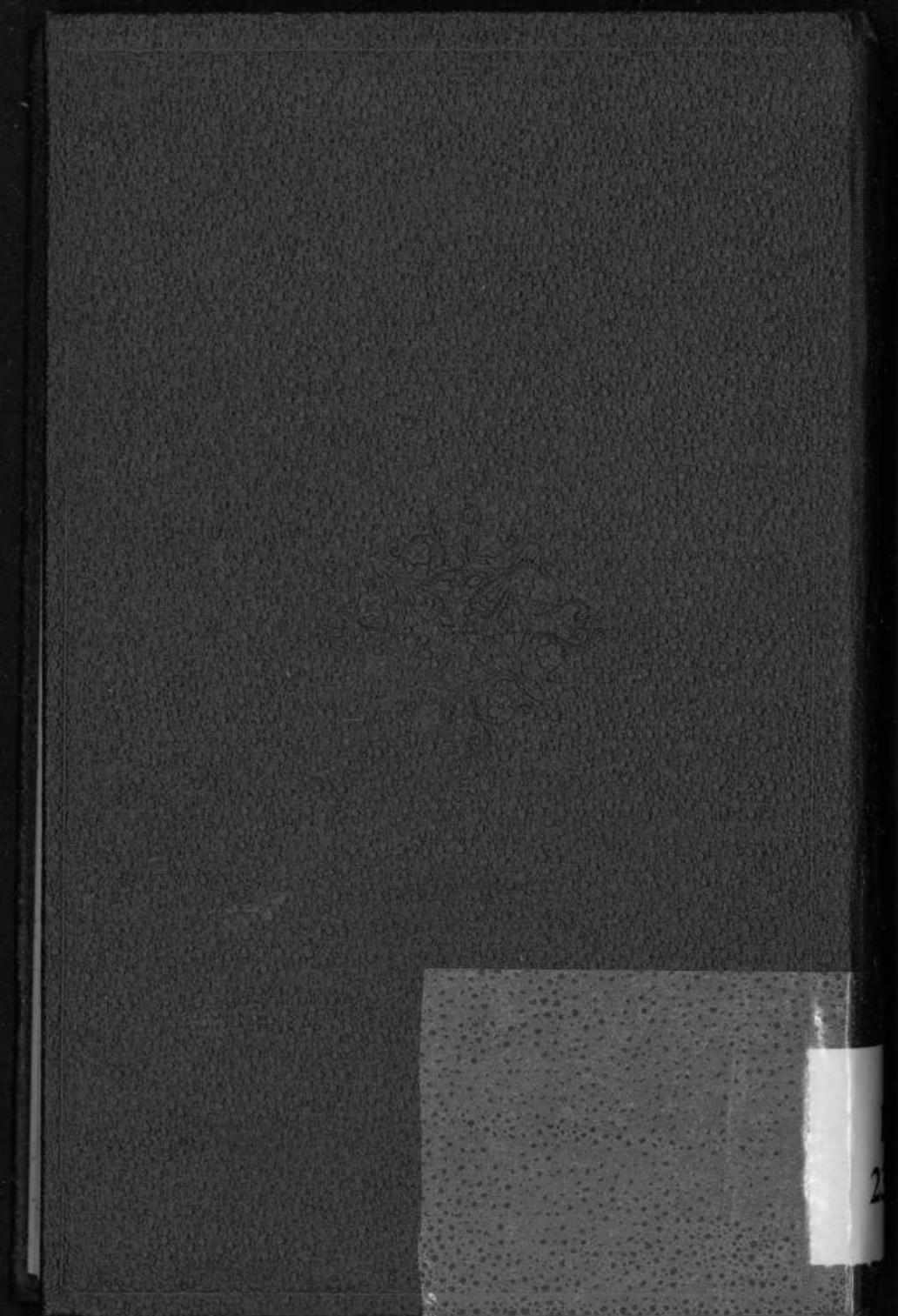
(1). Apenas había concluído de pronunciar esta conferencia, cuando recibimos la noticia de la muerte del Padre Dumont, sobrevenida durante el viaje de las carabanas, antes mismo de llegar al término!...













**D-2**

**23614**